

AMAZON

EVELYN

FRANCISCA HERRAIZ

EVELYN

FRANCISCA HERRAIZ

Título original: Evelyn

©Francisca Herraiz, 2018

Diseño de portada: Francisca Herraiz

Registro Propiedad Intelectual: 1804206624669

Primera edición

Distribuido por Amazon

Todos los derechos reservados

A Esther, por comprenderme tan bien,
por estar ahí en los buenos y, sobre todo, los malos momentos.

Eres mi apoyo, mi inspiración
y mi ejemplo a seguir.

A mi marido y mis hijos, siempre.

Índice

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[Segunda parte](#)

[Seis años después](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[Epílogo](#)

I

Bajó del carro con el corazón desbocado, preocupada por lo que pudiera encontrarse, pagó al cochero y miró la sucia calle. Nunca había estado allí y esperaba no tener que volver jamás. Cogió aire para enfrentarse a lo que tenía delante. Basura amontonada en el suelo, niños corriendo descalzos y con las caras sucias, gatos comiendo restos de comida medio podrida maullando recelosos a cualquiera que se le acercara. El caos reinaba en aquel lugar. Entre aquel desorden vivían las gentes más pobres de la ciudad, como si aquel modo de vida fuera el único, como si a tan solo unos kilómetros de allí la gente no viviera con más limpieza, con más comida y más ropa que ponerse. Se habían acostumbrado y no veían más allá de lo que tenían.

Sofía se cogió la falda y caminó con cuidado de no pisar ningún charco embarrado. Por suerte el cochero la había dejado justo enfrente del edificio a dónde se dirigía. Éste tenía las paredes viejas, desgastadas y faltas de una buena mano de pintura. Se acercó a la puerta y entró al patio común. Un fuerte tufo a pescado podrido la invadió y el llanto de algún bebé hambriento dominaba sobre cualquier otro ruido. Había varias mujeres por el patio, algunas charlando, otras llevando cubos con la ropa sucia, o con agua y todas se detuvieron unos segundos para observar a la intrusa. Sofía iba con el vestido de los domingos, humilde pero bien cuidado, su pelo estaba pulcramente recogido en un moño y un chal marrón le abrigaba la espalda y hombros. Aun así, al lado de aquellas pobres gentes, parecía venir de otro mundo diferente, muy lejos del suyo. Un lugar más acomodado y más pulcro.

No quiso entretenerse y apresuró el paso. Subió al primer piso, donde un largo pasillo que daba la vuelta al patio central, conducía a varias viviendas. Su sobrino debía encontrarse en la tercera puerta. Esquivó un par de ratas y varios juguetes, se alisó la falda y llamó con los nudillos. Abrieron sin contestar, tras la puerta le recibió una mujer de apariencia huraña y gesto sombrío que le escrutó de arriba abajo, sin sonreír ni abrir la boca. Su cuerpo era grande, entrada en carnes y la papada le cubría todo el cuello. Su pelo canoso, mal recogido en un moño, se escapaba en mechones por toda la cabeza. Su frente estaba sudorosa, igual que las axilas de su viejo vestido.

–Llega tarde. –Le dijo con voz apagada, sin que le importara mucho lo que acababa de decir–. Pase.

Se retiró de la puerta y la dejó abierta para que Sofía pudiera pasar. Al entrar decidió no cerrar, dentro hacía un calor sofocante y un olor intenso a excrementos y orines le provocó una arcada, que disimuló llevándose la mano enguantada a la boca. Se concentró para no vomitar y siguió a la mujer sin quitarse la mano de la cara.

–Mi vecina, la madre de la criatura, me pidió que lo cuidara hasta que usted llegase. Me aseguró que usted me daría unas monedas, por eso lo hice, yo ya tengo tres niños que cuidar y no dispongo de tiempo. Pero Geralda era una buena mujer, siempre estaba dispuesta a echar una mano y, bueno, no pude negarme.

«Claro, tampoco podías rechazar el dinero», pensó Sofía mientras veía moverse el enorme trasero de la mujer.

–Es usted muy amable, le agradezco muchísimo lo que ha hecho por mi hermana y mi sobrino.

La mujer se encogió de hombros y abrió la puerta de una pequeña habitación.

–No hablaba mucho de usted y tampoco la he visto nunca por aquí, debió haber venido antes para ayudarla cuando aún estaba viva, Geralda lo pasó muy mal. No sé por qué no se hablaban, pero abandonar a una hermana en el lecho de muerte... –Le echó una mirada inexpresiva, como diciendo, solo es un tema de conversación, la verdad es que no me importa lo más mínimo, ni usted, ni su difunta hermana–. En fin, ahí lo tiene, ha estado muy callado desde que murió Geralda y solo contesta sí o no cuando le preguntan, está muy afectado, él solo se ha cargado la enfermedad de su madre, cuidándola como nadie. Ojalá mis hijos me cuidaran así.

A Sofía le hubiese gustado explicarle que su futuro marido decidió fugarse con Geralda, que nunca le escribieron dándole una explicación, ni diciéndole dónde estaban. Que ella la hubiera perdonado, pero que no supo nada de su hermana hasta que le llegó la carta.

«Te escribo porque necesito ayuda. Querida hermana, me falta poco para abandonar este mundo, la tisis se ha adueñado de mi cuerpo y me está matando. Quería explicarte lo que sucedió, Manuel dijo estar locamente enamorado de mí y yo era tan joven que le creí, me prometió amor eterno, una vida mejor y yo le seguí, engañada por su bonita sonrisa. Siento el dolor que esto te causó, pero Manuel me abandonó en cuanto me quedé

embarazada, nunca volví a saber de él y yo me sentía tan culpable que no tuve valor para volver con mi familia, contigo. No iba a poder soportar tu mirada fría, de rencor, así que tuve a mi pequeño sola y lo saqué adelante sin ayuda, cargando con mi error. Ahora mi pequeño se queda solo en el mundo y no tengo a nadie más a quién recurrir. Si no lo hacer por mí, hazlo por él, por favor, cuídale, es un niño muy bueno y se ganará tu corazón. Espero que me perdones y me hagas este último favor. Se llama Ricardo. Tu hermana que te quiere:

Gerarlda.»

Llevaba la carta en el bolsillo, marcada con sus propias lágrimas. Le hubiera gustado tanto volver a verla, hablar con ella de tantas cosas. ¿Por qué tuvo miedo? No la conocía, ella jamás le echó la culpa a ella, sabía cómo era Manuel, cómo le perdían las mujeres y cómo sabía engatusarlas. Y Gerarlda era su hermana pequeña, por aquel entonces tan inocente que fue presa fácil de Manuel. Ella pudo entenderlo y le hubiera encantado hacérselo saber. Vuelve a casa, con tu familia, te echamos de menos. Cuántas veces había susurrado esas palabras a las estrellas, cuántas veces soñó con poder decírselas en persona, pero el tiempo fue pasando sin tener noticias de ella y la familia fue menguando, su madre y su padre murieron, su hermano mayor también y solo se quedó Sofia, añorando a su hermana pequeña. Y ahora, cuando por fin tenía noticias tuyas eran para anunciar su muerte. Estaba tan lejos que no tuvo tiempo de llegar a tiempo de verla viva y ese dolor la acompañaría por siempre. Solo pensarlo le llenaba los ojos de lágrimas. «Gerarlda, hermana mía.»

Entró en el cuarto y vio al pequeño sentado junto a la ventana, con la espalda recta y las manos apoyadas en las huesudas rodillas. No debía tener más de doce años y era la viva imagen de Gerarlda. El mismo cabello oscuro, la misma tez pálida, los dedos finos de sus manos, como los de su madre. Se acercó más para observarle de cerca. El chico no se movió. Tenía los ojos clavados en la ventana, mirando ausente el exterior. Eran los mismos ojos de GERALDA, grandes y oscuros, la nariz recta y las orejas pequeñas. La felicidad la invadió, ahora podía cuidarle y tenerle cerca. Se arrodilló frente a él, estaba tan pálido y delgado que temió que también estuviera enfermo. Alzó la mirada hacia la vecina.

—¿Lo ha escuchado toser?

La mujer negó con la cabeza.

—El médico lo estuvo vigilando, dice que está bien, no se preocupe, está

sano, es un niño fuerte.

Sofía asintió y se volvió hacia Ricardo, le cogió una mano que tenía helada, debía llevar mucho tiempo en la misma postura y en aquel cuarto no hacía calor, la ventana estaba abierta, tal vez durante todo el día.

-Cariño, soy tu tía Sofía, la hermana de tu madre, te voy a llevar conmigo a una casa muy bonita donde vive una niña de tu edad. Podréis haceros amigos. Te prometo que allí te sentirás mejor y con el tiempo este dolor que ahora te invade, irá pasando. -Le frotó las manos para que entraran en calor.

Ricardo no se movió, ni su cara mostró expresión alguna. Sofía se incorporó dándole un suave beso en la frente y luego miró hacia la cama, allí había una pequeña bolsa de viaje.

-¿Estas son sus cosas?

-Sí, no tenían apenas nada. En el comedor hay otra bolsa con las cosas de Geralda, por si las quiere.

Sofía asintió de nuevo.

-Sí, me gustaría conservarlas. De nuevo le doy las gracias por todo lo que ha hecho. -Se buscó en el monedero y sacó unas monedas, se acercó a la mujer y le pagó-. Tenga, no tengo más.

La mujer miró el dinero y cerró la mano en un puño.

-No se preocupe, ya va bien.

Sofía cogió las dos bolsas y miró al pequeño.

-Cariño, nos vamos ya, hay un coche esperando abajo, nos llevará a casa.

Ricardo se levantó, sin mirarla y caminó hacia la puerta. Sofía lo siguió y vio cómo el chico se giraba en el umbral para echarle un último vistazo a su pobre piso, donde había vivido todo ese tiempo junto a su madre, donde la había visto morir. Podía imaginar el profundo dolor que sentía en ese momento y lo solo que debía sentirse. Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas silenciosas.

II

Sofía había aceptado un nuevo empleo para poder cuidar de su sobrino. En el nuevo empleo era interina, podía vivir en la casa y compartir cuarto con otras mujeres de la limpieza. Cuando la entrevistaron preguntó si podía traer a su sobrino de doce años. Aceptaron, pues les iría bien alguien más en los establos. Su sobrino también debería trabajar para ganarse el sustento, pero estaba segura que no le importaría. Ya había demostrado ser un chico responsable al cuidar de su madre cuanto más le necesitaba. De camino a la nueva casa, mientras viajaban en el carro, le explicó la situación. Ella no disponía de un hogar, vivía en una habitación con otra chica, al enterarse de que debería hacerse cargo de un chico, su compañera no quiso seguir alquilándole la habitación, por lo que buscó otra opción. Encontró una oferta interesante en el periódico, necesitaban a una chica trabajadora, responsable y discreta para una gran casa. Se presentó y el trabajo no le pareció mal, limpiar la última planta de la casa y cuidar de una niña de doce años. Por lo visto había estado muy enferma cuando tenía ocho años y desde entonces había estado delicada. No toleraba bien las visitas y menos aún las cuidadoras, había tenido varias y nadie había durado más de una semana. Ella aseguró tener paciencia y prometió quedarse el tiempo que la requirieran. Necesitaba ese empleo, ese sueldo y ese lugar donde vivir. Ahora no miraba por sí misma, debía cuidar y mantener a su sobrino.

Él seguía callado, habían entrado por la parte de atrás, la puerta destinada al servicio y esperaban al ama de llaves para que les indicara qué hacer. El pequeño miraba al suelo, sin mostrar interés por nada ni por nadie. Ella le acarició el cabello y sonrió.

–Todo irá bien.

En ese momento el ama de llaves entró en la cocina. Era una mujer alta, de expresión austera y caminar seguro. Vestía con traje oscuro, de falda hasta el suelo. Se acercó a ellos mirándoles de forma alterna.

–Usted debe ser la nueva mujer de la limpieza.

Sofía asintió.

–Y este es mi sobrino, trabajará en los establos, así quedamos.

La mujer asintió sin mostrar sonrisa alguna ni mirar al pequeño.

–Usted tiene una habitación en la última planta, compartirá habitación con otras dos chicas de la limpieza. El chico tendrá que dormir con los hombres,

en la misma planta, pero en las habitaciones más cercanas a la salida. Para que no haya problemas, el pasillo está dividido por una puerta, a un lado las mujeres, al otro, los hombres. No quiero discusiones, ni conversaciones en horas de trabajo. No tolero la holgazanería, si el chico no cumple su trabajo lo pagará usted y serán despedidos. Me gusta la limpieza, tanto en la casa como en las personas, no quiero que vayan sucios, se encargará de que sus ropas estén limpias cada día. Me gusta la puntualidad, comenzarán su trabajo a las seis de la mañana, a las siete, desayuno, a las doce, almuerzo, a las cuatro, merienda, a las siete cena y fin de jornada. Si llegan tarde, se quedan sin comer. Y una última cosa, cuando limpie la habitación de la señorita, cíñase a su trabajo, no la moleste, no hable con ella, ni la mire, limpie rápido y váyase. ¿Ha quedado todo claro?

Sofía asintió.

—Perfecto, vayan ahora a instalarse, les espero a las siete en punto en la cocina para la cena. Comienzan mañana. Mientras tanto, no molesten al resto de empleados, por favor.

Dicho lo cual, se giró para salir de la cocina y continuar su trabajo. Sofía suspiró al verla marchar. En la cocina, una mujer entrada en kilos les echaba un ojo de vez en cuando mientras pelaba las verduras.

—Hola, soy Sofía y este es mi sobrino.

La mujer no contestó, se limitó a ignorarla y esquivar su mirada.

—De acuerdo —se dijo así misma, luego miró a su sobrino—. Vamos a los establos, te presentaremos y preguntaremos dónde te instalarás.

Él tampoco dijo nada, Sofía alzó los ojos al cielo y se armó de paciencia. Iba a ser un camino lento y difícil. Le pasó el brazo por los hombros y salieron al exterior.

La parte de atrás de la casa estaba llena de barro por las lluvias de días anteriores. No estaba tan bien cuidada como la entrada principal. A unos metros, encontraron un gran establo de donde salía la voz potente de un hombre, tal vez el capataz. Parecía gritarle a alguien y Sofía sintió desconfianza, dudaba de si aquel trabajo sería bueno para su sobrino, ya había sufrido suficiente y no quería que le trataran mal.

—¡Te he dicho hace una hora que fueras a por agua y no veo que hayas hecho nada!

Una voz más débil y temerosa le contestó.

—Tuve que ahuyentar una rata, se había colado y estaba asustando a los caballos, señor.

Sofía entró en el establo y el hombre que gritaba se giró hacia ella con rostro encendido por la tensión. Debía rondar los cuarenta años, estatura media, moreno, complexión fuerte. No debía hablar mucho con el ama de llaves porque su ropa estaba bastante sucia.

–¿Y tú quién eres? –Le espetó sin más.

–Soy la nueva mujer de la limpieza, Sofía y este es mi sobrino Ricardo. Trabajaré en los establos.

–Ah, sí, le esperaba. –Se acercó al chico y lo observó de arriba abajo, luego le agarró un brazo y puso mala cara–. No tiene carne, ni fuerza, mejor sería que le mandara a limpiar botas, este no es un trabajo para él.

–Lo hará bien, de verdad, por favor, dele una oportunidad, no tiene a donde ir, por favor.

–No me asusta el trabajo. –dijo al fin su sobrino con voz firme mirando fijamente al hombre.

El capataz lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

–Eso espero, no quiero holgazanes.

Se giró, pero Sofía le detuvo.

–¿Podría decirnos dónde están las habitaciones de los empleados?, es para poder instalarnos.

El hombre se giró hacia ella.

–El chico se queda aquí, a mi cargo, cuando termine el trabajo yo mismo le acompañaré a su habitación.

Sofía fue a despedirse de él, pero su sobrino le dijo que no con la cabeza.

–Vamos, todavía queda mucho por hacer. –dijo el capataz.

Ella le vio marchar y tuvo que dejarle solo. Cogió aire y esperó que se la apañara, no era la primera vez que tenía que enfrentarse a una situación dura sin ninguna ayuda. Estaba convencida que saldría adelante. Asintió para sí misma y volvió a la casa para instalarse en su nueva residencia.

Durante la cena, vio a su sobrino sentarse con los hombres, al lado del capataz. Él la miró unos segundos y asintió con la cabeza. Ella le sonrió, parecía defenderse bien. Le vio comer con apetito, luego se levantó y le dijo adiós con la mano. Le hubiera gustado decirle algunas palabras, pero no tuvo oportunidad.

Tenía que compartir cama con otra chica. Su compañera era bajita y delgada, apenas se movió durante la noche, por lo que no le molestó. Sin embargo, en la habitación contigua dormía la cocinera y podía oír sus ronquidos. La pobre chica que dormía a su lado debía estar acostumbrada o

tener un sueño profundo. Antes del amanecer, a eso de las cinco y media de la mañana, su compañera la despertó para prepararse.

–¿Has trabajado antes en una casa? –le preguntó la joven.

–Sí.

–Entonces te será fácil acostumbrarte a esto. ¿Qué parte te toca limpiar?

–La última planta.

La chica la miró desconcertada. Ladeó una sonrisa y bajó la mirada para comenzar a vestirse.

–Por cierto, anoche no tuvimos tiempo de presentarnos, me llamo Sofía.

La chica asintió sin mirarla.

–Margarita.

–Me dijeron que no tendría a nadie para ayudarme en esa planta, ¿sabes si contratarán a alguien más? ¿Es muy grande? Perdona, es que estoy nerviosa, es el primer día.

Margarita se levantó y se giró hacia ella con una expresión indefinida en el rostro.

–Es grande, pero nadie la utiliza, así que no estará muy sucia.

Sofía se extrañó, cuando le ofrecieron el empleo habló con una mujer mayor, la señora de la casa y abuela de la niña que tendría que cuidar. La pequeña, si no recordaba mal, tenía su habitación en la última planta de la casa. Era imposible que nadie utilizara esa parte.

–¿No tiene allí la habitación la hija del señor? –Se puso pensativa–. No recuerdo su nombre.

Margarita se detuvo, se estaba recogiendo el cabello y quedó con los brazos alzados, como una bailarina. A los pocos segundos pareció reaccionar y moverse con más ligereza.

–Se nos hace tarde, date prisa o el ama de llaves te despedirá, no le gusta que nos retrasemos.

–Sí, me lo dejó claro. ¿Es muy estricta?

La chica se encogió de hombros.

–Sería, le gusta el orden, la puntualidad –Volvió a encogerse de hombros–, he conocido a muchas como ella, se ve que la responsabilidad les hace parecer que les han metido un palo por el culo. –Se tapó la boca con la mano, escandalizada por lo que acababa de decir–. No debería haber dicho eso, aún no te conozco, por favor, no le digas nada, necesito este trabajo.

Sofía sonrió.

–Tranquila, jamás se me ocurriría, esa mujer da miedo, cuanto menos le

hable, mejor. Por mi parte, no he oído nada.

Margarita suspiró aliviada.

–Gracias, ahora termina de vestirme, yo voy bajando ya, me gusta ser de las primeras que llegan. Nos vemos en el desayuno.

Salió a toda prisa y Sofía se quedó sola unos minutos en el cuarto, disfrutando del silencio. Al final no le había dicho nada de la niña, tal vez no quería hablar de los señores. De todas maneras, no tardaría mucho en conocerla.

III

Antes de subir, el ama de llaves la detuvo frente a la escalera. Sofía se giró hacia ella sin dejar los utensilios de limpieza. La mujer, de mirada fría y severa, la observó con altanería mientras apretaba los labios, parecía estar escrutándola, evaluándola para ese trabajo. Si la dejara comenzar, podría comprobar por sí misma que era perfecta para el puesto.

–Antes de subir con los productos de limpieza, debe subir el desayuno a la señorita.

Sofía puso cara de sorpresa, nadie se lo había comunicado.

–Lo siento, no lo sabía.

La mujer asintió, comprensiva.

–Suelo hacerlo yo, pero la señora ha creído conveniente que lo haga también usted. Así mismo se encargará de subirle la comida, la merienda, la cena y si precisara cualquier otra cosa, un zumo, un trozo de pastel, lo que sea, procurará proporcionárselo en el menor tiempo posible. ¿Lo ha entendido?

Sofía asintió.

–Bien, deje eso en la cocina y vaya a por el desayuno, la cocinera ya lo tiene preparado en una bandeja, procure no derramar nada y le recuerdo que no debe hablar con la señorita. No debe molestarla. Deje el desayuno sobre la mesita y vaya a limpiar, ¿queda claro?

–Por supuesto.

La mujer asintió con un gesto brusco y se giró sin despedirse. La vio caminar con paso decidido y recto. Sintió un escalofrío al ver esa enorme falda negra moviéndose al compás de sus pasos. Le recordó a un cuervo. Sin más, obedeció, era su primer día y no quería hacer nada que les disgustara. Cogió la bandeja sin que la cocinera se dignara a mirarla. En aquella casa todos parecían haber perdido la amabilidad y la cortesía en alguna parte. Sin prestarle atención, subió con cuidado. La bandeja contenía un vaso lleno de leche tibia, una manzana, dos porciones de bizcocho y un huevo cocido colocado en una delicada copa especial para él. No quería tirar nada y subió mirando la bandeja como si se le fuera a escapar de las manos. La casa tenía tres plantas, más el ático. Cuando llegó a la tercera le faltaba el aire, esperaba acostumbrarse pronto. Se tomó unos segundos para recuperar el aliento y miró el largo pasillo. Había varias puertas, ¿cómo sabría cuál era la de la

niña? ¿Por qué nadie la había acompañado para mostrarle la habitación o presentarle a la pequeña? No entendía la forma de hacer las cosas en aquella casa. Caminó en silencio, intentando escuchar tras las puertas, en alguna escucharía un ruido, sería allí donde llamaría. Pero no escuchó nada, así que pasó al plan B, susurrar para llamarla.

–¿Señorita, está usted ahí?

No quería gritar porque le habían dejado claro que no podía hablar con ella, pero de alguna manera tenía que dar con su cuarto.

–¿Señorita?

–¿Quién es?

Por fin, tras la puerta número cinco escuchó la voz de una joven.

–Le traigo el desayuno, ¿puedo pasar?

–La puerta está abierta.

Giró el pomo y entró en el cuarto. Al hacerlo le sorprendió la amplitud, era enorme, como dos o tres habitaciones juntas. Tenía un balcón y varias ventanas. Había mucha luz y todo estaba impecable, limpio y ordenado. La cama doble tenía unos visillos que caían por los lados. Había una bonita alfombra en el centro, un amplio escritorio frente a la ventana y varias estanterías. Un baúl de nogal reposaba cerrado frente a la cama. También había varios muñecos de peluche encima de la cama y en las estanterías. Un armario enorme ocupaba casi por completo una de las paredes. Supuso que estaría repleto de caros vestidos. Y, frente al balcón cerrado, mirándola con curiosidad, estaba la pequeña. Era menuda, de piel muy blanca, mejillas pálidas, nariz chata y pecosa, su cabello largo y ondulado era de un vivo color rojo, labios finos, sonrosados, de sonrisa serena, pero lo que más le llamó la atención fueron sus ojos, de bonito contorno, y de color marrón y verde.

La joven la miraba fijamente, sin moverse y Sofía se recriminó haberse quedado parada en la puerta, haciéndola sentir incómoda. Aquellos ojos parecían haberla hipnotizado por unos segundos, jamás había visto a nadie con esa peculiaridad. Recordaba haber tenido un gato con los ojos de un color diferente, pero nunca a una persona. Y al ver a la niña con esa mirada, no pudo reaccionar de un modo natural.

–Disculpe, señorita, ¿dónde dejo la bandeja?

La joven señaló con la mano abierta el escritorio. Sofía asintió y la dejó allí. Inclino un poco la cabeza y se giró para salir de la habitación.

–Su nombre, por favor.

Escuchó decir a la chica, su voz era suave y dulce. Sofía se detuvo y se dio la vuelta. Con una sonrisa amable, le contestó.

–Sofía, para servirle.

La niña asintió.

–Evelyn.

–Un placer conocerle. Si me necesita estaré limpiando las habitaciones de la planta.

Volvió a girarse y de nuevo tuvo que detenerse.

–Quédese, si es tan amable.

A Sofía le extrañó la petición, no obstante, asintió.

–¿Qué desea?

–Usted es nueva, ¿le han contado algo sobre mí?

Sofía frunció el ceño y negó con la cabeza. Evelyn sonrió, parecía aliviada.

–Tome asiento a mi lado, no quiero desayunar sola.

–Me encantaría, pero si no comienzo mis tareas...

Evelyn la detuvo con la mano y contestó mientras miraba la bandeja con el desayuno.

–Le han dicho que no hable conmigo.

–Me han ordenado limpiar todas las habitaciones. –continuó Sofía con sinceridad.

La chica la miró, tenía una expresión triste.

–No se preocupe por las habitaciones, nadie sube aquí y yo no diré nada. – Señaló una butaca a su lado–. Por favor...

Sofía dudó unos segundos, para después hacer lo que le pedía. Ella era la señorita y debía obedecer. Se sentó a su lado.

–¿Le apetece un trozo de pastel? –Le preguntó la pequeña.

Sofía se sorprendió y se apresuró a rechazarlo.

–Ya he desayunado, gracias. Esto es para usted y debe comérselo todo.

Ella sonrió.

–Nunca me como todo lo que me traen, es demasiado y seguro que usted no ha desayunado como es debido. –La miró, a Sofía aquellos ojos le daban escalofríos–. ¿Qué ha desayunado?

–Gachas y una rebanada de pan.

–¿No ha tomado zumo?

Sofía negó con la cabeza.

–¿Leche?

Volvió a negar.

Evelyn le ofreció su zumo de naranja y un trozo de bizcocho.

–Tenga, a usted le hace más falta que a mí. Yo me paso todo el día aquí, sin hacer nada y usted debe trabajar duro todo el día, necesita estar fuerte.

–No puedo robarle su comida, señorita.

Ella la miró sorprendida.

–Usted no me está robando nada, yo le ofrezco compartir mi desayuno. Venga, acompañeme, por favor.

La verdad es que le apetecía comerse un trozo de pastel y tomar ese zumo recién exprimido. Asintió y se bebió el zumo de un trago, después saboreó el bizcocho como si fuera una niña hambrienta. Escuchó a Evelyn reír.

–No se atragante.

Sofía tragó con cuidado y sonrió. Luego se levantó.

–Debo ir a trabajar.

Evelyn suspiró.

–No se preocupe, ya le digo que nadie se va a enterar. Siéntese y cuénteme algo sobre usted. ¿Por qué ha venido a trabajar aquí? Supongo que la han contratado también para cuidar de mí, ¿no es así?

–Bueno, sí. Pero el ama de llaves...

Evelyn se puso seria y la detuvo.

–No diga más, limpie el cuarto, ni la mire y salga de allí, no hable con ella. Como si la oyera, con esa voz ronca y esa mirada fría, ¿me equivoco?

Sofía intentó no sonreír, la chica había cambiado el tono de voz imitando al ama de llaves, incluso había fruncido el ceño y había gesticulado como la mujer.

–No, no se equivoca.

–Pues no le haga ni caso, ella no manda aquí. Por cierto, ¿sabe si ha vuelto ya mi padre?

–Lo siento, señorita, llegué ayer y no he tenido tiempo de casi nada.

–Supongo que no, habría pasado a verme, siempre lo hace.

Sofía se puso tensa y Evelyn lo notó.

–No se alarme, él no es como el ama de llaves, ni como mi abuela, él no le dirá nada por estar conmigo, además, puedo decirle que acaba de entrar. Usted me cae bien, no dejaré que le pase nada malo.

Y lo dijo tan convencida que Sofía la creyó.

IV

Aquella noche, durante la cena, pudo sentarse junto a su sobrino. No lo había visto en todo el día y necesitaba hablar con él, saber cómo estaba. Ella no sabía si se encontraba bien o mal, nunca se había sentido tan extraña al lado de nadie, aunque extraña no era la palabra más adecuada, tal vez, tranquila, una agradable sensación de bienestar. Evelyn la había retenido hasta media mañana cuando, por fin, la dejó llevarse la bandeja del desayuno y limpiar. No la escuchó durante todo ese tiempo, luego le llevó la comida, donde tuvo que compartir ese momento también con ella, la merienda, la cual no quiso probar y se la entregó a ella y, ella, a su vez, la guardó para su sobrino. Parecía una joven fuerte y al mismo tiempo, frágil. No quería estar sola, sin embargo, lo estaba. Nadie, tal y como ella le comentó, vino a visitarla, nadie subió a esa parte de la casa para interesarse por cómo estaba, por si necesitaba algo. Esto la extrañó, ¿por qué la dejaban sola? Era como una prisionera en su propia casa, no entendía nada. Evelyn era encantadora, dulce, amable y no parecía estar enferma, más allá de su palidez que bien podía ser por la falta de sol y aire libre. Y luego estaba la gente que vivía allí, tan fríos y poco comunicativos. Había trabajado en otras casas y siempre hubo cierto ambiente agradable, claro que siempre había alguna compañera malhumorada, pero allí todos parecían estarlo. Iban con cuidado de no hablar demasiado, de no cruzarse unos con otros, en la casa se había instalado un silencio incómodo que más parecía propio de un cementerio. Su sobrino se sentó a su lado y le cogió la mano. Tenía varios arañazos y los nudillos rojos. Tenía la cara sonrojada por el duro trabajo, aun así, se le veía bien.

–No sabes las ganas que tenía de verte y hablar contigo, ¿qué tal el trabajo?

–Bien, no te preocupes por mí.

Sofía le miró con tristeza, había pasado tanto tiempo solo, sin que nadie le ayudara, que se estaba acostumbrado a hacer las cosas por sí mismo.

–Soy tu tía, claro que me preocupo, pero se te ve bien, ¿te duele? –le dijo señalando los arañazos.

–No.

Le vio comer con apetito.

–¿Te hacen trabajar mucho? –Al preguntar esto le echó una rápida mirada

al capataz, quien, para su sorpresa, también la observaba con cara seria. Sofía, al darse cuenta, bajó la vista al momento.

–Lo normal, hay mucho trabajo.

–¿Estás bien?

Él asintió con la boca llena.

–Me alegro. Yo he conocido a la señorita Evelyn, es de tu edad, ¿sabes?

Él se encogió de hombros, la noticia no era de su interés. Sofía suspiró y comenzó a comer. No habían tenido tiempo de intimar, la verdad es que no se conocían. Él la conoció al poco de morir su madre y tuvo que aceptar que era su tía, confiar en su palabra, pero la realidad es que nunca se habían visto. No sabía qué le gustaba, qué odiaba, qué sueños tenía, qué pensaba, cómo se sentía después de lo sucedido. Le miró con tristeza y le cogió la mano con cariño.

–Si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí, a tu lado y siempre lo estaré, lo sabes, ¿verdad?

Él asintió sin mirarla.

–Tía, por favor, no se preocupe por mí, estoy acostumbrado a valerme por mí mismo, no necesito que me cuide. Se lo agradezco, pero estoy bien.

Que era lo mismo como, llegas tarde y ahora no te necesito.

–Me alegra ver que eres un chico fuerte. –Volvió a mirar al capataz, era un hombre rudo y esperaba que tratara bien a su sobrino–. Por cierto, Evelyn me ha dado esto. –Sacó del bolsillo una manzana y un par de galletas.

Él cogió la comida sin pensarlo y se lo tomó de postre, casi sin respirar.

–Tenías hambre. –Era una afirmación.

–El trabajo me abre el apetito, gracias por la manzana y las galletas.

–Tranquilo, estás tan delgado y estás creciendo, lo necesitas.

–Tía, le agradezco que me trajera con usted –La miró con ojos serenos–, me ha dado un hogar cuando pensaba que lo había perdido todo, me ha ofrecido un trabajo que me ayuda a no pensar y, que me gusta. Cuidar de los caballos me encanta, de verdad y le estoy muy agradecido. Siento si soy un poco serio o le he hecho creer que no me importa lo que hace por mí, pero no es así. Nunca olvidaré la oportunidad que me ha ofrecido y que se hiciera cargo de mí. No me conoce y bien podría haber ignorado que yo existía, pero vino a buscarme, no sabe lo mucho que eso significa para mí.

Sofía sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, aquellas palabras le habían quitado un gran peso de encima. Le apretó la mano con cariño y le sonrió con afecto.

–Yo adoraba a tu madre, aunque la vida nos separara, la quería mucho y tú eres parte de ella, ¿cómo iba a dejarte solo?

Él asintió algo cohibido. Las mujeres comenzaron a recoger la mesa.

–Tengo que irme. –Se apresuró a decir Ricardo, tal vez algo incómodo por la conversación.

Sofía se levantó y le dio un abrazo al pequeño, después cada uno se fue a su habitación a descansar, había sido un día largo. Le vio acercarse al capataz, quien le dio un golpe afectuoso en el hombro. Por lo que se veía, se llevaban bien y eso la tranquilizaba. Pensativa, fue a su cuarto, donde su compañera ya estaba en la cama. Entró con cuidado y se desvistió intentando no hacer ruido por si estaba dormida.

–¿Qué tal tu primer día? –Le preguntó sin girarse para mirarla, estaba tapada hasta la barbilla y su voz sonó apagada a través de las mantas.

–Bien, gracias.

–¿Has conocido a la niña?

–He tenido que llevarle las comidas.

–¿Has hablado con ella?

No la conocía lo suficiente, por lo que mintió.

–Solo al entrar, para saludar.

–Mejor, ni la saludes, cuanto menos trates con ella, mejor. Es un consejo que te doy.

–¿Por qué?

–Buenas noches.

Dicho esto, la conversación terminó. ¿Qué le pasaba a esa gente? ¿Dónde se había metido? Parecía una casa de locos.

V

Le despertaron los compañeros preparándose para un nuevo día de trabajo. Aunque cansado, le gustaba su nueva rutina. Era diferente a lo que había tenido que vivir los últimos años. Fue triste cuidar solo de su madre, recordaba esos días como si siempre hubiera estado nublado. La escuchaba toser por las noches, la veía demacrada por el día. La fiebre la devoraba sin compasión, la debilidad se adueñaba de su cuerpo. Sus ojos, con mirada apagada, casi sin vida, en un esfuerzo constante de demostrarle que se encontraba mejor, que se recuperaría para cuidarle a él y no al revés. Todo mentira, bien sabía que cada día empeoraba un poco, que la vida se le escapaba entre las manos sin poder hacer nada por evitarlo. Ambos sabían cuál era el final y ambos callaban. Seguían adelante, sin saber qué otra cosa hacer. Él iba a por los medicamentos, hacía la comida, limpiaba la casa, la limpiaba a ella, cambiaba las sábanas, lavaba la ropa, avisaba al doctor cuando se encontraba peor. Era una rutina dura, que no cansaba solo el cuerpo, cansaba el alma y ese cansancio era difícil de sobrellevar, era como llevar auestas un gran peso, como si te pusieran una pesada losa sobre los hombros y tuvieras que cargar con ella todo el día. Los quehaceres diarios suponían un sobreesfuerzo añadido al tener que afrontar ese peso que no sabía cómo quitar. Todo le costaba más, levantarse, afrontar un nuevo día. Luego, cuando la desgracia llegó, la losa cayó sobre él y fue incapaz de levantarse, no podía dar un paso, ni hablar, su ánimo se había esfumado, sus ganas de vivir, estaba tan cansado...

Sin embargo, con esta nueva vida que su tía le había ofrecido, notaba que comenzaba a despertar de una larga y amarga pesadilla. No le suponía esfuerzo alguno madrugar, el cansancio físico era llevadero, pues esa losa sobre sus hombros había desaparecido. Se enfrentaba al nuevo día con ánimos renovados y había descubierto que le encantaba su nuevo trabajo. Cuidar y limpiar de los caballos era algo que jamás pensó poder hacer. Al principio no tenía ni idea, incluso se atemorizó por su gran tamaño y fuerza. Luego vio que eran animales dóciles, sociables y, poco a poco, se fue creando un vínculo especial. Adoraba aquellos animales y parecía que era recíproco. La mejor parte del día era cuando tenía que sacarles a pasear. Verles corretear libremente, ver sus crines danzar al viento, el brillo de su pelaje al sol, eran espléndidos. El capataz, al que su tesón y dedicación le habían hecho tratarle

con respeto, le prometió enseñarle a cabalgar más adelante. Aquello sería fabuloso.

El trabajo y las comidas diarias habían hecho que ganara peso. El sol había bronceado su piel y ya no era el chico enclenque del primer día. Se le veía saludable y empezaba a ganar fuerza en los brazos y piernas, con lo que los músculos se estaban acentuando. Se veía bien, se encontraba bien y todo debía agradecerse a su tía. Si no le hubiera rescatado de aquel lugar, lleno de malos recuerdos, no habría salido adelante.

Por eso, aquella noche, después del trabajo, mientras esperaba a que el sueño le venciera, pensó que debería agradecerse de alguna manera. Pero no tenía ni idea de qué hacer, pensó en unas flores, pero descartó la idea casi de inmediato. Tendría que cogerlas muy temprano y, para cuando pudiera verla, las flores se habrían marchitado. Tenía que ser algo duradero, algo personal, que le llegara al corazón. Al quedarse dormido soñó con una bonita rosa, una rosa artificial hecha con un producto natural. Una flor tallada en madera. Se dio la vuelta, sonriendo, ya sabía qué le regalaría, lo que no sabía era de dónde sacaría el tiempo.

Como de costumbre, le despertó el capataz. Pese a su apariencia huraña y su genio fuerte, nunca le había tratado mal, tampoco le dio motivos, solía hacerle caso en todo lo que le decía y sin tardanza, no paraba ni un momento y se afanaba en aprender con entusiasmo. Todas estas actitudes parecían haber complacido al capataz quien, de forma casi imperceptible, comenzó a cogerle cariño al chico.

—Vamos, hora de levantarse.

Se restregó los ojos para despejar el sueño que aún se resistía en abandonarle y estiró los brazos. Bebió un poco de agua y recordó el sueño. Mientras se vestía, se dirigió a su capataz.

—¿Sabe dónde puedo conseguir un trozo de madera?

El hombre le miró extrañado.

—¿Para qué lo quieres?

Se encogió de hombros mientras se colocaba los pantalones.

—Un regalo para mi tía.

—¿Quieres tallar algo?

—Una flor.

Le vio curvar los labios hacia abajo, en una mueca complicada.

—¿Alguna vez has tallado algo?

—Cuando cuidaba a mi madre, en las largas tardes sin poder hacer nada,

me entretenía tallando figuras sencillas, una mesa en miniatura, una mecedora, intenté hacer un perro, pero no me salió.

–Bueno, si trabajas duro, te ayudaré a crear esa rosa para tu tía.

Le miró sorprendido.

–¿De verdad?

Le vio asentir y levantar una mano para evitar que dijera nada más.

–Ni se te ocurra agradecerme, tú haz bien el trabajo, no es necesario que digas nada más. Ahora corre o te quedarás sin desayuno.

El día transcurrió más lento de lo habitual. Le gustaba su trabajo, pero tenía ganas de terminar para pasar unos minutos con el capataz. Empezaba a verle como una figura paternal, una figura que, por otra parte, siempre había estado ausente en su vida. No conoció a su padre y su madre no tuvo otro amor. Recordaba su infancia en soledad, cuidado por vecinas mientras su madre trabajaba horas y más horas para darle un hogar, después, la soledad cuando era él quien cuidaba de ella, cuando las fuerzas la abandonaban y no podía trabajar. Su capataz le había abierto una perspectiva nueva que desconocía, el hablar con un hombre adulto, escuchar sus consejos y aprender sus lecciones, eran toda una novedad que le agradaba. Y deseaba poder pasar un tiempo a solas con él, mientras le enseñaba a tallar una rosa para su tía. Sería algo nuevo y tenía la sensación que sería algo que no olvidaría.

–Ve a por agua y no tardes.

Asintió, cogió los cubos y corrió hacia el pozo. De vuelta, vio algo que se movía en la casa. Alzó la vista y vio un balcón donde, desde las puertas cerradas de cristal, una joven le estaba mirando. Al darse cuenta que la había visto, se quedó parada, como sorprendida. Tenía un bonito y brillante cabello rojo. Él sonrió y le saludó con la mano, sin entender por qué se asustaba. Ella pareció sorprenderse, pero le devolvió el saludo de forma tímida. Nunca la había visto por los establos, por el vestido debía ser la señorita de la casa, no debía ser habitual que visitara los establos. Por otra parte, si tenían caballos eran para utilizarlos, ¿nunca le apetecía dar un paseo a caballo? Llegó a los establos y cambió el agua de los animales. Se acercó a su capataz.

–He visto una chica pelirroja en un balcón de la casa, ¿sabe quién es?

El hombre le miró con seriedad.

–Nadie que te importe, sigue con tu trabajo.

Antes de dejarle marchar le detuvo con una advertencia.

–No te acerques a ella, ni la saludes, confía en mí, es mejor así.

Extrañado por las inquietantes palabras, se giró y continuó su trabajo.

VI

Con la bandeja del desayuno en las manos, se disponía a subir al cuarto de la señorita cuando una voz tras ella la hizo detenerse en seco. Se giró y vio a la mujer mayor que la había contratado. Según recordaba, era la abuela de Evelyn y ya, el día de la entrevista, le pareció una mujer hosca y malhumorada. Iba acompañada del ama de llaves, ambas con cara seria y mirada penetrante que le ponían los pelos de punta. Las dos vestidas de negro, con cofia y el cabello recogido. Stephanie, abuela de Evelyn, tenía un cuerpo robusto, de amplias caderas y piernas cortas. Cuello ancho y manos pequeñas de dedos rechonchos. Sus ojos pequeños, de color verde, parecían estar siempre realizando un perpetuo escrutinio. Su boca, de labios finos, pequeña, no mostraba arrugas en los bordes, lo que le llevaba a pensar que no sonreía nunca.

–Usted es la encargada de cuidar de mi nieta, ¿no es así? No recuerdo su nombre. –Le dijo Stephanie con voz seca y autoritaria.

–Sofía, a su servicio.

La mujer asintió con un áspero gesto de cabeza.

–Suba esa bandeja y baje en seguida. Mi hijo Adam ha llegado esta mañana y desea conocerla. Haga el favor de no tardar. El ama de llaves la esperará aquí para conducirla al despacho del señor.

Sin despedirse, ni decir nada más, se dio la vuelta y caminó con paso solemne hacia, supuso, el despacho de su hijo. Tragando saliva por los nervios y la inseguridad que le despertaban esas dos arpías, subió los escalones todo lo rápido que pudo mientras pensaba en que la noticia le iba alegrar a Evelyn. Llamó a la puerta y escuchó su dulce voz desde el interior pidiéndole que entrara.

–Señorita, debo dejarle el desayuno y bajar de inmediato, su padre ha regresado y desea conocerme.

Vio cómo la carita de la niña se iluminaba.

–¿Mi padre está en casa?

–Así es. –Dejó la bandeja sobre el escritorio—. Siento que hoy deba comer sola.

La niña sonreía.

–No se preocupe, por favor, vaya y conozca a mi padre, ya verá que es un gran hombre y seguro que después viene a verme.

Sofía asintió, pero antes de marcharse la miró con dudas.

—¿No desea bajar conmigo?

Entonces Evelyn palideció y empezó a negar con la cabeza. Evitó su mirada y se sentó frente al escritorio, donde se puso a darle vueltas al vaso de zumo.

—No, le esperaré aquí, vaya, por favor, no le haga esperar.

Sin entender nada y sin poder perder un minuto, abrió la puerta y bajó las escaleras casi corriendo. Teresa, el ama de llaves, al verla y sin esperarla, se giró y comenzó a caminar haciendo que Sofía apretara el paso para alcanzarla. Una vez a su altura, la siguió unos pasos por detrás. Ninguna de las dos dijo una palabra. Después le señaló una puerta y, sin mirarla, se marchó por donde había venido. Le parecía increíble que, en un espacio tan reducido de espacio, como una casa, se concentrara tal cantidad de personas maleducadas e insociables. Se giró hacia la puerta y llamó con los nudillos.

—Pase.

Una voz de hombre. Abrió la puerta y entró con cuidado. Evitó mirarles directamente y se acercó al centro de la amplia sala a la espera de que ellos hablaran primero.

Un amplio ventanal estaba en el centro de la estancia, frente a él un inmenso escritorio de madera. Una alfombra en el suelo y las paredes cubiertas de estanterías repletas de libros. En su vida había visto tantos libros como allí. Era una pena que no supiera leer bien, su madre les enseñó lo básico a ella y su hermana cuando eran niñas. Unas pocas letras, lo justo para escribir su nombre y poco más.

El señor estaba sentado tras el escritorio, en una confortable silla de cuero. La observaba con interés, pero en su mirada no se veía esa hostilidad que mostraba su madre, solo curiosidad. Era un hombre de mediana edad, de rasgos elegantes, ojos azules, nariz recta y boca de labios finos. La forma de los ojos la había heredado Evelyn y también su semblante sereno. Debía reconocer que era apuesto. Su cabello oscuro, abundante, mostraba algunas canas en las sienes.

—Buenos días, mi nombre es Adam Hawk, soy el dueño de la finca y padre de Evelyn. —Se giró hacia su madre—. Y ella es mi madre, la señora Stephanie Hawk.

—Encantada.

Adam miró a su madre.

—Por favor, madre, déjenos solos.

Su madre lo miró con desconfianza, dudó unos segundos, pero después cogió aire y asintió de mala gana. Al pasar junto a Sofía le echó una mirada altiva, con su particular gesto sombrío y salió de la estancia.

–Disculpe a mi madre, por favor, es mayor y algo excéntrica. Por favor –dijo indicando con la mano la silla que había frente a él–, tome asiento.

Ella obedeció, sentándose recta, con las manos sobre las rodillas. Estaba nerviosa y no sabía por qué. La verdad es que no esperaba aquella entrevista, pensó que con hablar con la abuela de Evelyn sería suficiente.

–¿Qué tal el trabajo, se adapta bien?

–Por supuesto, estoy muy agradecida.

Él asintió.

–¿Qué le parece mi hija?

Ella sonrió al momento.

–Es encantadora, muy dulce.

Él la miró sorprendido y luego sonrió complacido.

–Me alegra oír sus palabras. –La miró a los ojos–. ¿Ha hablado con ella, mi hija le ha dicho algo?

Sofía dudó unos segundos y se apresuró a negarlo.

–No, nada, me dijeron que subiera las comidas y me marchara. Solo nos saludamos, eso es todo, señor.

Él asintió con tristeza bajando la mirada.

–Supongo que mi madre le dio esa orden. –Volvió a mirarla.

–El ama de llaves, señor.

–Comprendo. –Su tono fue apagado

–Sin querer importunar, señor, creo que se alegrará de verle.

–Sí, siempre se alegra, no suele tener visitas. –Sus palabras fueron un susurro–. Subiré ahora. –dijo bajando la mirada hacia los papeles que tenía sobre la mesa, parecía algo ausente, pensativo.

–Señor, aunque obedezco las órdenes, hoy, antes de reunirme con usted, sí le he dicho algo. –Vio cómo sus palabras captaban su atención–. Le he pedido que bajara, pero no ha querido.

Él no se inmutó, suspiró y volvió a su mirada perdida.

–Nunca sale de ese cuarto. –dijo más para sí mismo que para que ella lo escuchara.

–Señor, la niña, ¿está enferma?

Al oír esto alzó la vista hacia ella, extrañado.

–No, ¿por qué piensa eso? No, está perfectamente, es una niña sana, no le

sucede nada malo. Bien –Se levantó, de pronto, parecía nervioso–, solo quería conocerla, espero que trate bien a mi pequeña, yo paso mucho tiempo fuera y necesita cariño. No haga caso del ama de llaves, por favor, es algo rara, sobreprotege a mi hija. Si Evelyn le pide que charlen, no tema nada, ¿me hará ese favor?

–Por supuesto, no se preocupe.

–Gracias, ahora puede volver al trabajo, yo subiré a ver a Evelyn.

Sofía salió del despacho con una extraña sensación en el pecho. A su espalda escuchó que el señor cerraba la puerta del despacho y la voz de la señora segundos después.

–No subas.

–Es mi hija y ni tú ni nadie me va a impedir verla, así que déjame en paz.

–Debería estar en un centro.

Los pasos apresurados y contundentes de Adam se escucharon retumbar en el pasillo. Sofía apretó el paso para llegar a las escaleras. ¿Qué pasaba allí? Nadie parecía querer hablar de Evelyn, nadie le contaba por qué no salía de ese cuarto. No le quedaba otra que preguntárselo directamente a ella.

VII

Tumbado en la cama, las palabras del capataz aún sonaban en su cabeza. La historia que le había contado mientras tallaban la madera, le habían estremecido de tal manera que todavía sentía el cuerpo tembloroso. Por supuesto, no creía lo que le dijo al final, hacía tiempo que no creía en fantasías.

«–Tu tía es una mujer hermosa.

Él le miró sonriente.

–La verdad es que no me he fijado, pero supongo que sí. ¿Usted está casado?

Nada más preguntarlo se arrepintió de su osadía, no debería haberle preguntado algo tan personal. Por el rostro del capataz asomó una sombra de tristeza. Se detuvo y habló mirando al vacío, era como si estuviera viendo unas imágenes invisibles, unos recuerdos que solo él tenía en su memoria y detallara en palabras lo que su mente le mostraba desde lo más profundo de su ser.

–Lo estuve. Una mujer tan hermosa o más que tu tía. Era alegre, simpática, atenta, trabajadora. Trabajaba limpiando aquí. Por las noches, volvíamos juntos a casa. Por aquel entonces vivíamos en una pequeña choza en el campo, teníamos nuestro huerto, nuestro espacio, éramos felices, podíamos desconectar del trabajo por unas horas. Tuvimos un hijo, estaba sano, era fuerte como su padre, de cabello negro y ojos oscuros. Iba a ser un gran hombre.

Al hablar en pasado a Ricardo se le hizo un nudo en el estómago. También detuvo su trabajo para mirarle y escucharle con atención. El capataz siguió hablando como si no hubiera nadie a su lado.

–Cuando tuvo edad suficiente, decidió llevarlo al trabajo. Mi suegra ya estaba mayor y le costaba cuidar del pequeño. Era revoltoso, no podía estarse quieto. –Mostró una sonrisa triste, melancólica–. Me hacía reír, era el padre más feliz del mundo, yo adoraba a ese chiquillo. Al principio todo fue bien – continuó–, ella hacía su trabajo y dejaba al pequeño jugando en la sala de juegos con la señorita que, por aquel entonces, se paseaba por toda la casa como si tal cosa. –Esta observación hizo que Ricardo se extrañara, ¿qué tenía de malo que la hija de los señores se paseara por toda la casa? Era lo más normal–. Los dos tenían casi la misma edad. Ella tenía siete años y él seis, se

pasaban horas jugando, hasta que un día, mi mujer fue a recogerlo y encontró a esa mocosa en una esquina, llorando, balanceando el cuerpo de adelante atrás, asustada. Fue a preguntarle qué le pasaba cuando vio a nuestro pequeño, en el suelo, con la piel azulada. Mi mujer, asustada, corrió hacia él, gritando. Lo llamó, lo zarandó, lo abrazó, no reaccionaba. Cuando me avisaron, corrí a su encuentro. Mi pequeño, mi niño, estaba muerto, se asfixió con una pequeña bola de madera, la tenía atravesada en la garganta. Después del entierro, mi mujer perdió la cabeza y, meses después, se tiró por el acantilado. En poco tiempo lo perdí todo, mi felicidad, mi vida, mi hijo, mi mujer, me quedé solo. Pensé en dejar el trabajo, pero no quería alejarme del lugar donde reposaba el alma de mi hijo, del lugar donde su asesina seguía viva.

Ahora pareció salir del trance donde se había sumido y levantó la cabeza para mirarle.

–Esa niña es mala, no te acerques a ella, no le hables, es un engendro del diablo.

Se estremeció al recordar la mirada de odio, el rencor de sus palabras. Había veneno en ellas. No entendía cómo podía culpar a una niña de la muerte de su hijo. Por lo que le contó, fue un accidente. El niño se tragó una bola, ¿qué culpa tenía la pequeña? Y el suicidio de su mujer, podía entenderla, si él sufrió tanto al perder a su madre, no quería ni pensar en el dolor tan grande que debía sentir esa mujer tras perder a su hijo. No podía haber dolor más insoportable. Nadie tuvo la culpa de aquellos sucesos.

Después continuaron con el trabajo y, más tranquilo, se disculpó.

–Siento haberte contado algo tan personal –Le miró a los ojos con expresión paternal–, tú me recuerdas algo a él. Tus ojos, tan expresivos, tu cabello, puede que por eso me haya sentido libre de contártelo. A veces, cuando te miro, me parece estar viéndole a él, más mayor. –Sonrió al pensarlo–. Creo que todo pasa por algo, que el alma nunca muere. Pienso, y supongo que pensarás que estoy loco, que el alma de mi hijo reside en ti, a veces lo siento tan cerca... –Bajó los ojos, enrojecido, a punto de llorar. Trabajando la madera y evitando mirarle, continuó–. Eres un buen chico, Ricardo y solo quiero protegerte, no me gustaría que te pasara nada malo.

–Estaré bien, no se preocupe, hace tiempo que sé cuidarme solo.

El capataz asintió.

–Me alegra oírlo. Eres un chico fuerte y solo los fuertes sobreviven.»

VIII

Cuando su padre salió de la habitación, escuchó que Evelyn la llamaba en voz baja. Sofía salió del cuarto que en ese momento estaba limpiando y se asomó. La vio haciéndole gestos con la mano para que se acercara. Se la veía radiante, con una amplia sonrisa. Sofía sintió un profundo cariño por esa niña y también pena. Aún no entendía qué sucedía, por qué no salía de esa habitación, por qué se aislaba del mundo. Miró a su alrededor y, al ver que no había moros en la costa, fue hacia ella.

—¿Necesita algo, señorita?

Ella asintió, retirándose de la puerta para dejarle paso.

—Claro, entre, tengo que hablar con usted.

Sofía pasó, intrigada. Sobre la cama, vio una muñeca en la que antes no había reparado. Parecía nueva. Para su sorpresa, Evelyn no corrió a enseñarle el regalo que, seguramente, le había traído su padre, por el contrario, se dirigió hacia el balcón y miró hacia abajo. Con la mano la instó a acercarse. Sofía así lo hizo, sin comprender.

—Esa muñeca de la cama es nueva, ¿un regalo de su padre? —preguntó mientras iba hacia ella.

—Oh, sí, es preciosa, mi padre siempre me trae regalos caros, venga, mire.

—Le señaló el camino que se dirigía atrás de la casa. Allí, recogiendo los excrementos que habían dejado los caballos, estaba su sobrino. Sofía miró más allá, solo estaba él—. ¿Conoce a ese chico?

Sofía sonrió, ahora lo entendía.

—Sí, es mi sobrino.

Evelyn la miró sorprendida, a la vez que entusiasmada.

—¿De verdad?

Sofía asintió con una sonrisa.

—¿Cómo se llama? —le preguntó algo cohibida.

—Ricardo, y tiene su edad, bueno, el mes que viene cumplirá trece.

Evelyn seguía mirando a Ricardo como si observara un ángel.

—Siempre que pasa por mi balcón, levanta la vista y me saluda. Me parece un chico muy simpático.

—Es un buen chico, ¿quiere que le pida que venga a verla después del trabajo?

Evelyn se giró hacia ella con un gesto de angustia, negó con la cabeza y se

retiró del balcón. Fue a la cama y se sentó, cogiendo su muñeca nueva.

–Mi padre tiene muy buen gusto, esta muñeca es preciosa, mire qué rizos rubios y esos ojos azules, me encantaría parecerme a ella, es tan guapa.

Sofía se sentó a su lado y cogió un mechón de cabello rojo.

–Usted es una niña muy guapa y tiene un pelo precioso.

Evelyn la miró con una sonrisa triste.

–Gracias por el intento.

–Es la verdad.

La niña se encogió de hombros.

–¿Qué le ha parecido mi padre?

Sofía fingió pensar unos segundos, poniéndose seria, pasando su mano por el mentón.

–Bueno..., no sé... –La miró y sonrió–, es un buen hombre y la quiere mucho.

La amplia sonrisa de Evelyn al escuchar esas palabras la reconfortó.

–Lo sé, es el mejor padre del mundo.

Sofía le cogió una mano y se la estrechó con cariño.

–Evelyn, quiero preguntarle una cosa, ¿por qué nadie sube a verla?, o ¿por qué no baja y acompaña a su familia? Podría bajar ahora y conocer a Ricardo, se llevarían bien, es un chico agradable, educado y tenéis la misma edad, creo que le iría bien pasar tiempo con chicos de su edad, ¿no cree?

Evelyn apartó la mano y se puso de pie. La miró con frialdad.

–No creo que sea de su incumbencia, solo es la mujer de la limpieza y no quiero hablar de eso, ahora, por favor, quiero estar sola.

Fue al escritorio y se sentó. Abrió un libro y fingió leer. Sofía la observó intrigada, luego se levantó despacio y suspiró.

–Siento si la he ofendido, señorita. No quería entrometerme, solo quería entender. La dejo sola.

Sin más, fue hacia la puerta dispuesta a continuar su trabajo, como la niña le había dicho, solo era la mujer de la limpieza.

A la noche, Evelyn cenó con su padre en la habitación, mientras que Sofía se sentaba a la mesa de la cocina con sus compañeros y recibía una bonita sorpresa. En su sitio, bien colocada y con un lazo rosa, había una rosa tallada en madera.

–La dejó su sobrino hace unos minutos –dijo de forma hosca la cocinera al verla sonreír con los ojos llorosos–. Es un buen crío.

Sofía asintió sin mirarla, era la primera vez que le dirigía la palabra. Al

poco, los hombres fueron sentándose a la mesa. Su sobrino se sentó a su lado y ella, sin poder evitarlo, le dio un abrazo. Él se rio, cohibido y le pidió que le soltara.

–Veo que mi regalo te ha gustado. –Aún sonreía.

Ella asintió con ímpetu.

–Me encanta, pero, ¿por qué? No debiste molestarte, te habrá costado mucho trabajo.

Él se encogió de hombros y miró sus cubiertos.

–Quería agradecerte que me trajeras contigo, que no me dejaras solo.

Contuvo sus ganas de volver a abrazarle, sabía que le avergonzaba delante de sus compañeros.

–Ricardo, no podría haberte dejado solo y no tienes que agradecerme nada, somos familia y siento no haber estado ahí antes.

Él le cogió una mano, pero se la soltó enseguida, era como si las muestras de cariño le hicieran sentirse incómodo.

–El capataz me ayudó.

Ella miró hacia donde se sentaba el hombre, que la observaba y al cruzarse sus miradas, él asintió, ella le correspondió, una manera de agradecerle, en silencio, lo que había hecho. Luego volvió con su sobrino.

–¿Cómo te va en el trabajo?

–Bien.

Habían puesto la comida y, como siempre, él comió con avidez.

–Sabes que cuida una chica de tu edad, ¿te lo conté?

Él la miró un momento, con los carrillos llenos. Tragó antes de hablar.

–¿Es esa que se asoma al balcón, una chica con el pelo rojo?

–Sí, dice que te ha visto y que la saludas siempre.

Él volvió a comer, asintió sin mirarla.

–¿Te gustaría conocerla?

Él bebió un poco de agua antes de mirarla.

–No me dejan subir a esa parte de la casa, bueno, no me dejan entrar en la casa.

Ella se puso seria, él tenía razón, toda su esperanza se desvaneció. Él volvió a la comida y Sofía se llevó una cucharada a la boca, no podía hacer nada, si Evelyn no bajaba de la habitación o salía de la casa, no podría conocer a Ricardo.

–¿Por qué, es que ella quiere conocerme?

La pregunta la sorprendió, sacándola de sus pensamientos.

–Me ha preguntado por ti, quería saber quién eras.

Él se puso pensativo.

–Bueno, a mí también me gustaría conocerla, parece triste. –Miró a su tía–. ¿Sabes por qué nunca sale de casa?

–He intentado que me lo dijera, pero no le gusta hablar de eso.

Él asintió.

–Bien, no te preocupes, yo me encargo.

Y se puso a comer de nuevo. Sofía la miró extrañada, sus palabras estaban tan llenas de decisión que le pareció un adulto. Sonrió.

–De acuerdo.

No le preguntó nada más, esperando que volviera a sorprenderla.

XIX

Desde que Sofía había entrado en su vida, nada había vuelto a ser igual. Se sorprendía cada mañana esperando su visita, le encantaba charlar con ella, se sentía acompañada, una más y no un bicho raro. Ella la trataba bien, nunca la miraba de forma extraña, ni con miedo. También podía ser porque no la conocía aún, o puede que fuera porque nadie le había contado su verdadera historia, fuera como fuese, le gustaba sentirse normal.

Se acercó a la estantería para coger algún libro. Hasta la hora de la cena, no tenía que volver y tenía varias horas por delante sin nada importante que hacer, por lo que se lo tomaría con calma leyendo algún libro tumbada en la cama. Había dejado el balcón abierto porque hacía una tarde espléndida y le gustaba sentir el aire fresco. No recordaba la última vez que salió a la calle. Tampoco lo echaba de menos, no tenía a nadie con quien compartir esos momentos y ahora se sentía bien con la compañía y nueva a mitad de Sofía. Ella llenaba sus soledades y le daba un nuevo tema en el que pensar.

Afuera, poco a poco se iba poniendo el sol, atardecía y empezaba a refrescar, por lo que decidió cerrar el balcón. Al acercarse, el libro que llevaba entre las manos se le cayó por la sorpresa y ahogó un grito. Subiendo por la enredadera, estaba el chico de los caballos, el que la saludaba cada día. ¿Qué hacía? Subía con soltura, como si fuera lo más fácil del mundo. Al llegar a la barandilla se dio un impulso y entró. Se sacudió un poco la ropa y se irguió para observar a la pequeña pelirroja que lo estaba observando. Evelyn pudo comprobar que era un chico fuerte, de mirada seria, tranquila. Le pareció un joven apuesto. Él sonrió encogiéndose de hombros y apartando los brazos del cuerpo como diciendo, aquí estoy.

—¿Te he asustado?

Dijo con una voz profunda y dulce. No dejaba de sonreír.

Ella estaba parada frente al balcón, sin saber si gritar o presentarse.

—¿Puedo pasar? Empieza a hacer frío y no quiero que nadie me vea.

Al decir esto, Evelyn pareció reaccionar y salió al balcón para mirar a todas partes. No parecía haber nadie, al comprobar que estaban a salvo, se giró hacia el intruso y poniéndole una mano en la espalda lo empujó hacia dentro de la habitación. Cerró las puertas de cristal y corrió las cortinas, luego le miró con cara enfurecida.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí, cómo se te ocurre subir así?

Podrías haberte matado, podrían despedirte...

Él la detuvo poniendo las manos hacia delante, frunciendo el ceño y mirándola divertido.

–Para, para, las preguntas y los reproches de uno en uno.

Ella le miró extrañada, ¿qué le pasaba a ese chico, es que no tenía miedo?

–¿Y si te encuentran?

Él miró las cortinas echadas y negó con la cabeza.

–A no ser que vean a través de la ropa, creo que estoy a salvo.

Ella se giró hacia el balcón, él tenía razón, ahora nadie les vería. Evelyn se cruzó de brazos.

–Vale, ¿qué haces aquí?

Él miró el cuarto y abrió la boca con asombro.

–Vaya habitación, nunca había estado en un lugar tan lujoso. –Se giró para mirarla–. Eres una chica afortunada. Yo comparto colchón con un tío gordo que ronca y suda a todas horas.

–Lo siento por ti, pero ese no es mi problema y ahora, si no te importa, deberías irte antes de que nos metas en un lío.

Él la ignoró y se sentó en la cama sin dejar de mirar a su alrededor.

–Aquí huele muy bien, ¿es perfume? Por cierto, me llamo Ricardo, ¿y tú?

Ella sopló de impaciencia y se sentó en la silla del escritorio. Cruzó las piernas.

–Evelyn.

Él la miró siempre con esa sonrisa burlona.

–Es un nombre muy bonito.

Ella alzó los ojos al cielo.

–Gracias. –murmuró, girando la cabeza para evitar mirarle–. ¿Y qué quieres, chico que se llama Ricardo? –Ahora le miró, le gustaban sus ojos oscuros.

–Quiero ir al lago, hace un tiempo perfecto para mojar los pies, ¿te apuntas?

Ella le miró entre extrañada y furiosa, pero ¿quién se creía que era?

–No pienso ir a ninguna parte, no te conozco de nada.

–Soy el chico de los establos, cuido de los caballos. Y ahora soy Ricardo, un amigo. Y los amigos van a sitios para pasarlo bien.

¿Amigos? No parecía estar bien de la cabeza.

–No somos amigos.

Él hizo una mueca con los labios y asintió.

–Puede que tengas razón, vale, ¿cuántos años tienes?

–Doce.

–Yo cumplo trece el mes que viene.

–Felicidades.

Él sonrió.

–¿Por qué no te he visto nunca en los establos? Tenéis muchos caballos, ¿no sabes montar? Yo podría enseñarte.

–¿Siempre hablas tanto?

Él se encogió de hombros, la verdad es que no solía hablar mucho, pero no acostumbraba a estar con chicos de su edad, con ella se sentía niño, se sentía confiado, podía hablar de tú a tú de cosas que les importaban a los dos, de cosas que, por edad, tenían en común.

–Suelo ser un chico callado.

Ella le miró con incredulidad.

–¿En serio? Cualquiera lo diría.

Ricardo se levantó y paseó por el cuarto, se detuvo frente a una estantería y cogió un libro. Lo abrió con cuidado y miró el interior, luego se giró hacia ella.

–¿Los has leído todos?

–No. –dijo ella aún sentada frente al escritorio–. Y deja de cotillear mis cosas, por favor, es de mala educación.

Él devolvió el libro a su sitio.

–Yo no sé leer.

Lo dijo con tanta naturalidad que a Evelyn le sorprendió.

–¿Nada?

Él negó con la cabeza.

–Ni siquiera sé escribir mi nombre.

Ella se entristeció.

–¿Nunca has ido a la escuela?

Él volvió a negar mientras se sentaba de nuevo en la cama.

–Tuve que cuidar de mi madre enferma y luego vine aquí con mi tía, para trabajar.

–¿Y dónde está tu madre ahora?

Nada más hacer la pregunta se arrepintió, vio cómo el rostro de Ricardo cambiaba y perdía esa alegría que había tenido momentos antes. La tristeza ensombreció su rostro. Evelyn se levantó para sentarse a su lado, le cogió una mano entre las suyas y le miró a la cara.

–Lo siento, mi madre también murió.

Él, que hasta el momento había tenido la cabeza gacha, alzó la vista hacia ella. Evelyn continuó.

–Unos meses después de nacer yo, ni siquiera puedo recordarla.

Él apretó su mano con cariño.

–¿Y tu padre?

Ella le soltó y se sentó recta, mirando al frente.

–Viene a verme de vez en cuando, trabaja mucho.

–Yo no le conocí, dejé a mi madre cuando estaba embarazada.

Evelyn le miró sorprendida e indignada.

–¿Cómo puede un padre hacer algo así?

–Oh, se me olvidaba. –Se puso de pie y sacó algo del bolsillo trasero de sus pantalones. Al verlas se sonrojó–. Vaya, qué torpe soy, debí imaginarlo.

En su mano tenía un manojo de pequeñas flores silvestres de diversos colores que se habían doblado y perdido su esplendor. Aun así, se las ofreció.

–Eran un regalo, siento no habértelas dado antes. Como nunca te veo fuera, pensé que debías estar enferma, por lo que me dije, si ella no puede salir a oler las flores, yo se las llevaré.

Evelyn se levantó y cogió las flores mientras las miraba sorprendida, como si fuera el mejor ramo que hubiera recibido en la vida. Se las acercó a la cara y sonrió, luego miró al chico que tenía en frente, nadie le había dado un regalo tan bonito.

–Gracias, me encantan.

Él sonrió cohibido, pasándose la mano por el pelo, nervioso.

–¿Crees que ahora ya podemos ser amigos?

Ella se rio, asintiendo. Luego se puso seria y le miró a los ojos.

–Lo siento, no podemos ser amigos.

Él la miró sin comprender y ella continuó.

–No puedes arriesgarte a venir aquí, es muy peligroso.

Él pareció relajarse.

–Los domingos por la tarde no trabajo y el lugar parece un desierto, la mayoría de trabajadores se van a visitar a sus familias. Nadie me verá.

Ella no parecía convencida.

–Pero..., yo no puedo tener amigos. –Le entregó las flores que él cogió indeciso–. Vete, por favor.

Ricardo volvió a ponerle las flores en las manos y la miró con decisión.

–Todos podemos tener amigos y ambos necesitamos estar con alguien de

nuestra edad. Vendré el próximo domingo y los siguientes, así que procura tener ese balcón abierto si no quieres que me vean. –Se acercó al balcón–. Por cierto –Se giró hacia ella–, hoy te lo paso porque no nos conocíamos, pero el próximo domingo iremos al lago. Me ha encantado conocerte, Evelyn. Nos vemos el domingo.

Abrió el balcón y se aseguró de que no hubiera nadie. Evelyn se cruzó de brazos, indignada, ¿quién se creía que era para hablarle así? Luego, se dio cuenta de que bajaría por la enredadera y corrió hacia él, angustiada.

–Ten cuidado. –Le dijo con voz temblorosa.

–No te preocupes, es fácil.

–Espera...

Él se detuvo para mirarla.

–Antes me has dicho que pensaste que estaba enferma y eso no te ha frenado para venir a verme, ¿y si fuera algo contagioso?

Él se encogió de hombros.

–Puedo ponerme enfermo en cualquier parte, no te preocupes por eso, pero, ¿qué tienes?

–Estoy bien, no es nada.

–Me alegro, así podremos ir a pasear el domingo. Nos vemos.

Dicho esto, empezó a descender como si lo hubiera hecho toda la vida. Una vez en el suelo, Evelyn soltó el aire contenido y pudo relajarse. Él alzó la vista hacia ella, otra vez con esa sonrisa encantadora y se despidió con la mano. Ella hizo lo propio, de forma tímida y le vio correr hacia la puerta que daba a la cocina. Cuando ya no le vio, entró en su cuarto vacío y cerró de nuevo el balcón. Suspiró y miró las flores. ¿Qué había pasado? Ese chico era como un torbellino, sonrió, le caía bien y, de pronto recordó quién era ella. Asustada, dejó las flores sobre el escritorio y salió del cuarto. No vio a Sofía, debía estar en la cocina preparando su cena. Debía darse prisa. Corrió por el pasillo hasta una escalinata que daba al desván. Subió por ella y entró en el oscuro recinto. Encendió una vela que siempre tenía preparada a la entrada y caminó encorvada hacia el extremo más alejado. Por el camino se cruzó con varios objetos olvidados, en desuso. En medio de la sala había una mesita de madera con un único libro. Tenía varios años y muchas páginas. Estaba escrito a mano con una letra clara y pulcra. Aquel libro fue de su abuela materna. Más adelante, medio oculta por cajas y sombras, había una bonita virgen bien cuidada, limpia de polvo, rodeada de velas y sus recuerdos más preciados. Se arrodilló ante ella, encendió una vela y juntó las manos. Cerró

los ojos.

–Por favor, te lo suplico, no dejes que le pase nada malo. Es un buen chico y sabes que estoy de tu lado, creo en ti y creo en Dios, rezaré todos los días, no haré nada malo, te lo prometo, pero, por favor, mantenlo a salvo.

Y comenzó a rezar una plegaria.

XX

Sofía subió la cena y, al llamar a la puerta, nadie le contestó. Extrañada, abrió con cuidado.

—¿Señorita?

Tal vez estuviera dormida. Entró con cuidado y miró al interior, Evelyn no estaba en el cuarto. Dejó la bandeja en el escritorio y vio unas flores silvestres ya machitas. ¿De dónde habían salido?

—¿Evelyn? —La llamó sin esperanza. Nerviosa, salió del cuarto y entonces la vio. Bajaba del desván. Suspiró aliviada—. Señorita, ¿qué hace ahí? Ensuciará su vestido.

Evelyn pareció sobresaltarse. Terminó de bajar y se sacudió la falda.

—No se preocupe, tengo tantos que nunca los utilizo todos. Buscaba algo. Sofía asintió más tranquila.

—La próxima vez dígamelo a mí y lo buscaré por usted, me había asustado. Evelyn se puso seria.

—Por favor, no suba nunca al desván, allí guardo cosas personales, no deseo que nadie suba, ¿lo ha entendido?

Sofía miró hacia la escalinata del desván, luego a Evelyn, asistiendo.

—Claro, señorita, no se preocupe.

—Gracias. —Y entró en su cuarto—. Hoy huele muy bien, por favor, venga y acompañeme.

Sofía echó un último vistazo al desván y luego entró en el cuarto.

—Señorita, sabe que no puedo quedarme a estas horas, si lo hago, perderé mi cena y sabe lo estricta que es la ama de llaves al respecto.

Evelyn suspiró agobiada.

—Sí, tiene razón, lo había olvidado.

Alguien llamó a la puerta y las dos se quedaron paralizadas, mirándose a los ojos conteniendo la respiración.

—¿Puedo pasar?

Evelyn suspiró aliviada al escuchar la voz de su padre.

—Hasta mañana, señorita.

Evelyn asintió para despedirse de Sofía, quien ya se había acercado a la puerta y la abría. Adam sonrió al verla, inclinando levemente la cabeza a modo de saludo.

—Señor —Le dijo Sofía dejándole paso y, a su vez, saliendo del cuarto.

Escuchó la puerta cerrarse y Sofía bajó a la cocina, dejándoles solos. Evelyn se sentó en el escritorio y vio las flores, nerviosa por lo que pudiera pensar su padre, las cogió y guardó en un cajón a toda prisa. Luego fingió ponerse a cenar. Su padre se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros.

–He venido para despedirme.

Evelyn dejó el tenedor a medio camino de su boca y miró al frente. Siempre pasaba los mismo, se quedaba unos días y luego se marchaba semanas.

–¿Cuándo volverás? –preguntó tranquila volviendo a comer.

–Lo antes que pueda. Te traeré algo bonito.

Ella se encogió de hombros, ya tenía demasiadas cosas, no necesitaba más, solo necesitaba que se quedara.

–¿Por qué no bajas mañana a despedirte de mí?

Evelyn dejó la comida para girarse y mirar a su padre.

–Sabes que no puedo, a la abuela le daría algo.

Su padre suspiró y fue a sentarse en la cama. Evelyn pensó en Ricardo, hacía un momento él estuvo sentado en el mismo sitio que su padre.

–No debes hacerle tanto caso, está mayor.

–Si bajo, me enviará lejos de casa.

Adam bajó la mirada, no sabía cómo afrontar la situación. Su madre podía ser muy persuasiva, persistente y siempre conseguía salirse con la suya. Luego estaba el ama de llaves, su mano derecha y confidente. Ambas siempre del mismo lado, con las mismas ideas.

–¿Por qué no hablas con la abuela? –Le volvió a preguntar Evelyn, era algo que habían hablado un sinfín de veces.

Él le contestó sin mirarla, se avergonzaba de ser tan cobarde.

–No serviría de nada, lo sabes, ya lo he intentado, he discutido, incluso me amenazó con desheredarme –Alzó la vista hacia su hija–, ¿dónde iríamos? Esta es la casa familiar, mía por derecho al ser el único heredero. La única forma sería convencerla, pero no sé cómo.

Evelyn le miró entristecida, le dolía ver cómo su padre anteponía la herencia a su bienestar. A ella poco le importaba vivir debajo de un puente siempre que fuera a su lado, daría todo el dinero, todos sus vestidos, con tal de alejarse de esa casa, de los recuerdos, de la culpa. Volvió a girarse y continuó comiendo.

–No te preocupes, papá. Todo está bien. Sofía me cuida, ve tranquilo, yo

estaré aquí cuando vuelvas.

–Lo siento.

Se levantó y se acercó a ella, le dio un beso en la coronilla y salió despacio de la habitación. Al escuchar cómo cerraba la puerta, apartó de un golpe la bandeja de la cena, ocultó su rostro entre los brazos, y lloró.

XXI

Antes de subir, la abuela de Evelyn la detuvo. Con su habitual gesto solemne y su luto, la miró con frialdad. Agarrado con ambas manos llevaba un rosario. Colgado al pecho, un collar con un crucifijo de plata. Sofía no entendía bien la actitud de ciertas beatas. Se empeñaban en ir a la iglesia todos los días, en rezar, en predicar bondad hacia el prójimo, pero luego solían ser autoritarias, frías, rencorosas y poco cristianas. Mucho adorar a Dios, pero nunca la veía subir para ver a su nieta, hablar con ella, no parecía importarle que se pasara días encerrada en la habitación, sin ver a nadie, ¿quién era capaz de actuar así?

–Espere un momento. –le dijo.

Sofía llevaba la bandeja del desayuno, se giró para atenderla.

–¿Cómo ha visto a mi nieta?

Le sorprendió la pregunta, pues era fácil saberlo si subía y lo comprobaba ella misma.

–Bien.

–¿Le ha hablado?

–Los saludos de cortesía, señora.

–Si desea darle conversación, hágalo y después venga a decirme de qué le ha hablado, necesito saber cómo está, ¿me ha entendido?

Sofía asintió.

–Ahora suba y llévele el desayuno.

Se giró y escuchó la voz del señor, pero no se dirigía a ella, por lo que continuó.

–Debo irme ya.

–Ya te despediste de ella anoche, no vuelvas a subir, el viaje que te espera es largo, no quiero que corras ningún peligro.

–Mamá, debes dejar esas locuras de una vez.

–No son locuras, son hechos y tú los conoces tan bien como yo. Si no quieres alejarla de esta casa, al menos hazme caso, déjala como está, desde que no sale de ese cuarto no ha pasado ninguna desgracia. No tientes a la suerte y vete de una vez, ella estará bien.

Sofía perdió la conversación, si tuviera un espejo frene a ella estaba segura de que tendría la cara blanca. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Por qué no quería que su padre viera a Evelyn, o que saliera de su cuarto? ¿Desgracias? ¿Había

pasado algo y le echaban la culpa a la niña? Llegó al cuarto de la pequeña y llamó. Al poco, la propia Evelyn le abrió la puerta, parecía triste. Dejó la puerta abierta y volvió a tumbarse en la cama. Aún no estaba vestida, ni había abierto las cortinas.

–¿Se encuentra bien, señorita?

–Sí.

Sofía dejó la bandeja en el escritorio y se acercó a la cama.

–¿Puedo sentarme?

Ella no contestó y lo tomó como un sí. La miró con ternura.

–¿Es por su padre?

–Parece que prefiera irse lejos a estar conmigo, todos temen acercarse a mí.

Sofía le pasó una mano por la espalda.

–¿No quiere contármelo? Hace días que me pregunto qué pasa en esta casa, no entiendo nada. ¿Por qué está siempre aquí? ¿Por qué no quiere bajar y por qué nadie sube a verla?

Evelyn la miró con ojos enrojecidos, había estado llorando.

–Es complicado.

–Tengo tiempo, las habitaciones de esta planta no se usan y yo las limpio todos los días, nadie se dará cuenta si no las repaso un día.

Evelyn suspiró.

–¿Qué hay de desayunar?

Retiró la ropa de cama para sentarse.

–Ah, no, no me va a ignorar otra vez. Señorita, necesita soltar lo que sea que tiene dentro y a mí puede contármelo.

Evelyn se levantó poniéndose las zapatillas color rosa y una bata del mismo color.

–Sofía, usted me cae bien, por nada del mundo querría que me tuviera miedo y que evitara verme, como el resto del mundo. No pienso decirle nada, porque no hay nada que decir. Me gusta estar en mi cuarto, es mi refugio, aquí estoy segura. – Se sentó al escritorio–. ¿Quiere una tostada?

Sofía se levantó y se acercó a ella.

–Ya he desayunado. Entonces, si no pasa nada, ¿por qué su abuela le pide a su padre que no suba a verla, que no corra riesgos? ¿Por qué dice que desde que usted está aquí encerrada no han pasado más desgracias? ¿A qué desgracias se refiere?

–No está bien espiar las conversaciones ajenas, Sofía. –Se giró un poco

para mirarla—. Solo le voy a decir que no me gusta mi abuela, me asusta, las pocas veces que he hablado con ella me ha dado miedo su mirada fría y su tono de voz ronca. Nunca quiso a mi madre y creo que a mí tampoco. Le encantaría que mi padre me llevara a un internado, que me alejara de esta casa y no tener que verme nunca más, pero mi padre se niega. Mi abuela no quiere ni verme, ni pensar en que me pasee por la casa sin más, así que, lo mejor para todos, es que yo me quede aquí. Eso es todo, ¿he saciado su curiosidad?

Sofía podía ser pobre, pero no era tonta. Aquella explicación estaba muy bien, aunque distaba mucho de la realidad, ahí faltaban muchos datos que Evelyn saltaba deliberadamente.

—¿Y qué desgracias podrían ocurrir si usted bajara? Es dueña de esta casa, es un miembro más de la familia, debería comer con todos, debería pasear por cada rincón de la casa, sin restricciones, salir, montar a caballo...

—Sofía, por favor, déjelo, quiero desayunar tranquila.

—Y si cogemos esa bandeja y bajamos a la cocina, ¿qué pasaría?

Evelyn la miró horrorizada.

—Estaría despedida y no quiero que se vaya.

Sofía alzó los ojos al cielo y suspiró, molesta, tanto secreto la estaba sacando de quicio.

—Está bien, como quiera, pero si en algún momento desea hablarlo, estaré aquí. Ahora voy a limpiar un poco.

Al terminar el desayuno, Evelyn comprendió que su padre no subiría para despedirse, ya lo hizo la noche anterior y, según Sofía, había hablado con la abuela esa misma mañana, convenciéndole para que no subiera. Le encantaría que su padre fuera más valiente y se enfrentara a esa mujer. Le dolía su actitud, a veces pensaba que él también la culpaba por la muerte de su madre. Su abuela lo repetía una y otra vez, esa mocosa la mató, es culpa suya. Tal vez su padre también lo creyera. Sentía un peso enorme en el corazón, una tristeza que pesaba, que oscurecía su alma y sus pensamientos. Un ruido en el balcón la sobresaltó. En seguida se levantó para ver qué había sido, en el suelo vio una piedra rodeada por una cuerda, agarrada con ésta, había una rosa roja. Miró abajo y vio a Ricardo que le alzó la mano para saludarla mientras sonreía de forma sincera. Ella correspondió a su saludo y cogió la piedra. Ricardo, sin quererlo, le arrancó una sonrisa. Miró de nuevo, pero él ya corría para continuar con su trabajo. Al separar la rosa de la piedra, pensó que parecía como si él le hubiera estado leyendo el pensamiento, como si

hubiera podido notar que necesitaba una muestra de cariño. Aquel gesto tan inocente, la había alegrado el día. Sonrió mientras se llevaba la rosa a la nariz y aspiraba su dulce aroma. Puede que su vida estuviera rodeada de sombras, pero desde que Sofía y Ricardo habían llegado a ella, todo había cambiado.

XXII

Aquella mañana no pudo quedarse con Evelyn, su abuela le había pedido que fuera al despacho de su hijo pues necesitaba hablar con ella.

–Eso no es bueno. –Se limitó a decir la pequeña.

–Después subo y le cuento. Cómaselo todo.

Evelyn le sonrió, pero por dentro temblaba como una flor. Le daba miedo pensar qué podía decirle su abuela a Sofía. La vio marcharse y esperó su regreso con tensión.

Sofía llamó a la puerta del despacho y la voz austera de Stephanie se escuchó desde el interior pidiéndole que pasara. Así lo hizo y esperó en medio de la sala, de pie y mirando al suelo.

–Siéntese.

Obedeció sin decir palabra.

–Quería saber si ha podido hablar con mi nieta.

–No, señora.

La mujer la miró con recelo.

–Le insisto una vez más en que intente acercarse a ella. Como ha podido comprobar es una niña solitaria que se empeña en encerrarse en ese cuarto. Debe intentar ser su amiga y convencerla de que lo mejor para ella es que vaya a un internado. Allí recibirá la educación que merece una señorita de su clase. Las monjas se encargarían de enseñarle dibujo, costura, modales, religión. Es lo mejor para ella, estaría con niñas de su edad y crecería en un ambiente más sano que ese cuarto.

Sofía asintió, dicho así, no parecía tan mala idea.

–Lo hablaré con ella, señora.

–Hágalo y será recompensada, recibirá una generosa compensación económica, para usted y su sobrino. Creo que ese dinero les irá bien.

–Por supuesto, es usted muy amable, señora.

La mujer asintió.

–Ahora vaya a trabajar y no olvide lo que hemos hablado.

Sofía se levantó, se despidió de forma cordial y volvió al trabajo. Mientras subía las escaleras, pensaba en lo que le había dicho la mujer. No era una idea tan descabellada, si Evelyn accedía a ir al internado, podría recibir una educación y relacionarse con otras chicas. No podía ser sano estar siempre encerrada en casa. Lo que la tenía algo confusa era el no entender por qué no

podía ir libremente por el resto de la casa, era como si fuera una prisionera, pero nadie le daba ninguna explicación.

Sumida en sus pensamientos, no vio que ponía mal el pie en el último escalón, lo que la hizo perder el equilibrio. La escalera era ancha y ella subía por el centro, por lo que el pasamanos le quedaba demasiado lejos para agarrarse. Alzó los brazos en un intento de recuperar el equilibrio, pero de nada sirvió. Cayó hacia atrás hasta el primer descanso. Al caer, gritó y Evelyn fue la primera en escucharla. Se levantó de la silla donde había estado desayunando y se asomó a la puerta.

—¿Sofía?

Al no recibir respuesta, salió del cuarto y miró el pasillo.

—¿Sofía?

Nada. Se asomó a la escalera y allí la vio, al final de ésta, con un brazo doblado hacia atrás, las piernas semiabiertas, la cabeza caía a un lado y tenía los ojos cerrados. No se movía. Asustada, gritó su nombre y bajó corriendo. Se agachó y le tocó la cara, puso la oreja sobre su pecho y escuchó el corazón. Estaba viva. Con lágrimas en los ojos, empezó a pedir ayuda.

—¡Socorro, ayuda, por favor!

—¿Qué son esos gritos?

Era la voz del ama de llaves desde abajo. Evelyn se asomó a la barandilla y la mujer se sorprendió de verla.

—Por favor, es Sofía, se ha caído, avisen al doctor, rápido.

La mujer se santiguó al escuchar sus palabras y desapareció de su vista. Al volver, lo hizo con su abuela, quien la miró con seriedad.

—Apártate de ella. —Le gritó desde abajo.

—Llaman al doctor, por favor. —Insistió Evelyn con temor.

—¡Vuelve a tu cuarto! —Le gritó su abuela.

—Pero...

—Si no vuelves a tu cuarto nadie subirá a por esa mujer, haz caso de una vez, niña del demonio.

—¿Qué sucede? —La cocinera se había acercado y al ver a Evelyn en la escalera se asombró, abrió la boca por la sorpresa y se santiguó, igual que el resto—. Madre misericordiosa, ya vuelve a suceder.

Su abuela tenía agarrado con ambas manos su rosario que mantenía a la altura del pecho. La cocinera pareció empezar a rezar un ave maría.

—Avisé al capataz, necesitaremos ayuda para bajar a esa mujer.

Evelyn, asustada y preocupada por Sofía, hizo lo que le ordenaba su

abuela, corrió hacia su cuarto y se encerró allí para que así pudieran ayudarla. Pegó la oreja a la puerta y esperó con el corazón desbocado.

–¿Me han llamado?

Era la voz del capataz.

–Llévese a esa mujer a la cocina y que la miren. Si no se despierta avisen al doctor, pero no le molesten por una tontería, ¿me han entendido? Ahora suba y saque a esa mujer de ahí.

Su abuela dijo su última palabra, después de eso sus pasos se alejaron. Luego escuchó al ama de llaves dando órdenes.

–Tengo que avisar a su sobrino.

Escuchó que decía el capataz, su voz sonaba más cerca. Evelyn abrió con cuidado la puerta y miró por la rendija.

–Deje que trabaje, ya lo avisará después. Ahora debe obedecer, ya ha oído a la señora, saque a esta mujer de aquí. –escuchó decir a Teresa.

–Tráigala a la cocina, rápido, le prepararé agua caliente y le pondré unos paños en las heridas.

Era la voz de la cocinera, desde abajo. Evelyn no daba crédito. Cerró con cuidado y fue al balcón, se asomó buscando a Ricardo. Cuando le vio alzó los brazos para llamar su atención, él se giró y le saludó con una sonrisa, como siempre, pero ella le indicó con la mano que se acercara. Él, extrañado, miró a su alrededor y se acercó con cautela.

–Ve a la cocina, tú tía se ha caído y no quieren avisar al doctor.

Dijo en voz baja.

–¿Qué?

Evelyn suspiró, nerviosa y volvió a repetírselo un poco más fuerte. Esta vez Ricardo la escuchó y su cara se puso pálida.

–Corre. –Le instó Evelyn.

Él asintió y fue directo a la cocina y ella volvió a la puerta. No se oía nada. Ya debían haber bajado a Sofía. Abrió la puerta y comprobó que ya no había nadie. Corrió al altillo y se reunió con su virgen. Encendió una vela y comenzó a rezar.

XXIII

Escuchó unos golpes en las puertas del balcón. Ya estaba en la cama, abrazada a su nueva muñeca, intentando olvidar todo lo sucedido. Se sentó y escuchó en la oscuridad de la noche. Los golpes se repitieron. Por un momento se puso pálida pensando que era el alma de Sofía, había muerto e intentaba comunicarse con ella.

–¿Evelyn?

Aliviada, echó el aire contenido y corrió a abrir. Era la voz de Ricardo, seguro que traía noticias de su tía. Esperanzada, le dejó entrar llevándose un dedo a la boca para que no hiciera ruido. Antes de cerrar, miró al exterior, pero era noche cerrada, ya no se veía a nadie.

–¿Qué haces aquí, es por tu tía?

Él asintió, se le veía preocupado.

–¿Está peor?

Ricardo la miró con tristeza y Evelyn se temió lo peor, su corazón se aceleró.

–La señora, tu abuela, no nos ha dejado avisar al doctor.

–¿Por qué? –Se alarmó Evelyn, aunque conocía bien a su abuela y sabía que era propio de ella no preocuparse más que de sí misma, siempre conseguía sorprenderla. De todos modos, una actitud así, era demasiado cruel hasta para ella. Avisar al doctor no le habría supuesto ninguna contrariedad.

Ricardo se encogió de hombros.

–Mi tía despertó y entonces tu abuela dijo que ya no era necesario molestar al doctor. El capataz le dijo que sería bueno que la viera, pero tu abuela volvió a negarlo. La cocinera le puso paños fríos en el golpe de la cabeza y la chica de la limpieza que duerme con ella, le vendó el brazo, porque mi tía dice que le duele. No sabemos si lo tiene roto, también se queja de la espalda, tiene varios moratones.

–Ricardo, lo siento, ¿crees que se pondrá bien?

–Espero que sí, pero no he venido solo a decirte cómo está, quería pedirte algo.

Evelyn le miró confusa, él continuó.

–Quería pedirte que la dejaras quedarse contigo, aquí podrás cuidarla y comerá mejor. Su habitación es fría y tiene que compartir cama con la otra chica, no podrá estar cómoda, le duele todo, si pides que la suban, yo mismo

podría traer aquí una cama de las otras habitaciones. ¿Me harías el favor de cuidarla? Contigo sé que estará bien.

Evelyn no supo qué decir, angustiada, se sentó en la cama, ¿cómo podía decírselo? Agachó la cabeza, a su lado sintió que la cama se hundía, Ricardo se había sentado.

–Evelyn, mi tía está bien, no te preocupes.

–No puede quedarse conmigo, Ricardo, lo siento.

No pudo mirarle a la cara, pero supuso que mostraba sorpresa.

–¿Por qué?

–Empeoraría.

–¿Empeorar, por qué iba a empeorar? Esta habitación tiene más luz, es más caliente, mi tía dice que siempre compartes las comidas con ella, estará mejor cuidada, lo sé.

Evelyn negó con la cabeza, siempre mirando al suelo.

–Ha sido culpa mía, siempre lo es. –dijo en un susurro.

Él se inclinó un poco para intentar verle la cara.

–¿La empujaste? –dijo de forma suave para no parecer que la acusaba, solo pretendía saber qué había pasado.

Ella se sorprendió y le miró contrariada.

–Por supuesto que no.

Él sonrió.

–Ya lo sé, mi tía me lo contó todo, iba pensando, sin mirar la escalera, apoyó mal el pie y se resbaló, no pudo agarrarse y cayó hacia atrás. ¿Por qué dices que es culpa tuya?

–No lo sé, mi abuela –miró al techo, asqueada, nerviosa, confundida–, no lo sé –Le miró–, ¿de verdad crees que estará bien conmigo?, ¿no tienes miedo?

Él la miró sin comprender.

–Miedo, ¿de qué?

Se miraron unos segundos sin decir nada, ella quería contarle todo, pero temía que se asustara y le dejara de hablar, como todo el mundo.

–De acuerdo, dile que suba, a ella la dejarán si les dices que lo he pedido yo. Y no te preocupes por la cama, esta es grande y cómoda, estaremos bien.

Él apretó los labios y miró el balcón.

–No puedo hacer eso, si lo hago... –La miró–, sabrán que he estado aquí. Debes bajar tú a la cocina y decirle a mi tía que suba, como si fuera idea tuya.

Evelyn se puso en pie, ¿por qué le hacía eso, por qué le pedía algo así?

–Ricardo, no puedo bajar, no quieren que salga de este cuarto, si mi abuela me viera se enfadaría.

Ricardo también se levantó y se acercó a ella.

–Evelyn, no sé qué pasa en esta casa y tampoco sé por qué no confías en mí, tú sabrás, lo único que sé es que mi tía te aprecia y sé que contigo estará bien, hazlo por ella, por favor. Y por tu abuela, hace tiempo que se fue a dormir, mi tía está ahora en la cocina, tomando un té caliente con la cocinera, que se ha quedado con ella, no hay nadie más. El capataz me ha dado mañana el día libre porque sabía que me quedaría cuidando de mi tía. Puedes bajar, por favor.

Sus ojos estaban tristes, imploraban. Él tenía razón, su tía siempre se había portado bien con ella. Tragó saliva, puede que incluso pudiera curarle las heridas, podía preparar un ungüento. Su abuela materna sabía mucho de plantas. Por una vez podía hacer algo bueno, dejar de sentirse culpable, si conseguía que Sofía se pusiera bien, la culpa desaparecería, tal vez incluso su abuela la viera con otros ojos. Decidida, le contestó.

–Bien, lo haré, por Sofía y por ti. Ahora vete, con cuidado de que no te vean. Esperaré un rato y bajaré.

Él sonrió, asintiendo.

–Gracias, de verdad.

Le cogió una mano y se la besó. Luego fue corriendo hacia el balcón.

Evelyn le vio bajar y llegar a salvo al suelo. Se despidió con la mano y corrió hacia la cocina. Ella se miró la mano que él había besado, se acarició allí donde aún notaba su beso y sonrió.

Minutos más tarde, se detuvo frente al principio de las escaleras con el corazón desbocado. Hacía tiempo que no bajaba. Todo estaba en silencio y tranquilo. Su abuela no estaba por ahí, no tenía por qué verla. Cogió aire y bajó corriendo. Al llegar al final, miró a su alrededor, todo estaba oscuro, no se veía a nadie. Fue a la cocina y vio a Sofía sentada a la mesa y a Ricardo a su lado. La cocinera no estaba. Al verla, él sonrió y le indicó con la mano que pasara.

–Le hemos dicho a la cocinera que se fuera a dormir. No hay nadie, pasa. Ya le he contado a mi tía tu idea.

Evelyn entró con una sensación extraña recorriéndole el cuerpo, se sentía una niña rebelde que se saltaba las normas, y le gustaba.

–Vamos, Sofía, en mi cuarto estarás más cómoda. –Le dijo Evelyn con voz aún temblorosa por la pequeña expedición.

Ella la miró con dulzura.

—¿Estás segura? No quiero que tengas problemas por mi culpa.

Evelyn la miró sorprendida, no era la única que sentía culpa, por lo visto. Negó con la cabeza para quitarle importancia.

—No te preocupes, ya sabes que nadie sube, estaremos bien.

Sofía asintió y se giró hacia su sobrino. Le dio un beso en la frente.

—Gracias por cuidarme, ahora vete y descansa, mañana pregunta si te dejan subir a visitarme.

Él asintió y se levantó.

—Cuídala bien, os veo mañana.

Le vieron marchar y Evelyn se acercó a Sofía para ayudarla a levantarse.

—¿Te duele mucho?

—Estoy mejor, gracias por permitir quedarme contigo, eres un ángel, mi niña.

Y aquellas palabras fueron como un bálsamo para su mente y su cuerpo. Nadie, nunca, le había llamado ángel.

XXIV

Despertó y Sofía no estaba a su lado. Por un momento pensó que todo había sido un sueño, pero entonces la puerta se abrió y la vio entrar con Ricardo, que llevaba el desayuno de ambas en una bandeja.

–Buenos días, he tenido que bajar a por el desayuno, porque he recordado que nadie lo haría si no bajaba yo.

Evelyn les miró a ambos extrañada, todavía creía que estaba soñando. Sofía tenía mejor cara, dormir en una cómoda cama bien calentita le había sentado bien. Evelyn se levantó, se puso la bata y se acercó a ellos, que estaban junto al escritorio.

–¿Vamos a desayunar todos juntos? –preguntó indecisa.

–Así es, la cocinera nos ha preparado doble ración. Se siente algo culpable por no haber hecho nada anoche para intentar convencer a la señora de que llamara al doctor y me ha dicho que espera que, al menos, con la comida, pueda ayudarme a recuperar fuerzas. También me ha dicho que soy muy valiente al pasar la noche contigo. –Sofía la miró con suspicacia–. ¿Por qué me ha dicho eso?

Evelyn la miró confundida y se encogió de hombros.

–¿Cómo tienes hoy el brazo y la cabeza? –preguntó para cambiar de tema. Dormir juntas les había otorgado cierta familiaridad con la que se sentían con la libertad de tutearse.

–Me duele bastante, la cabeza no tanto, no fue un golpe tan fuerte, lo que más me molesta es la espalda. Caí resbalando de espaldas y noté cada escalón.

Evelyn asintió y fue hacia la puerta.

–Por favor, no me sigáis, vuelvo enseguida.

Los dos se miraron sin comprender, pero le hicieron caso. Evelyn salió del cuarto y subió al altillo. Allí se dirigió a la mesa donde tenía el libro de su abuela. Debía ir con cuidado, pues era antiguo y las hojas empezaban a amarillear. En él, su abuela había anotado centenares de recetas para aliviar diferentes dolencias y enfermedades. Su padre le regaló el libro cuando tenía ocho años, le contó que fue una gran mujer, que tenía el pelo igual que ella, rojo intenso, que le gustaba el campo y siempre recogía hierbas para realizar sus pócimas o ungüentos. También le pidió que lo escondiera de su otra abuela, pues a ella esas pócimas le parecían cosa del diablo, nunca aprobaría

que tuviera un libro así. Desde entonces, Evelyn lo guardó en el altillo y fue su mayor tesoro. En la primera página, había un retrato de su abuela, se parecía mucho a ella. Le hubiera gustado conocerla, pero nunca supo cómo murió. Su padre siempre cambiaba de tema y jamás se lo contaba.

Abrió el libro y buscó con cuidado el ungüento que necesitaba. Dio con él y memorizó los ingredientes. Luego se reunió con sus amigos en la habitación. Se dirigió a Ricardo.

–Necesito que me hagas un favor. –le dijo.

Él asintió y su estómago protestó. Las dos chicas se miraron y rieron al mismo tiempo.

–Tal vez podríamos desayunar primero, ¿no te parece? –sugirió Sofía.

Evelyn asintió y cogió una tostada. Les vio a ellos coger un trozo de tarta y leche.

–Lo que sea. –dijo Ricardo con la boca llena.

–Tienes que ir al bosque y traerme Hierba de San Juan, Salvia, Caléndula y Malva. Y creo que en la cocina podrán darte cera de abejas.

Ricardo miró a su tía algo despistado y luego a Evelyn.

–No sé qué es todo eso, menos la cera de abejas.

–Son plantas, cielo. –le dijo Sofía. Se dirigió a Evelyn–. ¿Para qué quieres todo eso?

Evelyn suspiró, era una contrariedad, por otra parte, no podría preparar el ungüento si no tenía un recipiente donde calentarlo. Tendría que ir a la cocina.

–Está bien, ¿me acompañarás al bosque? Yo misma recogeré las plantas. –le pidió Evelyn a Ricardo.

–Claro. –respondió éste sin dejar de comer.

–¿Vas a salir, por mí? –preguntó Sofía emocionada.

–Puedo hacer una pomada que te ayudará con esos moratones que tienes, espero que te calme el dolor. Pero para hacerla necesito esas plantas e ir a la cocina. –dijo esto último bajando la voz, insegura.

–Ricardo te acompañará al bosque y yo a la cocina, ¿te parece bien?

Evelyn sonrió, asintiendo.

Pero cuando terminaron de desayunar y vio por donde querían bajar para ir al bosque les prohibió hacer semejante locura.

–Ni hablar, tú eres tan señora de esta casa como tu abuela, bajas y sales por la puerta, faltaría más.

–Si ella me ve, se enfadará. No puedo salir.

–¿Por qué? –preguntaron los dos casi a la vez.

–Es complicado.

–Evelyn, por favor, necesitamos entender.

Evelyn se sintió débil de pronto, cansada. Se sentó en la cama y ocultó el rostro entre sus manos. Notó cómo los dos se sentaban uno a cada lado. Sofía le pasaba la mano por la espalda.

–¿Qué es lo que pasa?

Ella negó con la cabeza, no estaba dispuesta a perderles, se habían convertido en dos personas muy importantes en su vida y jamás haría nada que pudiera alejarles, por eso se levantó, decidida a hacer frente a su abuela y a quien hiciera falta. Sofía tenía razón, también era la dueña de la casa y tenía derecho a caminar libremente por cada estancia. Si los demás le tenían miedo, ella no podía hacer nada, era su decisión. Una punzada de temor le cruzó el pecho al pensar en que ella también tenía algo de miedo de causar algún mal. Su abuela se había encargado siempre de asegurarle que, cada desgracia ocurrida en esa casa, eran por su culpa. Con el tiempo, Evelyn había terminado por creerlo. No sabía bien por qué, pero lo cierto era que toda persona que estaba cerca de ella sufría algún accidente, muchos de ellos, mortales. Miró a sus nuevos amigos, Ricardo la miraba con paciencia, Sofía, con cariño. Cogió aire y decidió correr el riesgo. Necesitaba hacer esa pomada para ayudar a Sofía, para aliviarle su dolor, para convencerse que también podía hacer el bien.

–Quedaos aquí, vuelvo enseguida.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta y cerró con cuidado. Se acercó a las escaleras y notó cómo las piernas comenzaban a temblarle. Se tomó unos segundos para convencerse que no pasaría nada y comenzó a bajar.

La escalera terminaba en una amplia estancia que servía para la recepción de invitados y que daba acceso a la puerta principal. Hacia la izquierda quedaba la cocina, a la derecha un gran salón, un pasillo y varias habitaciones, una destinada a biblioteca, otra, la más soleada, el despacho de su padre. Su abuela solía estar en el salón, le gustaba tomar infusiones mientras observaba los cuidados jardines de la casa, que se veían a través de los ventanales de grandes dimensiones que rodeaban el salón. Sin mirar en esa dirección por temor a verla allí sentada en uno de los sofás, casi corrió hacia la puerta. De pronto, cuando ya tenía la mano en el pomo, escuchó su voz estridente, histérica, que provenía del salón.

–¿Qué haces fuera de tu cuarto? ¡Tu padre y yo te prohibimos salir! –Le

gritó mientras se acercaba a la entrada.

Sin esperar a que llegara, abrió la puerta y salió a la carrera. Detrás, la oyó gritarle.

—¿Dónde vas? Tu desobediencia te saldrá muy cara, ¿me oyes?

Pues claro que la oía, predicaba los buenos modales y la educación, pero en ese momento parecía una loca. Luego escuchó un fuerte portazo. Mejor así. Corrió hasta el bosque y allí se relajó. Miró hacia los árboles, disfrutó de la brisa en su cara, en sus cabellos. Cerró los ojos y aspiró profundamente. Cuánto tiempo sin salir de casa, había olvidado lo placentero que era estar fuera, disfrutar del aire libre, formar parte de la naturaleza. Escuchó el cantar de los pájaros, escuchó los insectos. Abrió los ojos y decidió no perder tiempo. Sofía necesitaba su ayuda y ella había arriesgado su tranquilidad para poder curarla. Comenzó a caminar y a buscar las hierbas que necesitaba. Mientras buscaba, pensó que lo difícil estaba aún por llegar. Cuando tuviera todos los ingredientes, tendría que ir a la cocina para preparar la pomada. No estaba segura de que la dejaran. Sonrió al encontrar la hierba de San Juan. Se agachó y cogió la que necesitaba. Pensó en lo feliz que sería si pudiera hacer eso todos los días, en cómo sería si la dejaran cuidar a las personas, en lugar de temerlas.

XXV

—¿Qué ha pasado, señora?

Teresa había acudido a su llamada. La señora parecía nerviosa y asustada. Tenía los ojos desorbitados y caminaba de un lado a otro de la habitación, murmurando. En cuanto Evelyn salió de la casa, tomó una decisión y llamó a su ama de llaves de inmediato. No la escuchó llegar y, al oír sus palabras, se sobresaltó. Se detuvo para mirarla.

—Que preparen el coche, tengo que salir de inmediato.

—¿Puedo preguntarle qué ha sucedido? He oído gritos.

Stephanie no aprobaba los cotilleos, si hubiera sido cualquier otra empleada la hubiera despedido en el acto. Pero toleraba a Teresa, llevaba muchos años trabajando para ella, siempre había sido discreta y servicial, jamás le dio un motivo de escándalo o vergüenza. Siempre hizo su trabajo con rectitud, seriedad y eso le gustaba. A veces charlaban, ambas eran parecidas en cuanto a la educación de la niña, ambas pensaban que lo mejor para todos era que saliera de esa casa. Era un gran apoyo cuando su hijo se empeñaba en contradecirla, en tratarla como si estuviera loca o, peor aún, algo senil. Su hijo a veces podía estar muy ciego, pudo comprobarlo cuando se casó con aquella mujer extranjera. Una española, de una familia que no conocía nadie, no tenía referencias sobre ella. Si, provenía de una casa de bien, no iban mal de dinero, pero no tenían nombre. Su padre resultó ser un simple comerciante con suerte en los negocios. Su madre, una vulgar curandera, pelirroja como la nieta. Y qué nieta, tan extravagante y enigmática como su abuela materna. Quiso hacerle entender a su hijo que aquel matrimonio no estaba bien, que la dejara elegir a ella una mujer que le conviniera por su situación social. Stephanie era de lo más sociable, conocía a toda la clase alta de su entorno, todos ingleses, por supuesto, educados, refinados, hubiera conseguido una gran esposa para su hijo, pero no, él tenía que elegir por su cuenta, dijo estar enamorado y no hubo más que decidir. Después, cuando nació esa niña, con ese pelo y esos ojos, supo que no traería nada bueno. Y su hijo siguió sin querer ver las evidencias, negando la realidad, dejándola por paranoica y se empeñaba en cuidar de la niña, en que permaneciera en casa. Pues se terminó, él no quería enfrentarse a los problemas, prefería huir, pasar la mayor parte del tiempo fuera, ignorando lo que sucedía en su hogar. Si así lo quería, así sería. Por lo tanto, ella era la

señora de la casa en su ausencia, la que tenía el poder de ordenar y que la obedecieran en todo. Y ese mismo derecho era el que iba a ejercer en ese momento. Estaba harta de esa mocosa, odiaba tenerla en casa y ese día había sobrepasado todo límite. Su paciencia se había agotado, era hora de actuar con contundencia, como debía haber hecho hacía mucho tiempo. Ya tendría tiempo de darle explicaciones a su hijo cuando se dignara en volver. De momento, había tomado una firme decisión, la cual sería la mejor solución para todos.

–Esa mocosa ha salido de su cuarto... –Vio cómo Teresa se llevaba una mano a la boca por la sorpresa, mientras que con la otra, se santiguaba–, y se ha ido fuera, a la calle, a saber dónde. Espero que no vuelva, pero mucho me temo que lo hará, no tiene a dónde ir.

–¿Qué debo hacer, señora? Si usted se va, ¿cómo debo proceder?

–Yo partiré de inmediato e intentaré volver pronto. No creo que me lleve más de dos horas. En mi ausencia, haga el favor de ignorarla.

–¿Cómo? –preguntó incrédula.

–Lo que ha oído. Déjela hacer, evítela, ni siquiera le hable, sabe que es lo mejor, así lo hemos hecho todos estos años y nos ha ido bien. Si necesita cambiar de estancia, hágalo, intente mantener el menor trato con ella y evite en lo posible su presencia. Supongo que, tras su aventura, volverá a su cuarto. Dios lo quiera así. Yo volveré en seguida y terminaré con el problema de una vez por todas.

–¿Qué piensa hacer, señora?

Pese a tenerle aprecio, no toleraba tantas preguntas, se exasperó y la miró con frialdad.

–Vaya a pedir que preparen el coche, está usted haciéndome perder el tiempo.

Teresa asintió con seriedad, comprendiendo que se había excedido en su curiosidad.

–Lo siento, señora, por supuesto, voy de inmediato.

Se giró con su paso seguro, más apresurado que de costumbre y fue a realizar el trabajo que le habían encomendado.

Una vez el coche estuvo listo, la señora subió a él ataviada con sus mejores y más discretas ropas. Toda vestida de negro, con un sombrero con velo que le tapaba el rostro y un bolso de mano, de pequeño tamaño, algo abultado y que mantenía bien sujeto. Al cuello, su mejor colgante de oro, una cruz con incrustaciones de diamantes. Le indicó al cochero dónde debía

llevarla y se puso en marcha.

Teresa la vio marchar y se metió en casa, cerrando tras de sí y mirando por las ventanas para ver si veía a la niña. Le tenía miedo. En sus manos llevaba un rosario y mentalmente rezaba una plegaria. Por fin la vio volver con varias plantas entre las manos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Había salido para recoger flores? Esa niña estaba loca, esperaba que la señora hubiera encontrado la solución para llevársela. Antes de que entrara, corrió hacia el salón y se perdió por el pasillo. No quería verla.

Evelyn entró en la casa y le extrañó el silencio. Miró hacia el salón y vio que estaba vacío. Tanto mejor, no le apetecía volver a encontrarse con su abuela, escuchar su sermón sobre su estancia en esa casa, que no volviera a salir de su cuarto, esa voz severa, gritándola. Se estremeció al recordar la escena de momentos antes, no quería volver a pasar por lo mismo, así que debía darse prisa. Corrió a la cocina y, como esperaba, la cocinera soltó un pequeño grito y se echó hacia atrás, santiguándose. No entendía por qué todos hacían lo mismo cuando la veían.

–Válgame el señor, ¿qué hace usted aquí?

–Necesito cera de abejas.

La mujer la miró incrédula.

–En ese estante de arriba.

Le señaló con mano temblorosa. Evelyn se giró y buscó el recipiente. Cuando pudo encontrarlo se volvió a la cocinera.

–¿Dónde puedo calentar esto? Debe hacerse al baño maría.

–¿Qué quiere hacer en mi cocina?

–Una pomada.

La mujer se volvió a santiguar y, sin poder aguantar más su presencia, comenzó a gritar pidiendo ayuda.

–¡Eduardo, Teresa, socorro, la niña está en la cocina!

Evelyn la miró sin comprender, ¿por qué gritaba como una loca? No le había hecho nada.

–Cálmese, por favor, solo dígame cómo lo hago y me iré, volveré a mi cuarto. Solo quiero hacer una pomada para Sofía.

–¿Quiere matarla?

Evelyn la miró sorprendida.

–¿Matarla? Solo quiero aliviarle el dolor. ¿Nunca ha visto una pomada? ¿Es que está loca?

–Insolente, ¡socorro! La niña está en la cocina.

–¿Qué son esos gritos?

Era Sofía y Evelyn no pudo alegrarse más de verla. La cocinera señaló a Evelyn como si estuviera viendo un fantasma.

–La mocosa está en mi cocina, sáquela de aquí. –dijo nerviosa.

Sofía se sorprendió mucho por su actitud, que no entendía. Miró a la cocinera con cierto desprecio por su ignorancia.

–Quiere calmarse, por favor. Es una mujer adulta, deje de comportarse como una cría asustada.

Al poco apareció Ricardo y miró la escena con sorpresa, luego se giró hacia Evelyn, la vio pálida, por lo que se acercó.

–¿Estás bien?

–Solo quería preparar una pomada. –Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas.

Ricardo miró a la cocinera, estaba enfadado, pero no podía hacer gran cosa, así que miró a su tía, ella parecía estar más calmada y dominaba la situación. Se giró hacia Evelyn y le sonrió.

–Perfecto, ¿qué necesitas?

–¡No necesita nada, solo salir de mi cocina!

Sofía la miró enfurecida y le habló de forma contundente, sin levantar la voz.

–Si no quiere estar con ella, salga usted de la cocina.

La cocinera apretó los labios y su cara enrojeció por la rabia.

–Como queráis, pero esto lo sabrá Teresa y la señora, consideraos despedidos.

Caminó hacia la puerta con sus carnes fofas balanceándose de un lado a otro, con pasos enérgicos y mirando a Evelyn con resentimiento antes de salir. Ricardo le pasó la mano por la espalda para tranquilizarla y luego le cogió las plantas de la mano.

–De acuerdo, ¿qué hay que hacer? –preguntó Sofía con calma.

Evelyn estaba parada, sin poder reaccionar. Sofía se acercó a ella y le cogió la mano libre, la otra aferraba con fuerza el bote con la cera de abejas. Su mano estaba fría.

–Evelyn, estamos solos, tranquila.

Evelyn la miró con los ojos enrojecidos.

–No permitiré que os despedían, no quiero que os vayáis.

Sofía se giró hacia su sobrino.

–Ve a trabajar, será mejor para todos. Si tienen que despedir a alguien, que

sea a mí. Vamos, ve.

Ricardo dudó unos segundos, pero luego obedeció, sabía que su tía tenía razón, de todos modos, hablaría con el capataz, sabía que Sofía era de su agrado y podría intentar convencerle para que le ayudara a quedarse, que hablara en su favor. Antes de irse se giró hacia Evelyn.

–Yo no me iré a ninguna parte, nunca volverás a estar sola, te lo prometo.

Dicho lo cual corrió hacia la puerta. Evelyn le vio salir, no sabía cuánto agradecía sus palabras.

Al final, con la ayuda, la paciencia y el cariño de Sofía, pudo terminar su pomada. La pusieron en un recipiente bien tapada, ahora solo debían esperar a que se enfriara y se solidificara. Esa misma noche podría darle unas friegas a Sofía y pronto se sentiría mejor.

Con el bote en las manos y habiendo recogido la cocina, volvieron al cuarto. Sofía se detuvo un momento y entró en el salón, donde aguardaba la cocinera.

–Hemos dejado recogida la cocina y subimos al cuarto, puede volver al trabajo, nadie la volverá a molestar. Siento si nuestra presencia le ha importunado y le agradezco que nos prestara su cocina, ha sido muy amable.

La cocinera la miró sorprendida y sin saber qué contestar. Asintió levemente y se puso en pie. Sofía decidió ignorarla por completo, le dio la espalda y volvió con Evelyn. Juntas subieron a la tranquilidad de su cuarto. Nunca pensó que encerrarse en una habitación pudiera apetecerle tanto. Aquella casa estaba llena de locos y no entendía cómo una niña tan sensible podía aguantar allí. Y entendía aún menos cómo su padre podía dejarla tanto tiempo sola con aquellas personas que, se veía a leguas, odiaban a la pequeña. No era un buen ambiente para la niña, ni para nadie.

Una vez en el cuarto, Sofía le pidió que se sentara en la silla frente al tocador para poder peinarla.

–¿No te harás daño en el brazo?

Dejó el bote de la pomada sobre la mesa.

–Solo necesito una mano.

Mientras la peinaba, un coche paró frente a la casa. Stephanie había vuelto y no venía sola.

XXVI

Al escuchar el carro detenerse corrió a la entrada para abrir la puerta. Por la ventana, vio a la señora bajar, detrás apareció una monja de mediana edad, de aspecto sereno y mirada escrutadora. Teresa no la conocía, su señora solía traer pocas visitas a la casa, porque tampoco conocía a mucha gente en España, pero Teresa conocía a todos sus conocidos. En alguna que otra ocasión les invitó a cenar, a tomar el té o a comer. Nunca vio a esa mujer y le extrañaba que la señora no le hubiera hablado de ella.

Ambas entraron. La señora le entregó el abrigo y el sombrero.

–Tráigame mi biblia. –le dijo a modo de saludo, ni siquiera la miró, contemplaba las escaleras como si alguien la esperara allí.

La monja saludó al ama de llaves con una inclinación cordial de cabeza. No llevaba abrigo ni bolso, por lo que no tuvo que desprenderse de ninguna prenda. Teresa se apresuró en complacer a su señora. Una vez con la biblia volvió a la entrada.

–Tenga, señora.

Stephanie cogió el libro y se giró hacia su invitada.

–Subamos, la niña está arriba.

La mujer asintió.

–No debe preocuparse lo más mínimo –se vio en la obligación de decirle al verla asustada–, nuestro señor está con nosotros, nada nos sucederá. Caminamos de su mano, nos protege, nada debe temer.

Stephanie asintió levemente, cogiendo aire.

–Me alegra tenerla a mi lado, creo que es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

–Por lo que me ha contado, debió acudir a mí hace mucho tiempo.

Las mujeres comenzaron a subir las escaleras y se detuvieron delante de la puerta. La monja cerró los ojos y murmuró una pequeña plegaria.

–Noto la presencia del mal –miró a su anfitriona–, tenía usted razón, aquí habita un mal espíritu, pero nosotras podemos ayudarla. Ha hecho bien en acudir a mí. Abra la puerta.

Stephanie así lo hizo, sin llamar. Al abrir, las dos chicas se sorprendieron y Sofía se quedó parada, mirando a las dos mujeres, parecían espectros, ambas con miradas penetrantes, semblante pálido y labios apretados. La monja hizo la señal de la cruz antes de entrar.

Evelyn se giró en la silla para coger la mano de Sofía, estaba asustada, sabía que su abuela no subiría a su cuarto por nada. Estaba enfadada con ella y temía el castigo.

–Haga el favor de dejarnos solas, vaya a la cocina o a limpiar, no sé qué hace aquí y no trabajando. –Le espetó Stephanie con voz autoritaria.

–Yo le pedí que se quedara, aún no está bien de la caída, abuela.

Su abuela ni la miró y volvió a dirigirse a Sofía.

–Necesito hablar con mi nieta, por favor. –le dijo señalándole la puerta.

Ambas mujeres entraron en el cuarto y Sofía miró a Evelyn, ella asintió sin mucho convencimiento, pero sería peor llevarle la contraria a su abuela.

–Nos vemos luego.

Evelyn asintió y soltó su mano con pesar, la vio salir y se le oprimió el corazón. Sofía cerró con cuidado, echando un último vistazo a la escena, odiaba tener que dejar sola a la niña con esas dos arpías, pero no podía hacer nada. Quiso quedarse tras la puerta para escuchar, pero le haría un flaco favor a Evelyn si la pillaban espiando.

Dentro, la monja se acercó a Evelyn y la observó como si fuera un animal extraño.

–Su pelo... –dijo girándose hacia Stephanie. Ésta asintió.

–Supe desde que nació que no era normal.

Evelyn no comprendía nada. Asustada, intentó defenderse.

–Abuela, lo siento, sé que la desobedecí, pero no volveré a hacerlo, no saldré del cuarto nunca más, de verdad.

La miró suplicante, pero de nada sirvió, su abuela nunca la miraba a los ojos.

–Tu abuela ha venido a buscarme –dijo la monja– y ha hecho bien. No es un castigo, es una bendición. Regento una escuela católica, donde hay otras niñas de tu edad. Tu abuela es una mujer caritativa, que lo único que quiere para ti es el bien, por eso me ha llamado. Sabe que podré curarte, enseñarte, limpiar tu alma. Cuando termines conmigo, serás una niña normal.

Evelyn la miró extrañada, ¿una niña normal?, ¿limpiarla? Ella se bañaba todos los días.

–¿No soy normal? –preguntó inocente.

La monja sonrió, paciente.

–El demonio vive en ti, solo hay que ver tus ojos, tu pelo, tu actitud. Tu abuela me ha contado todas las desgracias que han ocurrido en esta casa, sin duda, por culpa de tu presencia o, mejor dicho, por la presencia del mal que

vive en ti.

Evelyn se quedó sorprendida, el mal vivía en ella, por eso nadie quería acercarse, por eso todo el que se acercaba a ella sufría algún accidente, como Sofía, como su madre, como su institutriz, que murió al enfermar de tisis, como el hijo del capataz. La niña asintió.

–Lo siento, de verdad, quiero curarme.

La monja se giró hacia Stephanie.

–¿Ve el poder de Cristo, nuestro señor? He entrado con su presencia y el mal ya se retrae, la niña que hay en su interior quiere salir. –Se giró hacia Evelyn con una amplia sonrisa y le puso una mano sobre la cabeza, cerró los ojos–. Sí, lo siento –abrió los ojos para mirarla–, te curarás, sanaremos tu alma, pero para eso debes venir conmigo.

Evelyn asintió.

–Pondré todo mi empeño, pero...

Su abuela se giró hacia ella, mirándola por primera vez.

–Solo iré con una condición.

La monja se puso seria y cogió su crucifijo, que puso delante.

–El mal se resiste, será complicado. -dijo.

Evelyn se dirigió hacia su abuela.

–Sé que Sofía obró mal, solo quiero asegurarme que les dejará seguir aquí en mi ausencia, por favor, abuela, haré todo lo que me pide, me iré con esta señora, seré obediente, pero no despida a Sofía y a su sobrino, es lo único que le pido y me iré feliz.

La monja miró a Stephanie que no comprendía la petición de su nieta. No había pensado en esos dos sirvientes. A ella le daba lo mismo que se quedaran o se fueran, solo los contrató para vigilar a su nieta. Miró a la monja, quien asentía. Era poco por librarse de una vez por todas de esa niña.

–Tienes mi palabra.

–Y una promesa no debe romperse, recuérdelo. La niña ha obrado con bondad, el poder de Cristo empieza a surtir efecto. No ha pedido nada para ella, ha pensado en los demás, debe aplaudir este acto cumpliendo su palabra.

Stephanie la miró nerviosa, ¿quién se pensaba esa mujer que era ella? Si prometía algo lo cumplía, no necesitaba sermones de ninguna monja.

–He dicho que así se hará y así será. Esos dos seguirán trabajando aquí, pero no quiero lloriqueos, ni escándalos, te irás en silencio, ¿entendido?

Evelyn asintió.

–¿Puedo llevarme mi muñeca?

La monja asintió.

–Pero no necesitarás nada más, la ropa te la daremos nosotros, los libros de estudio también. Y no toleramos ninguna prenda colorida, ni perfumes, ni pinturas. Si la muñeca tienes algún valor sentimental para ti, puedes llevártela, pero nada más.

Evelyn se acercó a su cama y cogió la muñeca que le regaló su padre. Supuso que él estaba al tanto de esta decisión, su abuela no hacía nada sin consultárselo y le extrañó que, al final, pudiera convencerlo de llevarla a un internado. Siempre le escuchó decir que la quería en casa, donde debía estar, ¿por qué habría cambiado de opinión? Debió tomarla hacía días, su abuela debió escribirle una carta, le hubiera gustado que estuviera allí y se lo explicara, todo sería más sencillo con él cerca. Abrazó a la muñeca y se acercó a la monja.

–¿Estás preparada? –Le preguntó altiva.

En su fuero interno sabía que no, pero la sensatez le hizo asentir.

–Bien, partamos, no quiero que se nos haga de noche. –Se volvió hacia la anfitriona–. Mandaré el coche de vuelta, le agradezco que nos lo preste para volver.

–Es lo mínimo que puedo hacer por acoger a mi nieta con tan poco tiempo.

–Siempre hay sitio en nuestra escuela para un alma perdida y su generosa donación nos será de mucha ayuda. Dios se lo agradecerá.

–Descuide y no la devuelva hasta estar convencida de su total recuperación.

Al salir a la calle, vio que Ricardo estaba junto a los caballos del carro. Le habían pedido que los cambiara. Los que vinieron estaban cansados y tuvo que reemplazarlos. Ataba al último cuando la vio salir acompañada de una monja. La miró sin comprender.

–¿Puedo despedirme de un amigo? –preguntó con reparo.

La monja miró al chico sucio que cambiaba a los caballos.

–Ese chico no es de tu clase social, no necesitas despedirte, pero hazlo si lo crees conveniente, dos minutos, debemos partir ya.

Evelyn se acercó a Ricardo.

–¿Dónde vas? –le preguntó éste con el ceño fruncido sin entender nada.

–A una escuela, estaré bien, cuida de tu tía.

–¿Una escuela, así, sin más? ¿Cuándo lo han decidido?

–Por favor, Ricardo, no me lo pongas más difícil. –dijo aguantando las

lágrimas.

–¿Cuándo volverás? –su voz sonó temblorosa, tenía miedo, su única amiga se iba, sin que nadie les hubiera avisado o preparado para la noticia, no quería que se marchara y, por su aspecto, ella tampoco quería irse.

Ella bajó la mirada.

–No lo sé. –Alzó los ojos hacia él–. Y cuídate tú también, ¿me esperarás?

Él asintió.

–Te prometí que siempre estaría contigo. –la miró con tristeza–. ¿De verdad no puedes quedarte? Aún me debes un paseo por el bosque.

Ella sonrió, negando con la cabeza.

–Cuando vuelva.

–Vamos, niña, sube al carro. –Se impacientó la monja.

Evelyn se inclinó y le dio un rápido beso en la mejilla, para la sorpresa de la monja que se escandalizó.

–Adiós.

Se giró y subió al carro, la monja fue detrás.

–Tienes mucho que aprender, niña, eso que has hecho es horrible, besar a un jovencuelo, no tienes educación, me temo que tendré mucho trabajo contigo.

Evelyn no dijo nada, miró por la ventanilla y vio a Ricardo parado, viendo cómo el carro se ponía en marcha. Su mirada era triste. Luego vio correr a Sofía y ponerse al lado de su sobrino.

–¿Dónde se la llevan? –La oyó preguntar con angustia.

Y el carro giró, perdiéndoles de vista. Su hogar se alejaba, el único lugar que conoció, el único lugar donde se sintió segura.

Segunda parte

Seis años después

I

Mientras salía, no pudo evitar recordar el primer día que llegó a ese horrendo lugar.

Por fuera parecía una escuela como otra cualquiera, con muchas ventanas pertenecientes a las habitaciones de las alumnas, un bonito jardín en el exterior, con bancos para tomar el aire y estudiar, dos grandes puertas de madera robusta y un cartel que anunciaba el nombre del centro. Por dentro, era un convento. Salas frías y silenciosas, butacas de madera, imágenes de la virgen y crucifijos por todas partes. Las habitaciones eran aún más impersonales. Un camastro, un pequeño escritorio, una silla sin adornos, una pequeña ventana con espesas cortinas de color marrón. Un candelabro con una sola vela, una mesita con un cuenco con agua para lavarse las manos y la cara, un orinal, un gran crucifijo en la pared que había frente a la cama y una biblia con un rosario sobre el escritorio. También había un vaso de madera. Las mantas estaban bien dobladas en una esquina del colchón, delgado, viejo. Al menos no tenía que compartir habitación con nadie.

Nada más llegar le enseñaron cuál sería su cuarto, dónde daban las clases y dónde debía acudir a rezar, la llevaron al cuarto de baño común, ahora vacío, a excepción de una monja de mediana edad, robusta, de cara redonda, mejillas sonrosadas y mirada austera. En la mano tenía unas tijeras. Frente a ella una silla de madera, tras ella, una bañera con agua.

–Siéntate.

Le dijo la monja que la acompañó hasta allí. Evelyn obedeció y la monja que había ahora a su espalda, le agarró el cabello de forma brusca y comenzó a cortarle el cabello.

–Espere, ¡qué...!

–¡Cállate, bruja del demonio!

La otra monja comenzó a rezar en voz alta, mientras extendía hacia delante el crucifijo que tenía prendido del cuello. La monja de las tijeras siguió cortando, más y más. Evelyn aguantó las lágrimas e intentó pensar que

no era algo tan terrible, su cabello era rojo, a nadie le gustaba, pero volvería a crecer.

Cuando la monja terminó, Evelyn se pasó la mano por la cabeza y notó los trasquilones, en algunas zonas no había cabello, había hecho un trabajo concienzudo.

–Desnúdate.

Le dijo la monja robusta. Ella así lo hizo, no serviría de nada revelarse y estaba acostumbrada a obedecer órdenes sin sentido. Una vez desnuda, la monja le enseñó la bañera. No hacía falta decir más. Al acercarse notó un fuerte olor a lejía.

–Vamos, no tenemos todo el día.

Evelyn se metió en la bañera, el fuerte olor hizo que le lloraran los ojos. Las monjas se le acercaron y comenzaron a frotarle todo el cuerpo con una esponja áspera que pronto comenzó a dejarle la piel roja. Luego le echaron agua por la cabeza. Tosió, el olor era muy fuerte. Solo esperaba que la bañera llevara también agua.

–Ahora sécate y ponte el uniforme del colegio.

Así lo hizo y la acompañaron a su cuarto, donde la encerraron con llave. Una monja venía a diario cuatro veces y le hacía rezar durante una hora. Le traían algo para comer, pero nada de desayuno ni de cena. A parte de rezar, le prohibieron hablar.

–Es tu proceso de limpieza de alma. Tu cuerpo ya ha sido limpiado, ahora falta tu interior.

Este proceso duró un mes. Transcurrido el cual le permitieron acudir a las clases de religión, después debía ir a rezar y más tarde volver a su cuarto. No podía hablar con sus compañeras, quienes la miraban entre tristes, curiosas y temerosas.

–No podrás hacerle daño a nadie si no interactúas con nadie. El señor nos dirá cuándo estás limpia del todo.

Evelyn nunca supo si el señor les reveló algo, el tiempo que estuvo allí encerrada lo pasó igual. Nunca recibió ninguna visita. Nunca recibió ninguna carta. No le dejaban tener contacto con nadie y vivió recluida como una delincuente.

No pudo leer más que la biblia, no le dejaban escribir en sus ratos libres, solo podía escribir en la clase de religión y era para copiar algún fragmento de las sagradas escrituras.

Cuando el cabello comenzaba a crecer, volvían a cortarlo. Cada semana la

bañaban con lejía, su piel mostraba zonas enrojecidas. Lo único que cambió fue las comidas, una vez pasado el primer mes, pudo disfrutar de un desayuno, una comida y una cena.

No podía jugar con sus compañeras, no podía salir a pasear por el jardín, le quitaron su muñeca, solo podía y debía leer la biblia en sus ratos libres.

Lloró una noche sí y otra también, hasta que se convenció que era malgastar el tiempo. Nadie se preocupaba por ella, qué más daba llorar, nadie la escuchaba, nadie venía a consolarla, estaba sola. Ignoraba si su padre luchaba por sacarla de allí, ignoraba si alguien la echaba de menos, no le daban ninguna noticia, estaba aislada del mundo.

Con el pasar del tiempo aprendió a odiar las sagradas escrituras. Fingía leer, fingía escuchar, fingía sonreír. Esperó, aprendió a ser paciente, a contentarse con las vistas que tenía desde su pequeña ventana. Aprendió a odiar a esas monjas que decían hacer las cosas por su bien, que se decían buenas personas y la trataban a ella como si fuera un animal. Muchas la ignoraban, otras le echaban agua bendita como si fuera un demonio. Entendió muchas cosas en su reclusión. Supo por qué la temían en su casa, por qué la evitaban. Todos pensaban que era una bruja por su pelo rojo, que el demonio vivía en ella, que lo que le pasaba malo a otras personas, lo provocaba ella.

–Tu ser, tu maldad, provoca la desgracia en todo aquel que te rodea, nosotras estamos sacando el mal de tu interior.

Evelyn no sabía si estaban sacando el mal, ni siquiera le quedaba claro que lo hubiera tenido alguna vez, la única certeza que tenía era que antes se sentía culpable por cosas que no entendía, pero no odiaba a las personas, ni siquiera a su abuela, a ella solo la temía, pero no la odió. Ahora sentía que el odio crecía más y más en su interior, el rencor, el dolor de sentirse abandonada. Aquellas monjas bondadosas, estaban consiguiendo sacar lo bueno que había en ella, para dejar solo maldad. Quería salir de allí y no volver a verlas jamás. Se prometió quemar su biblia nada más volver a casa, no ir a la iglesia, no leer ningún libro relacionada con las escrituras.

Pero para salir de allí, debía obedecer, callar, sonreír. El tiempo pasaba despacio, pero no se detenía y allí estaba, con dieciocho años, libre por fin, viendo el jardín en el que tantas veces deseó jugar, viendo las paredes de aquella escuela modelo que, por dentro, era el mismísimo infierno. No quiso llevarse nada, dejó su maleta en la habitación fría e impersonal. Dejó las lágrimas cerradas en aquel cuarto, los sueños rotos, las ansias de libertad, los malos momentos quedaron encerrados. Solo llevaba un manojito de cartas

atadas con un cordel, todas las misivas que habían estado enviándole desde que la encerraron allí. Se las dieron en la puerta, ni siquiera le habían dado tiempo de leerlas, solo pudo ver el remitente de la primera, con letra infantil. Ricardo. Recordó que él no sabía leer, ¿aprendió algo en su ausencia? Tal vez su tía le ayudara. Entonces, por su mente, apareció la cara amable y risueña de Sofía. Puede que ellos dos fueran los únicos que la echaran de menos. Pronto lo averiguaría.

Por fin terminó su encierro, ya no debía obedecer a nadie, ningún adulto le diría nunca más qué debía hacer. Mirando con odio las puertas de madera, escupió en el suelo, miró al cielo y respiró el aire fresco.

Su cabello seguía corto, aunque habían dejado de rapárselo hacía un tiempo, con lo que ya le llegaba a los hombros. Su ropa de tonos marrones y blancos, de aspecto pobre, era lo único que la amarraba aún a esas paredes. Un carro apareció en el camino, un carro lujoso y por la ventana del mismo vio el rostro de su padre. Había venido a buscarla y lo cierto era que hubiera preferido que no lo hiciera. Le apetecía pasear, le hubiera encantado caminar hasta su casa, sintiéndose libre. Antes deseaba volver a ver a su padre, ahora no sintió nada al verle.

Bajó del carro y miró a su hija, convertida en una mujer. Llevaban seis años sin verse. Ella dudó en acercarse, pero no tuvo que tomar esa decisión, su padre se acercó a grandes zancadas y se detuvo frente a ella, mirándola de arriba abajo, con los ojos enrojecidos. Tal vez en otro tiempo, Evelyn se hubiera sentido conmovida, en ese, solo sentía frialdad hacia esa persona que la había dejado sola tanto tiempo en un lugar tan espantoso. Lo miró con indiferencia, sin decirle nada, sin hacer ademán de abrazarle. Su padre se quedó parado, sin saber cómo reaccionar, al final, fue él quien rompió el silencio.

–Estás más alta, y delgada.

Y viva, por increíble que pareciera después de lo mal que había comido los últimos años.

–Eres una mujer preciosa, te pareces mucho a tu madre.

Fue a tocarle la cara, pero ella se apartó casi de forma instintiva. Desde que entró en aquel odioso internado, nadie la había tocado más que para frotarle el cuerpo con lejía, intentando limpiarla de todo mal. Pasó tantos días sola, encerrada en su cuarto, sin hablar con nadie, que la presencia de otro ser humano la desconcertaba. Tampoco le ayudaba sentir ese dolor en el pecho, ese rencor hacia su padre.

Al rechazo, le vio poner cara triste y bajar la mirada. Vio que no llevaba equipaje, solo un manojo de cartas sin abrir.

–¿Y tus cosas?

Evelyn se encogió de hombros.

–No tengo nada, ni deseo llevarme nada.

Él la miró extrañado y luego echó una mirada furtiva al centro.

–Te envié ropa cada tres meses, zapatos, libros, ¿dónde está todo eso?

Ella ladeó la cabeza, sin entender nada, luego volvió a encogerse de hombros con parsimonia, ya nada la podía sorprender.

–Esas arpias se lo quedarían todo, yo no vi nada de eso, ni siquiera tuve noticias del exterior, supuse que me habías olvidado –Levantó las manos con las cartas–, pero veo que, al menos, me escribías. No lo he sabido hasta hoy.

Era la conversación más larga que había mantenido desde hacía años. Vio cómo su padre apretaba los labios y miraba el centro con furia.

–Bien, todo ha terminado, pero esto no quedará así –miró a su hija–, ¿te trataron bien?

A ella le salió una risa irónica que no quiso reflejar, no le apetecía hablar a su padre de aquello. Al momento, bajó la mirada e intentó cambiar de tema.

–Quiero ir a casa.

Su padre no se quedó conforme.

–Evelyn, estás muy cambiada, te he hecho una pregunta, ¿te hicieron daño?

Ella le miró con frialdad.

–No quiero hablar de eso ahora, solo quiero alejarme de este lugar, descansar y recuperar mi vida, la misma que tú y la abuela os empeñasteis en arrebatarme.

A él le sorprendió esta respuesta llena de rencor. Dudó unos segundos y asintió.

–Lo siento, siento que lo veas así, tu abuela no me dijo nada hasta que ya estuviste interna. Intenté hablar contigo y no me dejaron. Siempre me dijeron que estabas bien, que el colegio estaba mejorando tu actitud. Me convencí que era lo mejor para ti e intenté enviarte todo lo que fueras necesitando. Ropa, zapatos, libros, bizcochos, muñecas, cartas. Todos en casa me dijeron que no era sano para una niña estar encerrada en casa, pensé que... –miró hacia otro lado–, era lo mejor para ti.

Ella quiso gritar, golpearle, llorar, ¿lo mejor para ella?, ¿alguien se interesó de verdad por saber cómo estaba?

—Pues no fue así, papá. Pero déjalo, quiero irme, ahora no me apetece hablar, por favor.

Él la miró entristecido durante unos segundos, al final asintió y se giró hacia el coche.

De camino a casa echó una hojeada a las cartas, sin abrirlas. Había muchas de su padre, seis de Sofía y una de Ricardo. Ninguna de su abuela. Veía cómo su padre la miraba de vez en cuando, pero ella le ignoró, no le apetecía hablar con él, estaba demasiado enfadada. Solo abrió una carta, la única que de verdad le interesaba.

«Te echo de menos. Espero vuelvas pronto. Ricardo.»

La letra era la de un niño de cuatro años que empieza ahora a aprender a escribir. Supuso que su tía le ayudó a escribirla. No decía mucho y lo decía todo, todo lo que necesitaba. Alguien la echó de menos y deseaba que volviera. Se llevó la carta al pecho, emocionada. Miró por la ventanilla, recordando aquel muchacho que subía a su cuarto por el balcón, que no le tenía miedo, que quiso ser su amigo. La cara que puso cuando la vio partir. Ella deseaba quedarse, debió quedarse. Echó la cabeza hacia atrás, odiaba todo lo que había sucedido, odiaba tener ese pelo rojo, esos ojos de dos colores, esa piel tan blanca, esa abuela tan odiosa que les hizo creer a todos que era una bruja. Qué inocente era entonces, solo una niña asustada que se sentía culpable de todas las desgracias que sucedían a su alrededor. Aquella mujer se encargó de aislarla del mundo, de hacerla sentir mal, un ser despreciable. Tenía miedo de acercarse a la gente por temor a causarles algún mal y todo eso se lo debía a su encantadora abuela. ¿Y su padre, qué hizo él? Nada, marcharse de viaje cada dos por tres, dejarla sola en aquella casa y más tarde en aquel odioso colegio.

—¿Estás bien, pequeña?

Ni se molestó en contestarle, ¿ahora se preocupaba? Llegaba demasiado tarde, no necesitaba su atención, sus preguntas, ni su cariño, se había acostumbrado a estar sola y no era tan malo, al menos nadie la hacía sentir un bicho raro. Estar consigo misma la ayudaba a pensar, a sentirse tranquila. La gente solo le había traído problemas.

El coche se detuvo frente a la casa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al recordar su niñez, todos los años que vivió allí encerrada. Su padre le abrió la puerta para que bajara. Antes quería volver, ahora, tan cerca del hogar, no se sentía tan segura. Aquella casa solo le traía malos recuerdos. Pero el tiempo la había convertido en una joven fuerte, no iba a amedrentarse por esas cuatro

paredes. Ya no era una niña, nadie la obligaría a recluirse en su cuarto como una apestada, nunca más. No dejaría que nadie la arrinconara, era dueña de esa casa, igual que su padre y, sobre todo, era dueña de su vida.

II

Al bajar del coche lo primero que hizo fue buscarle. Las cuerdas no se veían desde allí, luego intentó encontrar a Sofía y tampoco la vio, podía ser que estuviera dentro. Su padre la esperaba para entrar.

–Tienes unos cuantos vestidos nuevos en tu cuarto, mandé que te compraran varios de la última moda, espero que te vayan bien, no sabía qué talla tendrías y encargué a la costurera que te confeccionara varios de diferentes tallas. Los que no te estén bien se pueden arreglar.

–Papá, no importa.

Se le veía nervioso, tal vez culpable e intentaba por todos los medios que su hija viera que no era tan mal padre como ella pensaba.

Caminaron juntos hasta la entrada y pasaron al interior. Allí, plantada frente a las escaleras, estaba su odiosa abuela acompañada de su perrito faldero, o lo que venía a ser lo mismo, el ama de llaves. Teresa se inclinó a verla, saludándola, pero no sonrió en ningún momento, quien sí sonrió, para su sorpresa, fue su abuela.

–Qué buen aspecto tiene, y le han cortado ese pelo tan horrible, y mira ese vestido tan pobre, la han convertido en una mujer humilde, educada. Me alegro. –Hablaban como si ella no estuviera allí, mirándola de arriba abajo.

–Yo también me alegro de verla, abuela. –Sonrió con educación y se inclinó, cogiéndose la falda de su sencillo vestido y bajando la cabeza levemente, para saludarla.

Su abuela miró a Teresa con gesto radiante.

–Qué buen trabajo han hecho las monjas, ¿los ves? –dirigiéndose a su hijo–, mi decisión fue de lo más acertada, está claro que no es la misma.

Su padre la ignoró y miró a su hija.

–Querida, supongo que querrás ir a tu cuarto.

Ella asintió.

–¿Dónde está Sofía?

–¿Quién es Sofía? –preguntó su padre.

Evelyn miró a su abuela, expectante.

–¿Abuela? –le preguntó.

–Aquí no había trabajo para ella, buscó otro y se fue. No te preocupes, le pagamos bien y la dejamos vivir aquí hasta encontrar un nuevo trabajo.

–¿Y su sobrino?

–Sigue trabajando en los establos, el capataz se negó en rotundo a que se marchara –De nuevo se dirigió a su hijo–, pero ese chico no me gusta nada.

–Madre, el capataz ya nos dijo que trabajaba bien y yo he podido comprobar que es así, las cuadras nunca han estado más limpias, ni los caballos mejor cuidados.

Evelyn miró a su padre.

–Quiero que vayan a buscar de inmediato a Sofía. Ahora que he vuelto, su trabajo aquí vuelve a ser necesario. –Miró a su abuela–. Teníamos un trato, yo me iba si ellos se quedaban, ¿lo recuerda?

Su abuela la miró con indiferencia.

–Te hubieras ido de todas formas, la plaza ya estaba pagada, no seas ingenua. Lo único que conseguiste con tu estúpido trato, fue irte sin formar escándalo. Recuerda que eras una niña muy rebelde, Evelyn, necesitabas una buena educación.

Evelyn lo supuso, tuvo mucho tiempo para reflexionar, para comprender el tipo de persona que era su abuela. Supo que rompería el trato y no se equivocó. Se tragó su resentimiento, en su reclutamiento, también aprendió a controlar las emociones, a ser paciente, obediente, y rencorosa, a qué negarlo.

–Claro abuela, lo entiendo. –Volvió a mirar a su padre–. Dígale al cochero que vaya a buscar a Sofía, su sobrino podrá decirle dónde encontrarla. La quiero trabajando para mí hoy mismo, no quiero excusas, ni retrasos, ¿me he explicado con claridad, padre?

Su padre la observó sorprendido, ¿desde cuándo su hija le daba órdenes?, ¿cuándo se había convertido en una mujer tan decidida y segura de sí misma? Su madre tenía razón, su pequeña Evelyn no era la misma niña dulce que él conociera. Tras su sorpresa inicial, se dirigió a Teresa.

–Ya ha oído a mi hija, vaya a avisar al cochero.

El ama de llaves miró de reojo a Stephanie, pero se apresuró en obedecer. Fue hacia la puerta y desapareció tras ella.

–No deberías consentirla tanto, de lo contrario, todo el trabajo de estos años se perderá en un instante. –La miró con frialdad–. Te he dicho que tiene un nuevo trabajo, ¿crees que puede dejarlo sin más?, ¿no te han enseñado nada en ese colegio?

Evelyn sonrió ampliamente.

–Me enseñaron a rezar, abuela querida. –Sus palabras fueron tan sarcásticas que hasta su abuela puso cara de sorpresa–. Por cierto, voy un

momento a buscar mi biblia, por favor, abuela, espéreme aquí, no tardo.

La vieron subir las escaleras y Evelyn oyó hablar a su abuela.

–Al menos le enseñaron algo importante, si ama la biblia y a nuestro Señor, no todo está perdido, me alegro por ella, hijo.

Su padre no dijo nada. Al subir a su antiguo cuarto, lo encontró todo tal y como lo dejó, a excepción de la cama que, tal y como le explicó su padre, estaba llena de vestidos nuevos. En el suelo, frente a la cama, había varios pares de zapatos. Sus antiguos peluches, muñecas y libros, seguían en las estanterías limpias de polvo. Fue hacia su mesita de noche, abrió el cajón y cogió su biblia, antes de salir del cuarto, miró hacia el balcón, ahora cerrado. Suspiró cuando los recuerdos le vinieron a la mente. Lo dejó para más adelante y salió del cuarto. Bajó casi corriendo y encontró a su abuela esperándola. Su padre se había sentado en el salón, fumando su pipa mientras leía el periódico. Mejor así, ya había ejercido de padre demasiado tiempo.

–Mi querida abuelita, ¿me acompaña a la cocina?

–¿Para qué?

–Tengo hambre y deseo enseñarle algo.

Su abuela la acompañó no muy convencida. En el camino ninguna de las dos habló, se notaba cierta tensión y cómo su abuela no había desterrado viejos fantasmas, sabía que la incomodaba ir a su lado. Al entrar en la cocina, encontró a la vieja cocinera, igual de seria y maleducada que siempre. La miró con frialdad y saludó con la cabeza a las dos mujeres. No se santiguó al verla, debieron avisarla de que vendría limpia, sin rastro de maldad, ya no era una amenaza, habían desterrado a la bruja que vivía en su interior. Aleluya.

Evelyn se acercó al fuego. Miró a la cocinera.

–Tengo hambre, prepáreme un buen estofado de carne, durante la estancia obligada en el internado, no me dejaron probar la carne. –La mujer la miró confundida–. Vamos, empiece a prepararlo. –La vio mirar a su abuela–. No mire a mi abuela, yo le he dado una orden, póngase a trabajar si no quiere que la despida.

–Hágale caso –dijo su abuela–, mi nieta debe pulir un poco sus modales, por lo visto ha olvidado que aquí soy yo la que manda.

Evelyn volvió a sonreírle.

–Mi querida abuela, está usted muy mayor y cualquier día nos dejará –La vio abrir la boca por la sorpresa–, la casa la heredaré mi padre y resulta que yo soy su hija, por lo que pasaré a ser la señora de la casa. Debo

acostumbrarme a mandar, ¿no cree? Usted no estará aquí siempre para cuidarme.

–Eres una insolente. –Le dijo entrecerrando los ojos por la ira.

Evelyn siguió sonriendo.

–Y ahora, lo que quería enseñarle.

Quitó con las tenazas el hierro del quemador, miró a su abuela con picardía, alargó la mano con la biblia y la tiró al fuego.

La cocinera y su abuela soltaron un grito de horror. Vio a su abuela aferrarse al colgante con forma de cruz que llevaba al cuello y a la cocinera santiguarse, como en los viejos tiempos. Evelyn se puso una mano en la boca, como sorprendida.

–Vaya, se me ha caído la biblia al fuego.

Y poder ver la cara asustada que puso su abuela, fue lo mejor que le había pasado en años.

–Volverás al internado, está claro que todavía corre el mal por tus venas.

Evelyn sacó de su bolsillo mugriento el rosario que le habían regalado las monjas, con el que había pasado tantas horas rezando. Lo estiró delante de su abuela y lo acercó al fuego.

–¿Qué haces? Ni se te ocurra quemar el rosario, bruja del demonio. –Soltó su abuela con cara de pánico.

Evelyn había encontrado una nueva faceta que le encantaba, hacer rabiar a su abuela, era divertido.

–Mi querida y amada abuela...

Ésta la cortó de inmediato.

–Deja de hablarme así, mocosa.

Evelyn la ignoró.

–No está en disposición de ordenarme nada, querida abuela –remarcó las últimas palabras acompañándolas de una sonrisa pícaro, miró el rosario que seguía colgando de su mano sobre el fuego, luego miró a su abuela con ojos de cordero y continuó hablando de forma melosa–, no querrá que suceda una desgracia, ¿verdad, abuelita? –retiró el rosario del fuego y comprobó que su abuela se relajaba, no así su mirada, que permanecía incrédula–. Me he hecho mayor, y más poderosa –Mintió a medias–, quiero que le quede claro una cosa, abuela, usted no es mi dueña, usted no volverá a ordenarme nada, si quiere que la paz reine en esta casa y todos los que habitan en ella estén a salvo, me dejará tranquila, ¿lo ha entendido?

En ese momento entró su padre, observó las caras asustadas de las dos

mujeres y a Evelyn entre ellas, altiva.

–¿Qué sucede? –preguntó.

Evelyn negó con la cabeza.

–Nada, padre, solo estábamos hablando. Le he pedido a la cocinera un estofado, tengo hambre.

Su padre asintió y miró a la cocinera.

–¿Y a qué espera?

La cocinera no se movió. Evelyn dio unos pasos hacia la puerta.

–Vamos, padre, dejemos que trabaje.

Salió de la cocina, dejando a las dos mujeres como estatuas de hielo.

III

–¿Dónde vas?

Le preguntó su padre al verla ir hacia la salida. Se detuvo y se giró hacia él.

–La comida aún tardará, mientras, quiero saludar a un amigo. ¿Sabe si han ido a buscar a Sofía?

Su padre asintió, sentándose de nuevo en su sillón favorito del salón principal.

–Sí, el cochero ha salido en su busca, pero, Evelyn –la miró–, tal vez no pueda venir hoy.

Ella asintió.

–Lo sé. Manda a que me avisen cuando esté la comida.

–Por supuesto. Evelyn –la detuvo de nuevo, cuando le miró, le dijo–, me alegra tenerte en casa.

Ella sonrió, sabía que era sincero. Sin decirle nada, abrió la puerta y salió al exterior. El aire fresco en la cara le encantaba. Aspiró hondo y se echó el cabello hacia atrás, estaba deseando que creciera lo suficiente para hacerse un bonito recogido. Sofía se encargaría de eso en cuanto llegara. Tenía muchas ganas de verla, de contarle cómo la habían tratado, ella la entendería, la consolaría, con ella sí podría hablar de cualquier cosa. Era curioso que se sintiera bien con unos desconocidos y una extraña con su propia familia.

Caminó despacio hacia los establos. El primero en verla fue el capataz, que se detuvo y la observó inexpresivo. Ella se acercó y saludó amable.

–Buenos días.

Él no contestó, sería increíble que aún la culpara por la muerte de su hijo, todo era posible, había aprendido a no confiar en nadie, a que las personas podían ser crueles e infinitamente rencorosas.

–¿Dónde puedo encontrar a Ricardo?

No le hizo falta que contestara, le vio tras el capataz, en el interior de los establos, llevando de la correa a una yegua. Él no la vio, pero ella a él sí. Estaba más alto, más fuerte, su rostro curtido por el sol. Se había convertido en un joven apuesto. Sin entender por qué, su corazón empezó a latirle con rapidez y sintió que sus mejillas se enrojecían. Había esperado muchos años ese encuentro y ahora sentía timidez, inseguridad. ¿Qué pensaría de ella? ¿La encontraría una joven desgarbada? De repente, su vestido pobre le pareció

insuficiente, su cabello mal cortado, indecente. No podía presentarse así ante él, estaba horrible. Se dio la vuelta para irse, pero una voz varonil la detuvo.

–¿Evelyn?

–Ricardo, hay mucho trabajo que hacer. –oyó bramar al capataz.

–Deme cinco minutos, por favor, solo quiero saludarla.

Ella se había detenido, sin girarse, con el corazón desbocado, temerosa de su rechazo.

–Cinco minutos. –Oyó decir al capataz, luego pisadas que se acercaban a ella.

Se había quedado paralizada, no podía reaccionar. Ricardo se puso a su lado y le puso una mano en el hombro, solo unos segundos, para avisarla que estaba a su lado.

–Evelyn.

Su voz había cambiado, era la voz de un hombre, no la del niño que conoció y su nombre, pronunciado con esa voz, le pareció el más bonito de todos. Giró la cabeza hacia él, de cerca era más guapo. ¿Cuándo se había convertido en un joven tan arrebatador? Ella se sintió inferior, con ese físico tan poco atrayente. Él sonrió de forma sincera, le brillaron los ojos.

–¿Cuándo has vuelto?

Le preguntó al ver que ella estaba tan callada.

–Hoy. –Su voz sonó ronca y carraspeó para aclararse la garganta, pero, ¿qué le pasaba, por qué se ponía tan nerviosa? Era Ricardo, el mismo que se colaba en su habitación para charlar con ella.

–¿Y vas a quedarte? –preguntó ansioso.

Ella asintió.

–Me alegro –dijo mirándola a los ojos, él tenía unos ojos oscuros preciosos y una mirada que le hacía cosquillas en el estómago.

–Ahora tengo que marcharme –dijo ella sin saber por qué, lo que quería era pasear con él.

–¿Podemos quedar este domingo? Tengo muchas cosas que contarte y aún me debes un paseo por el bosque, ¿lo recuerdas?

Ella la miró sorprendida. Pues claro que lo recordaba, lo que no esperaba es que él sí lo hiciera.

–Mi balcón estará abierto siempre –le dijo en una invitación a verse antes del domingo.

Él sonrió, la miró unos segundos sin decir nada y luego giró la cabeza, como si hubiera olvidado algo. De pronto, parecía también nervioso.

–Tengo que volver.

–Sí –le dijo Evelyn–, me alegro de verte, Ricardo. Por cierto, recibí tu carta.

Él la miró un poco avergonzado, se pasó la mano por el pelo y bajó la mirada.

–Sí, bueno, siento la caligrafía –alzó los ojos hacia ella–, ya sabes que no sé escribir, pero lo que puse era cierto, te echaba de menos.

–Y yo.

–¡Ricardo!

El capataz reclamaba su atención.

–Nos vemos luego –le dijo él corriendo hacia los establos.

Ella se giró y se llevó la mano al pecho, suspirando. Se verían luego, ¿esa noche, mañana? El tiempo iba a correr muy despacio. Entonces reparó de nuevo en su viejo vestido y se puso a caminar a toda prisa hacia la casa. Tenía que cambiarse, bañarse, peinarse, si venía esa noche, su aspecto debía ser radiante.

Pero aquella noche no vino, esperó frente a las puertas de cristal, mirando el exterior y no le vio. Tampoco pudo reunirse con Sofía. El cochero le informó que sus nuevos señores le exigían terminar la semana con ellos, o hasta que encontraran una sustituta. Eso podría arreglarlo, ella misma iría a buscarla si era necesario. Cansada de esperar con su vestido nuevo que le iba algo grande, se sentó frente al escritorio y suspiró pensativa. ¿Por qué no habría venido? Lo cierto es que ya no eran unos niños, no estaba bien que un joven entrara a escondidas al cuarto de una dama, eso podía entenderlo, pero no hacía falta que él subiera, ella podía bajar y encontrarse fuera. Aunque, bien pensado, ya no tenía que esconderse de nadie, no necesitaba salir a hurtadillas, ni escaparse por el balcón. Necesitaba hablar con él, decirle que las cosas habían cambiado, que podían verse cuando les apeteciera. Decidida, empezó a desvestirse, mañana tenía que hacer muchas cosas. Se tumbó en la cama y pensó en él.

IV

Aquella mañana se levantó decidida, no iba a dejar que nadie dirigiera su vida. Lo primero que haría sería hablar con su padre, necesitaba dinero para ir a buscar a Sofía, no pensaba esperar toda una semana a que volviera. Después buscaría a Ricardo y le pediría que le enseñara a montar a caballo. Siempre había querido y jamás pudo hacerlo, entre otras cosas, porque no la dejaban salir del cuarto. Eso se acabó. Tenía que recuperar el tiempo perdido, su juventud, tenía ganas de salir, de hablar, de respirar aire puro, de reencontrarse con sus amigos, de vivir. Y es lo que iba a hacer.

Se puso el mismo vestido de la noche anterior que, aunque grande, al menos podía ponérselo, el resto eran demasiado pequeños. Los zapatos casi todos le iban bien, les fue más fácil elegir la talla correcta. No entendía por qué su padre se conformó con tenerla allí encerrada tantos años sin poder verla, ¿acaso luchó por ella, acaso hizo algo para averiguar por qué no la dejaban ir de visita los fines de semana o las vacaciones? Se conformó, como había hecho siempre, nunca luchaba por nada, elegía la vida cómoda tal y como se le presentaba, sin molestarse en mejorarla si no le gustaba. Pero en esa vida no estaba él solo, le indignaba ver su parsimonia cuando se trataba de su propia hija la que estaba sufriendo. Miraba hacia otro lado, como si no fuera con él. Al salir de la habitación miró hacia el desván, ¿seguiría todo igual? Era otro tema pendiente que esa misma noche resolvería.

Bajó las escaleras y encontró a su padre en el salón, como de costumbre. Al verla entrar, se levantó para saludarla, ella se mostró fría y él se detuvo con mirada triste.

–Buenos días, pequeña. –le dijo en un intento de volver a la normalidad.

–Padre, necesito dinero, ¿cuánto puede darme?

Él la miró confuso.

–¿Para qué lo quieres? ¿Necesitas más vestidos? –Miró el que llevaba y se dio cuenta de que le iba grande.

Ella negó con la cabeza.

–Es algo personal y urgente, ¿cuánto puede darme? –insistió.

Él sacó la cartera y sacó varios billetes.

–¿Con esto será suficiente?

Sin contestar, se acercó a su padre y le quitó los billetes de las manos. Sin detenerse a darle explicaciones, se giró para salir.

–Gracias, padre, nos vemos a la hora de la comida.

–Pero, hija...

No le dejó terminar, abrió la puerta y buscó al cochero. Lo encontró frente a la casa, con el carro preparado. Puede que su padre o su abuela lo necesitaran, pero llegaban tarde. Que fueran a caballo o prepararan otro carro, ella tenía más prisa.

–¿Puede llevarme al lugar donde trabaja Sofía? Donde fue ayer, ¿recuerda?

El hombre asintió.

–Señorita, me han pedido el carro para ir a la ciudad.

–¿Quién?

–La señora.

Evelyn asintió, así que su abuela necesitaba el carro, sonrió.

–Está indispuesta, hoy no podrá ir, me ha pedido que se lo comunique, así que, ¿nos vamos?

El hombre, algo confuso, asintió y abrió la puerta del carruaje para que la señorita pudiera subir. Le prestó la mano y Evelyn se sentó.

–Gracias, por favor, tengo prisa.

–Sí, señorita.

El hombre se apresuró a subir y arrió a los caballos. El carro se puso en marcha por el camino de tierra. Evelyn vio alejarse la casa y recordó el día que tuvo que marcharse a la fuerza. En aquel momento no sabía qué le deparaba el destino, de no haber sido tan ingenua, no habría cedido a las imposiciones de su abuela. Se echó hacia atrás y esperó paciente a que el cochero la llevara junto a Sofía.

La casa donde trabajaba su amiga era incluso más grande que la suya, más suntuosa. Sus jardines resplandecían con setos y flores de los más variados colores, césped recién cortado, columnas en la entrada, puertas con bonitos motivos tallados. Sintió dudas al salir del coche y ver semejante abundancia, no era justo sacar de allí a Sofía por puro egoísmo. Para convencerse se dijo a sí misma que tal vez no le gustara el trabajo, que no la trataban bien. Se miró su pequeño bolso donde tenía el dinero que le había dado su padre. En aquella casa no parecían necesitarlo, sería inútil intentar comprar el despido de Sofía. Pensó en irse, pero ya que estaba allí, lo intentaría. Cogió aire y cruzó el magnífico camino de piedra que conducía a la entrada. Hizo sonar la campanilla y esperó. Para su sorpresa, fue la misma Sofía quién le abrió. Llevaba un bonito vestido azul oscuro y un manojito de llaves colgando del

cinturón. Evelyn sonrió y Sofía, al verla, abrió la boca por la sorpresa, quedándose parada ante la puerta.

–¿Evelyn? –consiguió pronunciar y sonreír. Tras la sorpresa, abrió los brazos para recibirla como es debido.

Evelyn ni lo dudó, corrió hacia ese abrazo sincero y apoyó la cabeza en su hombro, suspirando, como si, por fin, estuviera en casa. La apretó con fuerza, no se había dado cuenta de lo mucho que la había echado de menos hasta ese preciso instante. Y, sin más, se puso a llorar. Lloró por sus largos años en soledad, por sus largas horas de añoranzas, por su encierro, por las miradas maliciosas, las palabras acusatorias, por la indiferencia de su padre. Dejó que todo lo que llevaba dentro saliera. Sofía le acariciaba la espalda mientras le susurraba, ya está, mi niña, todo está bien. Y esa voz, esas palabras dichas desde el corazón, eran lo único que necesitaba.

–Pasa, ahora no están los señores. Vamos a la cocina y tomemos un té, ¿quieres?

Asintió sin poder hablar, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Sofía le ofreció un pañuelo que ella cogió agradecida. Se limpió la nariz e intentó calmarse.

Por dentro, la casa era aún más esplendorosa. Cortinajes de terciopelo, alfombras de bonitos colores, candelabros de plata y oro, mirara donde mirase solo veía ostentación, y ella que creía estar en una buena posición económica. ¿En qué trabajarían esas personas?

Sofía la llevó por grandes salas hasta llegar a la cocina, una amplia estancia con estantes, una mesa central de madera para preparar la comida, varias despensas y una cocina con más quemadores de los que vio nunca. Sofía le indicó que se sentara mientras ella servía el té. El agua ya estaba en una tetera, por si algún empleado quería tomar una taza. Se acercó a la mesa y puso en medio un plato con galletas recién hechas. Al olor del dulce, Evelyn se dio cuenta que ni había desayunado, tenía tantas ganas de verla, que salió de casa sin probar bocado. Más tranquila, cogió una galleta y le dio un pequeño mordisco, luego miró a su amiga.

–Había venido a buscarte para llevarte a casa.

Sofía sonrió.

–Ayer vino el cochero para decirme que habías vuelto y querías verme.

Evelyn asintió tomando un sorbo de su té.

–¿Eres ama de llaves? –Le preguntó con tristeza, sabía que no dejaría un puesto así para volver a ser mujer de la limpieza.

–Sí, los señores de la casa necesitaban con urgencia un ama de llaves. La que tenían tuvo que dejarles para cuidar de su madre enferma. Todos han sido muy amables conmigo.

Evelyn bajó la mirada, dejó su galleta, había perdido el apetito.

–Me alegro por ti.

–¿Quieres que vuelva, Evelyn? Si me necesitas iré, pero debes darme tiempo para que los señores de la casa encuentren otra ama de llaves, lo entiendes, ¿verdad?

Evelyn la miró e intentó sonreír.

–No puedo pedirte que dejes este trabajo, nunca permitiría que dejaras esta oportunidad por mí, debes quedarte.

Sofía alargó las manos para coger las suyas.

–Tengo todo el domingo libre, a no ser que surja alguna urgencia. ¿Qué te parece si los domingos los pasamos juntas? O mejor aún, tú, Ricardo y yo, los tres, ¿cómo lo ves?

A Evelyn se le iluminó la cara y asintió de inmediato.

–Eso sería estupendo –Se acercó para abrazarla–, gracias, Sofía, gracias por no dejarme.

–Nunca, mi niña, nunca.

Tuvo que dejarla, pues Sofía tenía trabajo, pero quedaron en verse el domingo, entonces podrían hablar con tranquilidad de todas las novedades. Al salir se dieron un fuerte abrazo. Evelyn sentía que podía confiar en ella, que su amor era sincero y su corazón respiró aliviado, al final, no estaba sola.

V

Le pidió al cochero que volviera a casa, a ella le apetecía caminar. El hombre no estuvo conforme e intentó convencerla para no ir por ahí sola. No consiguió nada, era terca como una mula.

–Su padre me despedirá. –dijo refunfuñando.

–No lo hará, le daré las explicaciones pertinentes cuando llegue a casa. Vuelva tranquilo y salude a mi abuela de mi parte, por favor.

Él la miró malhumorado y subió al carro. Le vio marchar con alivio, tenía un largo paseo hasta casa, pero no le importaba. Tenía tantas ganas de ver, de oler, de conocer. Caminó por las calles deteniéndose en cada tienda, en cada puesto de flores. Con el dinero de su padre se compró unas manzanas dulces y un par de vestidos de su talla. No recordaba haber disfrutado tanto en su vida. Era agradable pasear sin remordimientos, comprar, comer al aire libre, saludar a la gente con una sonrisa. Debía repetir esos paseos más a menudo, puede que, incluso, a diario.

–Señorita.

La voz de una mujer hizo que se detuviera. Al girarse vio a una anciana que le pedía limosna. No dudó en darle unas monedas.

–Gracias, señorita, por favor, ¿tiene un momento?

Ella se giró de nuevo hacia la anciana.

–¿Necesita ayuda?

–Su pelo...

Evelyn se pasó la mano libre por su media melena y miró extrañada a la mujer.

–Sus ojos...

–¿Qué quiere? –preguntó molesta.

–Veo fuerza en su interior, veo un alma pura. El bosque es su aliado, repone sus fuerzas, la llena de energía. No cabe duda, usted es su nieta.

Evelyn se sobresaltó, ¿de qué hablaba esa mujer? Debía ser una pobre desquiciada.

–No tema, no quiero hacerle daño, conocí a su abuela, hace tiempo, era una mujer bella, de cabellos rojos como los de usted y sus ojos también eran de dos colores. Se le parece mucho. –De pronto su gesto cambió, su mirada se perdió en los recuerdos, parecía triste–. Tuve la mala suerte de ver su final –miró a Evelyn con ojos llorosos–, no merecía ser tratada así. La conocí

cuando mi marido estuvo enfermo, su abuela me dijo que podía aliviarle. Con sus remedios sacados del mismo bosque, logró sanarlo, se recuperó, desde entonces fuimos amigas. Pero la gente, señorita, es cruel y la temían, la insultaban, hasta que un día... –Bajó la mirada para luego alzarla y mirar hacia la plaza central, con un dedo tembloroso señaló hacia allí y observó el lugar como si estuviera viendo lo que sucedió en el pasado, en ese mismo instante–, allí, le gritaban bruja, hija del demonio, le tiraron piedras y, una vez en el suelo, le prendieron fuego. Intenté ayudarla, cogí una manta y apagué las llamas, nadie me ayudó, me escupieron por socorrer a la bruja. Llegué tarde, murió en mis brazos.

Se llevó las manos al bolsillo de su delantal y sacó una gema negra que enseguida reconoció como azabache.

–Ella me dio esta piedra cuando me conoció, dijo que me traería suerte y así fue, la piedra, su abuela o ambas, pues consiguieron salvar a mi marido. Es para usted. Los espíritus que residen en esta gema me han traído hasta usted, con ella podrá escapar de los peligros, protegerse de las personas que puedan dañarle, será su talismán, su protector. Guárdela bien y no la comparta con nadie.

Le cogió la mano y depositó en ella la gema. Evelyn no sabía cómo reaccionar, se sentía confusa, asustada. ¿Aquello estaba pasando de verdad? La mujer, de espalda encorvada y cabello largo blanco en su totalidad, cerró los ojos, de un color verde esmeralda. Cerró en un puño la mano de Evelyn, con la gema en su interior y la retuvo así unos segundos.

–Siga sus pasos, pero con cautela, no cometa sus mismos errores. –Abrió los ojos–. Su abuela era una bruja blanca, no deje que el odio se vuelva contra usted y convierta esa magia en algo oscuro que provoque el mal. Recuerde mis palabras.

La mujer la soltó. Evelyn sintió un escalofrío y miró su mano cerrada. Notaba cierto calor en su interior. Cuando levantó la vista para mirar a la mujer, no la vio, echó un vistazo a su alrededor, pero ya no estaba por allí. Sentía un ligero temblor en las piernas, aún tenía grabadas en la mente las imágenes de su abuela siendo apedreada y quemada. ¿Sería cierto? Su padre nunca quiso hablarle de su abuela. No quería pensar en que terminó de una forma tan dolorosa y cruel. Cogió aire y se repuso del sobresalto. No conocía a aquella anciana y puede que le hubiera mentado. Volvió a mirar la gema, ¿y si era verdad que fue de su abuela? Guardó la gema en su bolso y se puso en marcha a paso ligero para volver cuanto antes a casa. Necesitaba el libro de

su abuela, había visto esa gema y, si no recordaba mal, lo vio en aquel libro, guardado en el desván.

Al llegar a casa, nada más cerrar la puerta escuchó la voz de su abuela.

—¿Se puede saber dónde has estado?

Y la de su padre.

—Por el amor de Dios, Evelyn, estábamos preocupados.

Los dos se acercaban a ella, uno con cara de angustia, la otra enfadada.

—Me apetecía pasear e ir de compras. —Levantó las bolsas que llevaba en una mano para demostrar que decía la verdad.

—Es peligroso que una señorita vaya sola por ahí, ¿cómo le dijiste al cochero que volviera solo? —le recriminó su padre.

—No ha pasado nada, padre, estoy bien.

Y se puso a caminar hacia la escalera.

—Alto ahí, señorita —dijo su abuela—, ¿quién te manda decirle al cochero que estaba indispueta? Necesitaba el carro y tú lo has cogido sin permiso.

Evelyn se detuvo para mirarla.

—¿Dónde pensaba ir, abuela?

—No es de tu incumbencia.

—Por supuesto, no creí que fuera tan importante, mis disculpas, querida abuela, no volverá a suceder.

La vio mirar a su padre.

—¿No vas a castigarla? ¿Has visto cómo me habla? Está claro que ha salido muy pronto de la escuela, no tiene educación.

Su padre miró a su madre con los labios apretados.

—¿No te parece bastante castigo estar alejada de su familia, de su casa, durante seis largos años? No la he podido ver ni en las vacaciones, no voy a castigarla por ir de paseo, madre, ya ha estado encerrada demasiado tiempo.

Dicho lo cual, se giró y volvió al salón. Vio a su abuela mirarle con asombro y Evelyn se sintió orgullosa de su padre por primera vez. Sin darle más oportunidad a su abuela de recriminarle nada, comenzó a subir hacia su cuarto. Dejó las bolsas sobre la cama y salió al pasillo. Como de costumbre, había cosas que nunca cambiaban, nadie subía a esa parte de la casa. El temor aún estaba latente en la casa. Sin hacer ruido, fue hacia las escaleras del desván y subió. Allí también todo seguía igual, quizás con más polvo y más telarañas de lo habitual. Cuando ella era niña, le gustaba subir de vez en cuando y ordenaba la estancia, no dejando que las arañas acamparan a sus anchas. Seis años de ausencia habían hecho que el lugar estuviera

abandonado a su suerte. Al fondo encontró su virgen, con las velas consumidas a su alrededor. Recordó cómo subía para pedirle consuelo, suplicar para que algo no sucediera, rezar y rezar. Cogió una cortina vieja y tapó la virgen con ella. Luego fue al centro de la sala, curvada, su estatura ya no le permitía ir erguida. El libro de su abuela seguía en el mismo sitio, cubierto de polvo. Lo cogió, limpiándolo un poco con la mano y bajó con él. Ya no necesitaba esconderlo. Nadie entraría en su cuarto, nadie se interesaría por lo que leía. Volvió a su habitación y se sentó frente al escritorio. Abrió el libro con cuidado, sus hojas, amarillentas y viejas, amenazaban con quebrarse. Pasó despacio las hojas hasta encontrar un apartado donde su abuela había dibujado diferentes piedras preciosas y su significado. Y allí estaba la que le había dado la anciana, el azabache.

«Protector contra el mal de ojo. Barrera contra las energías negativas y la envidia. Da energía y fuerza espiritual.»

Miró hacia su bolso que aguardaba sobre la cama. Fue hacia él y cogió la gema. Su tacto era suave y era muy ligera. Solo de tenerla entre sus manos ya se sentía bien. Alzó la vista hacia el balcón y vio a Ricardo, llevaba una carretilla llena de heno, pero estaba inmóvil, mirando hacia allí. Ella se asomó y le saludó, como en los viejos tiempos. Él alzó la mano y le sonrió, luego volvió al trabajo. Evelyn miró la gema, sabía que le traería suerte.

Volvió al escritorio y continuó mirando el libro. En el apartado de remedios leyó: evitar el dolor de cabeza, solucionar el dolor de huesos, aliviar una torcedura, mejorar un resfriado, aliviar el estreñimiento...

Al leer esto último sonrió, tal vez lo utilizara. Siguió pasando páginas, había otra sección, rituales, donde su abuela anotaba soluciones para limpiar la casa de malas energías, atraer la buena suerte, mejorar la situación económica. Había otro apartado, pócimas para reforzar la salud, para rejuvenecer, para la fertilidad, para hacer que alguien se enamore de ti...

VI

Bajó al salón, esta vez no había nadie. Miró por la ventana, no se veía el carro.

—¿Abuela?

No obtuvo respuesta, en su lugar escuchó los pasos lentos del ama de llaves. Al verla en el salón se mantuvo alejada, desde la entrada le contestó:

—Su abuela ha salido, ¿desea algo?

—¿Y mi padre?

—En su despacho.

—Bien, si pregunta dígame que he salido a pasear, estaré por los alrededores, no tardaré.

—Como quiera.

La vio alejarse y Evelyn corrió hacia la salida. Le encantaba esa sensación de libertad, poder entrar y salir sin tener que dar explicaciones, era de lo más gratificante. Al salir e ir hacia el bosque tenía que pasar por los establos. No entendía qué le pasaba cada vez que sabía que vería a Ricardo. Se ponía nerviosa, se le aceleraba el corazón y se sentía cohibida. La mente se le ponía en blanco y se sentía estúpida cuando hablaba. No le pasaba eso cuando eran niños, era más fácil hablar con él. Nada había cambiado, ¿por qué ahora le resultaba tan complicado? Con el resto de las personas no tenía ese problema. ¿Por qué con él sí? De todos modos, tendría que hablar con él si quería que le enseñara a montar a caballo. Al salir del internado, se había propuesto hacer todo aquello de lo que le privaron. Y montar, era una de esas cosas. No se dio cuenta que caminaba despacio, como alargando el encuentro e intentaba no mirar hacia los establos, como si no le importara lo más mínimo. Y, sin más, llegó a su destino.

—¿Qué desea, señorita?

Era el capataz que la había visto llegar.

—Prepare un caballo, el más dócil, por favor.

Fue lo primero que le vino a la cabeza. El capataz la miró de arriba abajo con cara de pocos amigos y le contestó de forma brusca.

—No debería estar aquí, ¿no tiene nada que hacer en la casa?

Evelyn apretó los labios y le miró con seriedad, no le gustaba la forma que tenía de hablarle.

—Puedo estar donde quiera y ahora mismo estoy donde quiero. Le he dado

una orden, prepare un caballo.

El hombre no se movió, se cruzó de brazos y no se apartó de la entrada.

–No deberían haberla dejado salir de la casa, volverá a traer desgracias. No quiero que entre en mis establos, puede hacer daño a los caballos. Lárguese.

Evelyn no cabía en sí de rabia, ¿cómo se atrevía ese hombre a hablarle así? Sí, bien que lo sabía, la culpaba por la muerte de su hijo. Era un estúpido ignorante, era un grosero sin educación. Podía entender su dolor, pero por culparla a ella su hijo no iba a volver.

–Yo no maté a su hijo, era una niña.

El hombre la miró sorprendido, no esperaba que sacara el tema, pero una vez abierto, su mirada se ensombreció, mas enfadado aún.

–No, usted nunca ha sido una niña, usted es una bruja, una maldita bruja.

–Señor...

Una voz detrás del capataz, el hombre se sobresaltó y miró hacia atrás, era Ricardo, que le observaba decepcionado.

–No debería hablarle así a la señorita de la casa, señor.

–Te lo dije en su momento y te lo vuelvo a repetir, es peligrosa, no te acerques a ella.

–Con el debido respeto, señor, yo decidiré lo que es o no peligroso para mí y no encuentro nada peligroso en la señorita Evelyn.

Qué bien pronunciaba su nombre, con aquella voz tan dulce. Le encantaba su serenidad, su forma de hablar, suave pero contundente.

–¿Qué desea, señorita Evelyn?

Le preguntó Ricardo.

–Eh, yo... –Otra vez la timidez y, ¿estaba tartamudeando? –, yo quería...

–Volver a casa, ¿no es así? –insistió el capataz.

Ricardo se dirigió a él.

–Señor, he terminado lo que me ordenó, si quiere yo atiendo a la señorita.

El capataz le miró contrariado, negó con la cabeza y se dio la vuelta.

–Tú verás lo que haces, luego no digas que no te lo advertí.

Ricardo suspiró aliviado cuando se fue y después se giró hacia Evelyn.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

–No le hagas caso, es mayor y aún no ha superado lo de su hijo.

Ella alzó la vista hacia él.

–¿Lo has escuchado?

–Sí y hace tiempo me contó lo sucedido.

Evelyn se sintió aterrorizada, ¿Ricardo lo sabía?, ¿qué pensaría de ella?

–Yo no...

Él alzó una mano para detenerla.

–No tienes que dar explicaciones, ni disculparte, eras una niña, lo que no comprendo es cómo alguien puede culparte a ti de lo sucedido.

Se acercó a ella y le puso una mano tibia en el hombro.

–No dejes que nadie te haga creer lo que no eres.

Evelyn asintió sintiendo que sus mejillas enrojecían de nuevo. Nunca se había sentido así con nadie. Él se apartó y sonrió, como lo hacía siempre al saludarla al pasar bajo su balcón.

–He oído algo de preparar un caballo, ¿sabes montar?

Ella negó con la cabeza.

–No, nadie me enseñó, por eso he pedido uno dócil, bueno, yo he pensado...

–Quieres que yo te enseñe.

Dio gracias por que fuera un chico tan avisado. Asintió complacida. Él amplió la sonrisa.

–Me parece una gran idea, una señorita debe saber montar y tengo la yegua perfecta para ti, ven, acompáñame.

Pero Evelyn no se movió. Él caminaba hacia el interior del establo y cuando se dio cuenta que no le seguía se dio la vuelta y la miró extrañado.

–¿No vienes?

–El capataz no quiere que entre.

Ricardo suspiró y elevó los ojos al cielo.

–No les va a pasar nada a los caballos...

Ella volvió a negar sin dar un paso.

–Pero puede que a ti sí, no quiero que le lleves la contraria y que por mi culpa te despidan. Por favor, prefiero esperar aquí.

Con nadie más se habría doblegado así, no estaba en su naturaleza obedecer, al menos, ya no. Si Ricardo no trabajara en los establos, habría ignorado al capataz y habría entrado con más razón, desafiando a ese hombre desagradable. Pero pensar que ese reto estúpido podía terminar con Ricardo lejos de ella...

–Está bien, haremos algo mejor, espérame en el campo de entrenamiento, está detrás del establo, yo voy en un momento, ¿te parece bien?

Ella sonrió asintiendo, le encantaba su forma de hablarle. Sin decirle nada

más, fue hacia allí y le esperó. No tardó en verle llegar acompañado de una bonita yegua color crema, no muy grande, de crines de color blanco. Era preciosa.

–Te presento a Noble. Su nombre le viene por su carácter, supongo que ya te has dado cuenta. Es la yegua más dócil que tenemos, ideal para principiantes y estoy seguro que os vais a llevar bien.

Evelyn se acercó a ellos, Ricardo se detuvo, sin soltar la cuerda de la yegua para que Evelyn pudiera acariciarla sin temor. La joven levantó la mano y acarició el cuello del animal, era suave, olía a heno, a campo.

–Es muy bonita.

Dijo con un brillo especial en los ojos. Ambos se miraron y Ricardo le sonrió, parecía feliz de verla contenta. Evelyn volvió a ruborizarse.

–¿Quieres subir?

Le dijo señalando a la yegua.

–No, hoy no.

Él sacó una zanahoria del bolsillo de atrás del pantalón y se la entregó a Evelyn.

–Toma, a Noble le encantan las zanahorias, tal vez quieras que sea tu amiga primero.

Ella se acercó a la yegua y le dio la zanahoria, que comió tranquila.

–Ya verás, no es difícil montar y estoy seguro que te llevarás muy bien con Noble.

–¡Ricardo!

El capataz se acercaba.

–Te necesito en los establos, guarda a la yegua y vuelve al trabajo.

Ricardo miró a Evelyn afligido.

–Lo siento, ¿te parece que empecemos el domingo?

–Tranquilo, hablaré con mi padre para que puedas ser mi profesor, así el capataz no podrá molestarnos –y sonrió con picardía.

–Nos vemos luego, entonces.

Ricardo le guiñó un ojo y se llevó a la yegua al establo, ella le vio marchar, deseando volver a verle.

VII

Una vez sola, caminó hacia el bosque, quería recoger algunas plantas que venían en el libro de su abuela y preparar algunos remedios. Quería saber si se le daba bien, aún recordaba cuando realizó el unguento para aliviar el dolor por la caída que sufrió Sofía. Era la primera vez que lo hacía y no le salió mal, tal vez tuviera las mismas dotes que su abuela para curar a la gente, tal vez aquella anciana de la ciudad tuviera razón, incluso puede que el resto de personas también la tuvieran al creer que era una bruja. Al fin y al cabo, ¿qué era una bruja? Una mujer con conocimientos sobre plantas que bien podían curar, o matar. Una mujer que, por lo que sabía, era temida por los demás. En el tiempo que estuvo en el internado pudo pensar mucho en ello, llegando a la conclusión que no creía nada de lo que decían las monjas. Ella no se sentía poseída por el mal, ni era la hija del diablo. Sabía que su madre fue una gran mujer, su padre siempre le habló bien de ella y su padre, aunque algo cobarde, no era un mal hombre. Fue fruto del amor, no del odio. La única bruja malvada que conocía era su abuela. Ella sí hacía las cosas para hacer daño, bien lo sabía. Ella solo quería aprender y ver cosas nuevas. Ansiaba el conocimiento que le habían negado, ansiaba vivir como mujer joven que era. No veía nada malo en eso.

Sin darse cuenta se encontró en medio del bosque, sí, aquella anciana de la ciudad tenía razón, desde que había entrado allí se sentía más fuerte, más optimista. Contempló los altos árboles que había a su alrededor, escuchó el canto de los pájaros, aspiró el aire que olía a hojas frescas, a tierra húmeda. Se sentía bien. Siguió su camino con un entusiasmo que creyó perdido, una alegría olvidada. Encontró varias plantas, pero al no llevar cesta las dejó para recogerlas al día siguiente. Le era fácil orientarse en aquel lugar y no entendía bien por qué, pero sabía que encontraría el camino. Recogió algunas plantas, solo las necesarias, no quería que el resto se marchitara y no le sirvieran para nada. Entonces escuchó el sonido del agua. Siguió caminando hasta encontrar un pequeño lago rodeado de flores y plantas silvestres. A un extremo, vio una colina que dejaba caer una pequeña cascada del río que pasaba por encima y continuaba después por su izquierda. El sonido del agua era relajante. Era un lugar precioso, que invitaba a la meditación. Se sentó frente al agua y se quedó allí mirando cómo el agua corría despacio, cómo la luz bailaba en su

superficie. No supo cuánto tiempo estuvo allí, perdió la noción del tiempo, hasta que una voz a su espalda la sacó de su ensoñación.

–Tu padre te está buscando.

Se giró hacia la voz de Ricardo.

Evelyn miró el cielo, empezaba a oscurecer, ¿tanto tiempo había pasado? Ricardo se acercó a ella y se sentó a su lado, miró el lago, pensativo.

–A mí también me gusta este sitio, muchas noches vengo aquí a mirar las estrellas.

Ricardo miró el cielo, como momentos antes lo había hecho Evelyn. Le vio inclinarse hacia atrás, apoyándose en las manos y estirando las piernas.

–No me he dado cuenta de la hora. –se explicó ella

–A mí me pasa lo mismo cuando estoy aquí, parece mágico, ¿no crees? – La miró sonriendo, tal vez fuera una broma, pero a ella no le hizo gracia.

–Solo es bonito. ¿Mi padre te ha mandado buscarme?

–No, he escuchado que te buscaban y he venido hacia aquí, te vi ir hacia el bosque cuando me llevaba a la yegua, pensé que tal vez estarías aquí. –Miró hacia el agua–, ya que estamos, ¿te apetece darte un baño? –dijo poniéndose de pie mientras se quitaba la camisa.

–¡Para! –Le pidió Evelyn evitando mirar su pecho fuerte y sus brazos musculosos por el trabajo–. No sigas, por favor, no sé nadar.

Él se detuvo y la miró decepcionado. Se puso de nuevo la camisa y se sentó a su lado.

–Supongo que encerrada en esa habitación no te hizo falta aprender.

Ella se encogió de hombros.

–Y nadie se hubiera atrevido a enseñarme.

El suspiró y se rio, ella le miró confundida.

–Me estás dando mucho trabajo, no solo tengo que enseñarte a montar, ahora tendré que enseñarte a nadar también.

Evelyn frunció el ceño y le dio un pequeño manotazo en el brazo.

–No te burles.

Él se puso serio y volvió a mirar el agua.

–En serio, me gustaría enseñarte –la miró–, debes aprender a nadar, no sabes lo que te pierdes, ¿me dejarás enseñarte?

–¿No tienes miedo a que te pase algo malo estando conmigo?

–¿Lo dices por el capataz?

Ella miró al frente, encogiendo las piernas y agarrándolas con los brazos, apoyó la cabeza en las rodillas.

–El capataz, mi abuela, las monjas, la cocinera –suspiró–, todos creen que puedo hacer el mal a todo aquel que se me acerca.

Él la miraba y negó con la cabeza, luego se giró hacia el agua para contemplar su superficie tranquila. El sonido de la cascada les acompañaba como una suave melodía.

–No entiendo cómo puede haber gente tan obtusa. Te voy a decir algo, cuando mi madre enfermó recé todos los días para que se curara, hice todo lo que el doctor me pidió, trabajé para poder comprar todas las medicinas, al final, no me aparté de su lado, cuidándola hasta que le llegó su hora. –Miró a Evelyn, Ricardo estaba triste, pero sus ojos estaban secos–. ¿Dónde estabas tú?

Ella no comprendió la pregunta, él contestó por ella.

–¿Dónde estabas tú cuando me ocurrió lo peor de mi vida? ¿Dónde estabas cuando mi padre decidió irse con otra mujer, dejando a mi madre embarazada, sola y sin dinero? Yo no te conocía, ni siquiera sabía que existías y perdí a mi padre y después a mi madre, ¿fue culpa tuya? –no la dejó contestar–. No, ¿y sabes por qué? Porque la vida es cruel, sin que haya un motivo. Las cosas malas suceden, sin más, nadie las busca, nadie las quiere, pero suceden. Y, por supuesto, nadie tiene la culpa. Mira, yo puedo coger ahora e irme. Está oscuro, puedo tropezar con una piedra, caerme y romperme el cuello. ¿Sería culpa tuya? No, en todo caso de mi torpeza, de haber ido despistado, pero culpa tuya, nunca. ¿Lo entiendes?

Ella asintió mirándole como si fuera un Dios. Nadie le había hablado así nunca, nadie le había dicho cosas tan sensatas, unas palabras que tantos años necesitó escuchar.

–Y te digo más, porque la vida está llena de cosas malas, debemos saber disfrutar de las buenas cuando vienen, ¿y sabes cuál es una de las mejores cosas de la vida? –la vio negar con la cabeza–, dejarse llevar por el momento sin preocuparse, vive hoy, vive el ahora, porque nunca sabemos si habrá un mañana.

Dicho lo cual, se levantó, se puso tras ella, le pasó las manos por las axilas y la levantó. La cogió de la cintura sin que ella pudiera objetar nada, corrió hacia el lago y con ella bien agarrada, saltó al agua. Evelyn gritó y en un segundo estaban los dos en el agua. Se sumergieron, ella se vio bajo el agua, en una sensación extraña, no estaba asustada porque sabía que él la tenía agarrada. Era un placer que no conocía, un éxtasis por hacer algo nuevo. Nunca había estado bajo el agua. Ricardo la sacó a la superficie, agarrándola

por la cintura para que no se hundiera, con el pelo mojado estaba aún más guapo, sonreía y ella se puso a reír por la emoción.

–Estás loco. –Fue lo único que se le ocurrió decir.

–¿Y no es maravilloso? –le dijo ampliando su sonrisa.

–El agua está helada.

Él asintió y se puso a nadar hacia la orilla, la ayudó a salir. Estaban tiritando, pero se reían.

–Ha sido increíble, ¿me enseñarás a nadar?

Él asintió.

–Deberíamos volver, estás tiritando.

Asintió, se inclinó para recoger las plantas que había estado cogiendo aquella misma tarde y le miró.

–Gracias, la verdad es que lo necesitaba.

–Ha sido un placer.

Empezaron a caminar de vuelta a casa, a medio camino él se detuvo.

–No puedo volver mojado contigo, ¿crees que puedes volver sola?

–Claro, no te preocupes, no quiero que te metas en problemas, ¿dónde vas?

–Vuelvo al lago, dejaré mi ropa secarse en un árbol, tal vez duerma allí, a veces lo hago, el capataz lo sabe y no me dice nada, siempre y cuando llegue a mi hora al día siguiente.

–Pero cogerás frío.

–Estaré bien.

–¿Por qué no te pasas en un rato por mi balcón y te tiro una manta? Me quedará más tranquila.

Él se encogió de hombros.

–Está bien.

Se giró, pero ella le detuvo.

–Ricardo...

–¿Sí?

–¿Por qué no viniste la otra noche? Te estuve esperando.

Él bajó la mirada y luego la alzó hacia ella.

–Ya no somos unos críos, Evelyn, no puedo entrar en tu cuarto sin más, no está bien.

Ella suspiró, le gustaba que fuera tan sensato.

–Claro, tienes razón, bueno, pero ven a buscar la manta, no lo olvides, no hace falta que subas.

–Lo que diga la señorita. –Se inclinó en una reverencia y sonrió.

Ella negó con la cabeza sonriendo también y se giró para volver a casa.

No le apetecía que la vieran, por lo que subió por la enredadera de su balcón, tal y como lo hiciera Ricardo cuando niños. Una vez en su cuarto, se quitó la ropa mojada y se puso el camisón, la bata y las zapatillas. Se puso una toalla en el pelo y se sentó en la cama, satisfecha, había sido un gran día. Estaba cansada y hambrienta. Se quitó la toalla de la cabeza, se peinó y decidió bajar a la cocina. Allí, la cocinera la miró sorprendida.

–Señorita, su padre...

–¿Dónde está?

–Buscándola.

–Dígale que estaba en mi cuarto, durmiendo.

–El señor subió a buscarla y dijo que no estaba allí.

–Bueno, salí al bosque, pero luego estuve en mi cuarto. Tengo hambre, sírvame algo para cenar, póngalo en una bandeja, lo llevaré a mi cuarto.

La cocinera hizo lo que le ordenaba y, mientras lo preparaba, escuchó pasos fuera. Se asomó y vio a su abuela con su padre.

–Es una rebelde, a saber dónde se ha metido. –decía su abuela.

Evelyn salió de la cocina.

–Padre...

Ambos se giraron hacia ella, su padre mostró alivio en su cara, su abuela frunció el ceño, furiosa.

–Evelyn, por el amor de Dios, ¿dónde te habías metido?

Se acercó a ella y la abrazó.

–Estaba preocupado.

A ella le costó entenderlo, ya era mayorcita para que se preocupara.

–Fui al bosque, luego estuve en mi cuarto, he bajado para cenar y la cocinera me ha dicho que me buscabas.

–¡Toda la casa te estaba buscando, insensata! –gritó su abuela.

–Madre, por favor. –Le objetó su padre.

–Estoy bien, no es necesario que os preocupéis tanto, ya no.

Su padre la miró entristecido, sabía el trasfondo de aquellas palabras.

–Evelyn, cielo, al menos avísame cuando salgas, ¿lo harás?

–Claro, padre.

La cocinera salió con la bandeja.

–Estoy cansada –dijo cogiendo la cena–, cenaré en mi cuarto y me iré a dormir. –Le dio un beso a su padre en la mejilla–. Siento haberle asustado,

buenas noches.

–Que descanses.

–¿Y ya está?

Escuchó a su abuela.

–Deberías castigarla, no puede hacer lo que le venga en gana.

–Ha sido un día largo madre, ¿por qué no lo hablamos mañana?

–Sí, claro, cómo no.

Les dejó discutiendo y se encerró en su cuarto. Comió con apetito y después buscó una buena manta para Ricardo. Mientras la buscaba en el armario, escuchó algo a su espalda. Asustada, se giró y le vio allí, sonriendo.

–Ya sé que me dijiste que no subiera, pero tenía que darte esto.

Ya no estaba empapado, parecía haberse cambiado de ropa. Del interior de la chaqueta sacó algo que al principio Evelyn no vio bien, pero luego escuchó un pequeño maullido. Ricardo le había traído un gato y no un gato cualquiera, era completamente negro.

–Lo vi en el bosque cuando volvía hacia el lago. No podía dejarlo allí, así que volví, le dije al capataz que me tiré al agua para rescatarlo, así tuve una excusa para cambiarme. El capataz no quiere gatos en la habitación y no quería dejarlo abandonado de nuevo. ¿Crees que podrías cuidarlo?

Evelyn no le escuchaba, miraba al gato con ternura. Era solo un bebé. Se acercó a él y lo cogió en brazos.

–Ricardo, es precioso. –Le dijo sin apartar la mirada del animal mientras no paraba de acariciarlo, el minino comenzó a ronronear.

–Parece que le caes bien.

Evelyn alzó la vista hacia él, la había hecho tan feliz aquel día que le salió del alma, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias, lo cuidaré bien.

Él sonrió, nervioso.

–Bueno, tengo que irme, me alegra que te guste.

Le vio acercarse al balcón.

–Por favor, ten cuidado.

Él sonrió.

–Como en los viejos tiempos. –dijo mientras bajaba, al llegar al suelo le dijo adiós con la mano y desapareció a toda prisa.

Evelyn suspiró, cerró el balcón y contempló a su nuevo amigo, se había quedado dormido en sus brazos.

–Mi querido amigo, puede que estuvieras destinado a estar conmigo, ¿o no

es cierto que todas las brujas tienen un gato negro?

VIII

Cuando bajó aquel día a desayunar se encontró con dos sorpresas, la primera en la cocina, la cocinera tenía nueva ayudante, nada menos que su hija, una joven bonita de la edad de Evelyn que la saludó cordial, pero con el mismo temor que el resto, sin duda infundido por su querida madre. La cocinera no se molestó ni en presentarlas y Evelyn tampoco insistió.

–Lleve mi desayuno al salón principal.

–No se preocupe, yo misma se lo llevaré, –dijo la joven nueva.

Evelyn la miró con indiferencia.

–Perfecto.

Dicho lo cual salió de la cocina y fue al salón, allí encontró a su padre, reunido con su abuela y la monja que vino a buscarla cuando era una niña. ¿Qué hacía esa mujer otra vez allí? Sin mostrar temor y alzando la cabeza, entró con paso seguro y se sentó en el sofá. Todos la miraron sin decir palabra, solo su padre, una vez la vio sentada y relajada, le dio los buenos días. Evelyn se cruzó de piernas y les miró uno a uno, a la espera de que le dijeran lo que pasaba.

–Evelyn, la madre superiora ha venido a hacerte una visita. –le comunicó su padre, parecía incómodo, le sudaba la frente. Sonrió apenas y corrió a sentarse en su sillón favorito.

–Yo misma fui a hablar con ella el otro día, hubiera ido antes de no haberme quitado el carro. –Le informó su abuela con aquel tono de voz autoritario y serio–. Al escuchar lo que tenía que decirle, insistió en hacerte una visita.

–¿Podemos hablar a solas? –le preguntó la madre superiora con voz pausada, mantenía las manos cogidas en una postura de fe y serenidad.

Evelyn sonrió y descruzó las piernas para inclinarse un poco hacia adelante. La miró fijamente.

–No, si quiere decir algo, dígalo, aquí no tenemos secretos. –Al decir esto giró la vista hacia su abuela.

–Como quieras. –Se conformó la monja–. Tu abuela me ha informado de tus actos rebeldes, de tu desobediencia.

Evelyn asintió sin decir nada.

–Al escuchar cómo has vuelto, haciendo lo que te place sin remordimientos, he creído que mi obligación era venir para pedirte que me

acompañases de nuevo. Pero esta vez es mi deseo y el de tu abuela, el que ingreses como novicia en el convento. Creemos que, dada tu naturaleza, será la mejor solución para todos. En el convento aprenderás obediencia, meditación, oración y te convertirás en esposa de Dios, su más fiel servidora, no hay mejor don, ni mejor suerte que poder servir a nuestro señor.

Evelyn miró a su padre. Él evitó su mirada.

—¿Usted está de acuerdo, padre?

Él la miró, indeciso.

—Yo siempre he querido que te quedes, pero debes aprender a convivir con el resto de personas, tu abuela no es tu enemiga, quiero que seas la niña dulce y obediente que eras en el pasado.

Ella asintió.

—Sí, padre, usted mismo lo ha dicho, la niña que fui en el pasado. Pero hay un problema, el pasado no puede volver y la niña que fui tampoco, resulta que me he hecho mayor y esa niña ya no volverá jamás. —Se giró hacia la monja—. Le agradezco su visita, pero ha hecho un largo viaje para nada, por supuesto que no voy a irme con usted, ni ahora ni nunca. ¿Para qué quiere que vuelva? Mi padre no sabe nada, pero en cuanto le cuente lo que hacían conmigo sé que se enfadará y resulta que conoce a varios abogados que, para más información, son buenos amigos y que estarían encantados de cerrar su centro. Un lugar donde roban a las niñas, las maltratan, les mal alimentan..., ¿quiere que siga?

Vio de reojo cómo su padre se giraba hacia ella, pero Evelyn no apartó los ojos de la monja, que la observaba con incredulidad, tal vez no esperaba que contara lo que sucedió allí dentro.

—No solo no aprendiste educación y respeto, dejaste de ser honesta. En una cosa sí voy a darte la razón, no supimos inculcarte valores, eres una maleducada y una mentirosa. —Le soltó la monja con la cara enrojecida.

—Haga el favor de no insultar a mi hija, aquí usted solo es una invitada, si vuelve a hablarle así la echaré de mi casa, ¿lo ha entendido?

Ambas mujeres, monja y abuela, miraron al hombre de la casa con sorpresa.

—Hijo, le debes un respeto a la madre superiora.

—Madre, no consentiré que nadie insulte a mi hija, sea madre superiora o la misma virgen. —espetó con decisión.

Evelyn se sintió orgullosa. Luego le vio dirigirse a ella.

—¿Qué pasó allí dentro?

–Hijo, ¿no irás a cuestionar la palabra de la superiora?

Su padre le echó una mirada furiosa a su madre y le habló del mismo modo.

–Lo único que sé de todo este asunto es que nadie contó conmigo para nada, cuando regresé de mi viaje, mi hija no estaba en casa, me dijiste que la habías llevado a un colegio, un internado donde me prohibieron verla, donde le prohibieron salir, le negaron las vacaciones con su familia. Madre, deje que dude de la palabra de esta mujer al privarme de la compañía de mi hija durante seis años. Ni siquiera recibió mis cartas, la ropa o la comida que le enviaba cada semana. ¿Usted ve algo normal ahí? Eso no era un internado, era una cárcel.

Le hubiera gustado aplaudir y abrazar a su padre, por fin se ponía de su lado, por fin la protegía, como cuando era pequeña. Sonrió e intentó mantener sus ojos secos. Se volvió de nuevo hacia ella.

–¿Qué pasó allí dentro? –repitió.

–Su madre me pidió que no la dejara salir, que cortara toda comunicación con el exterior. Yo solo obedecí y viendo cómo era, vi que era lo mejor, esa niña lleva el demonio dentro, ¿no ve cómo le está controlando? Es una bruja.

Al oír esto su padre se puso en pie, nunca le había visto tan enfadado, por un momento creyó que iba a abofetear a la monja, pero se acercó a ella con decisión, la agarró con fuerza del brazo y empezó a empujarla. Su abuela se escandalizó, gritándole a su hijo que se estuviera quieto, él no le hizo caso. La monja gritaba que la soltara, que le hacía daño y él siguió sin inmutarse hasta llegar a la puerta, donde abrió y empujó fuera a la monja, con fuerza, de tal forma que ésta estuvo a punto de caer al suelo. Sin esperar a escuchar sus gritos u objeciones, le cerró la puerta en las narices con un portazo contundente. Se giró hacia su madre, mirándola con fuego en los ojos, alzó una mano para que se callara y volvió al salón.

Su abuela entró, echa un manojo de nervios.

–¿Es que te has vuelto loco?

–Madre, no quiero escucharla más, vaya a su cuarto, no quiero verla, ni hablar con usted. ¿Cómo se atrevió a encerrarla en un lugar tan despreciable, a decirle a esa mujer que no la dejara salir a vernos? Nunca debí dejarla tratar a mi niña así, encerrándola en su cuarto por miedo, ¿miedo? El miedo debí tenerlo yo al tenerla a usted como madre. Jamás quiso a mi mujer y odió a mi hija. La única bruja que veo en esta casa, es usted.

Evelyn miraba a su padre con admiración, luego miró a su abuela, pálida,

con la boca abierta, su hijo la había desafiado, le había parado los pies y estaba segura que no lo hubiera pensado nunca. Hacía tiempo que no era tan feliz. La vio girarse con paso lento y salir del salón para dirigirse a sus aposentos. Evelyn suspiró aliviada. Su padre apoyó la cabeza entre las manos, abatido. Ella le puso una mano en el hombro.

–Padre, gracias.

Él asintió, sin moverse de la posición en la que estaba.

–Ha hecho bien en echarla, padre, me daban de comer una vez al día, me hacían leer la biblia a todas horas, encerrada en mi celda, pequeña y con una ventana diminuta. No me dieron libros, ni me enseñaron ninguna materia, no aprendí nada. No me dejaban salir al patio con las demás chicas, ni siquiera podía comer con ellas. Estuve sola todo el tiempo. La única compañía que tenía era cuando, cada lunes, me sacaban de la habitación para cortarme el pelo y frotarme todo el cuerpo con lejía.

Al escuchar esto, su padre levantó la cara y la miró horrorizado. Le acarició el pelo, entendiendo ahora por qué lo tenía tan corto.

–Me dieron las cartas el último día, pensé que todos me habían abandonado. Me hicieron creer que era una bruja, que hacía daño a todo el que se acercaba a mí, por eso me aislaban, de ellas y del exterior. Decían que debían sacarme el diablo de mi interior.

Vio cómo los ojos de su padre se llenaban de lágrimas.

–Lo siento...

Es lo único que pudo decir y Evelyn asintió, abrazándole con fuerza, como hacía tiempo quería hacer.

XIX

Después de desayunar subió a su cuarto para darle de comer a su nuevo compañero, aún no le había dicho nada a su padre, con todo lo que había pasado no creyó que fuera el mejor momento. Le puso un cuenco con agua y pollo hervido que el minino devoró. En la esquina le puso un cajón de madera lleno de tierra de jardín, donde el gato aprendió sin más a hacer sus cosas. Una pequeña bola hecha con papel le servía de juguete. Evelyn pudo comprobar que era una hembra y, mientras la acariciaba, pensaba un nombre. Sentada en la mecedora que un día fue de su madre, pensativa frente al balcón, le daba vueltas a qué nombre le iría bien. Sin saber muy bien cómo, recordó que en el bolsillo guardaba la piedra que le regalara la anciana, una piedra negra y hermosa, suave, como su gatita. Sonrió.

–Mi querida Azabache, ¿te gusta tu nombre?

La gatita comenzó a ronronear, pero de pronto vio algo en el exterior que la hizo ponerse de pie. Dejó al gato en su cama y miró por los cristales del balcón. Abajo, la nueva cocinera hablaba animosa con Ricardo. Él asentía y sonreía de vez en cuando. La chica parecía bromear con él, le daba algún que otro golpe cariñoso en el brazo y se reía. Luego le decía adiós y marchaba hacia la cocina. Al pasar por debajo del balcón, Ricardo alzó la vista y la saludó, como hacía siempre. Ella alzó la mano, sin sonreír, sentía una opresión en el pecho, se sentía indignada sin saber por qué, como si él le hubiera mentido en algo. Le vio ir con uno de los caballos hacia el campo para que corriera un rato, esto le recordó que debía hablar con su padre.

Bajó al salón, pero no encontró allí a su padre. Decidió buscarle en el despacho, la puerta estaba cerrada, por lo que llamó antes de entrar. Su padre le contestó desde el interior. Le encontró sentado en el escritorio, contestando cartas. Se temía que pronto tendría que volver a irse.

–¿Molesto?

Él levantó la vista del papel y le sonrió invitándole con la mano a que pasara y se sentara frente a él.

–Tú nunca molestas. –Y volvió a su trabajo.

Evelyn se sentó y le habló sin rodeos.

–Padre, quiero aprender a montar a caballo, ¿le parece bien?

Él alzó la vista para mirarla, dejó la pluma sobre el tintero y se cruzó de brazos.

–Creo que es la mejor idea que has tenido nunca, me parece perfecto, hablaré con Teresa para que se ponga de inmediato a buscar un buen profesor.

Ella le detuvo.

–No es necesario, ya tenemos a alguien que puede enseñarme.

Él la miró sin comprender, así que ella se explicó.

–Ricardo, el mozo de cuadra. Lleva aquí seis años trabajando, conoce bien el oficio y a los caballos, ayer mismo me enseñó una yegua llamada Noble, dice que es muy dócil e ideal para aprender. Él puede enseñarme, padre. Lo único que necesito es que hable con el capataz y le deje un par de horas libres para enseñarme.

Él la miraba pensativo, mientras asentía de vez en cuando. Se apoyó en el escritorio y la miró fijamente. Cogió aire antes de hablar.

–Sí, me han hablado bien de ese chico, pero, Evelyn, es muy joven, no sé si él podría enseñarte bien, hay profesores que se dedican a eso.

Ella negó con rotundidad.

–No quiero a un desconocido y Ricardo lo hará bien, estoy segura, al menos, dele una oportunidad.

Su padre se recostó en el asiento, dubitativo.

–No sé...

–Por favor, ¿cuándo le he pedido algo? Y si ve que no me enseña bien, busca a otro.

Su padre la miró unos segundos, al final se encogió de hombros y asintió.

–Está bien, lo que dices no es tan descabellado, sí, podemos probar con él, a ver cómo se le da.

Ella sonrió.

–¿Puede hablar con el capataz ahora? Me gustaría empezar cuanto antes.

–Deja que termine estos papeles e iré a hablar con él, ¿qué horas quieres?

No lo había pensado, ya se había perdido la mañana.

–A la tarde, ¿qué tal a las seis?

Él negó con la cabeza.

–En verano está bien, pero en invierno oscurece pronto. De 10 a 12, ¿qué te parece?

Tendría que esperar al día siguiente.

–¿Y de cuatro a seis?

–De 10 a 12, no hará tanto frío y te sirve tanto para el invierno como para el verano.

–En verano hará mucho calor al mediodía. De cuatro a seis y empiezo esta misma tarde.

–De cuatro a seis en verano, de cuatro a cinco y media en invierno y no habrá clases los días de mucho viento, o mal tiempo, ¿entendido?

Ella estiró la mano para cerrar el trato, su padre sonrió y le estrechó la mano a su hija.

–Serías una buena empresaria.

–Gracias. –Se puso en pie–. Me voy fuera a esperarle.

–Está bien, no tardaré.

Evelyn salió del despacho de su padre y volvió al salón, le extrañó no ver por allí a su abuela controlándolo todo. Llamó al ama de llaves con la campanilla, pero no vino. Tuvo que llamarla varias veces hasta que al final apareció.

–¿Sabe si está mi abuela en casa? –Le preguntó.

Como siempre, Teresa no entró al salón, mantuvo las distancias y la mirada fría como el hielo.

–Su abuela se encuentra indispuesta. Desde la discusión de esta mañana no se encuentra bien.

Evelyn asintió.

–Seguro que me echa la culpa, la bruja de su nieta le ha echado una maldición, ¿no es así?

La mujer no contestó, sería, impasible.

–De todos modos, dígame de mi parte que deseo que se recupere pronto, pese a lo que ella piense, no controlo el universo, ni la vida de nadie, no controlo ni la mía y no deseo que le pase nada, ¿se lo dirá?

La mujer asintió.

–¿Desea algo más la señorita?

–No, puede retirarse.

No tardó en hacerle caso, complacida de poder alejarse. No entendía a esa mujer, ni a su abuela, ¿cuándo dejarían de mirarla como a un bicho raro?

Antes de salir se pasó por la cocina, allí estaban madre e hija afanadas con la preparación de la comida.

–¿Desea algo? –Le dijo la cocinera con su tono austero–. Ahora tenemos mucho trabajo.

–Continúe, por favor.

Miró a su hija. Se sentó a la mesa y la observó. Era muy guapa, tenía una bonita figura y un cabello rubio largo, sedoso. Su madre, pese a tener varios

quilos de más, también debió ser bonita en su tiempo. Su cabello también era rubio, aunque las canas empezaban a mostrarse en las sienes. Y ambas tenían los ojos verdes.

–¿Cuál es tu nombre? –le preguntó.

En seguida la cocinera salió en su defensa.

–Deje a mi hija en paz, se lo ruego.

Evelyn la miró sorprendida, no podía ser más estúpida.

–Vuelva al trabajo y déjeme en paz. Tú –dijo dirigiéndose a su hija–, siéntate conmigo. Dime tu nombre.

La chica miró a su madre, que asintió sin mucho convencimiento.

–Juana, señorita. –dijo sentándose frente a ella.

–¿Qué edad tienes?

–Dieciséis años.

Miró sus pechos abultados, eran más generosos que los de ella. Más bonita, más abultada, con una piel bronceada. ¿Cómo competir con alguien así?

–¿Conoces a Ricardo?

Vio que se le iluminaba la cara y asentía. Estaba claro que le gustaba.

–Es un joven agradable, señorita.

Evelyn sonrió.

–Sí, bueno –Se puso en pie, ya sabía todo lo que necesitaba–, eres una joven encantadora, me gustaría que fuéramos amigas, ¿qué tal si tomamos un té esta noche después del trabajo?

–No puede, terminamos tarde y después nos vamos a descansar, nos levantamos muy temprano, señorita. Ahora, si nos deja, por favor, se nos hace tarde.

–Solo serán cinco minutos. Es más, puedes dejar a tu madre terminar de recoger, yo también soy vuestra jefa y no te diré nada si sales antes del trabajo por estar conmigo y charlar. Tenemos casi la misma edad, me irá bien hablar con alguien que no me doble en años, para variar. No aceptaré un no por respuesta, vendré a buscarte.

Fue hacia la puerta y las dejó a ambas contrariadas. Sonrió, le gustaba ejercer ese poder sobre la gente, había estado demasiado tiempo siendo sumisa, ahora le apetecía ser dominante. Y no se le daba mal.

Salió fuera para ir a los establos. Ya faltaba menos para pasar un par de horas a solas con Ricardo.

XX

Ricardo le había puesto la montura a Noble y ambos le acariciaban el cuello mientras se comía una manzana. Él tenía razón, era una yegua muy tranquila, a Evelyn le encantaba. De vez en cuando, la mano de Ricardo rozaba la suya y Evelyn sentía un cosquilleo en el estómago, hubiera estado así toda la tarde, pero él era lo bastante responsable para cumplir con su palabra, enseñarle a montar.

–¿Estás lista?

Ella negó con la cabeza viendo cómo él sonreía.

–Tranquila, yo estaré a tu lado.

–Subiré con una condición, ¿podemos volver luego al lago?

El la miró extrañado.

–Tú padre ha hablado con el capataz, puedo enseñarte durante dos horas, luego debo volver a mi trabajo habitual.

–Ya lo sé, pero podríamos entrenar solo media hora, es el primer día. Me apetece más volver al lago, allí me siento bien, por favor.

Ricardo miró hacia los establos, no había nadie vigilándoles.

–Tendremos que llevarnos a Noble.

Ella sonrió.

–Me parece perfecto, seguro que a ella también le gusta el paseo.

Ricardo le ayudó a subir, Noble no era una yegua muy alta, aun así, le pareció estar muy lejos del suelo. Se sintió asustada y sin saber qué hacer. Él le colocó bien los pies en los estribos y le dijo cómo coger las riendas.

–Ponte recta y relájate, no va a pasar nada, vamos a ir despacio y yo no voy a soltar la cuerda, ¿de acuerdo? Tranquila, estoy a tu lado.

Aquellas palabras le parecieron lo más dulce que había escuchado en su vida. Asintió como una niña y se dejó llevar. Vio cómo él empujaba las riendas con suavidad y Noble comenzaba a caminar despacio. Al principio temió caerse, pero iban tan despacio que pronto se le pasó el miedo y pudo disfrutar del momento. Poco a poco se fue habituando y casi estuvo a punto de arrepentirse de acortar la clase, le encantaba estar subida en Noble, le encantaba pasear con ella. Era una pena que nadie se hubiera molestado en enseñarle antes, era una sensación increíble. Desde que salió del internado, se había dado cuenta de lo mucho que le quedaba por vivir, de lo mucho que le habían quitado. Era un no parar de sensaciones nuevas, como si acabara de

nacer y lo viera todo por primera vez.

–Es maravilloso, Ricardo, me encanta estar aquí.

–Te lo dije y cuando te enseñe a nadar te vas a volver loca de felicidad.

Le sonrió guiñándole un ojo.

–Ricardo.

–Dime.

–¿Me dejarías enseñarte a leer y escribir? A mí también me gustaría poder enseñarte algo, si aprendes, verás que hay todo un mundo que desconoces. ¿Qué me dices?

–Me encantará poder aprender contigo.

Terminada la sesión, que al final duró tres cuartos de hora, Ricardo detuvo al caballo y la ayudó a bajar poniendo las manos en su cintura. Por un momento, la tuvo agarrada, mirándola a los ojos, le pareció el mejor momento del día. Luego la dejó con cuidado en el suelo y acarició al caballo.

–¿Qué tal?

–Es un caballo estupendo, Ricardo, espero poder hacer esto el resto de mi vida.

Él se rio, una risa fresca y sincera.

–¿Vamos al lago?

Ella asintió y caminaron juntos, acompañados de Noble. El paseo fue reconfortante. A Evelyn le dolían un poco las piernas, supuso que era algo normal al no estar acostumbrada a montar. No le importaba. Cuando llegaron, dejaron atada a un árbol a Noble, que se puso a comer hierba de forma tranquila y ellos se sentaron frente al lago. Al principio no dijeron nada, disfrutando del paisaje y del sonido de la cascada, pero ella estaba algo inquieta, necesitaba sacar cierto tema y no quería que él se enfadara. Al final, se decidió.

–¿Conoces a la hija de la cocinera? Ha venido para ayudar a su madre, es más o menos de nuestra edad.

Él le contestó sin dejar de mirar el agua.

–Sí, ha venido a presentarse, es simpática.

–Y muy guapa. –dijo mirándole de reojo para ver su reacción, pero él no cambió su expresión.

–Sí, es guapa.

–Guapa, simpática, trabajadora, supongo que lo tiene todo. –dijo apartando la vista y poniéndose de pie.

–¿Lo tiene todo para qué? –preguntó él desde el suelo.

Ella se encogió de hombros, estaba de espaldas a él, mirando el agua, jugueteando entre las manos con una brizna seca que había cogido antes de levantarse.

–Para gustarle a cualquier chico, te he visto hablar con ella, riéndote y ella feliz de hablar contigo, supongo que te gusta, ¿no?

Escuchó que suspiraba, esa conversación no debía ser de sus preferidas.

–Me gusta mucha gente, Evelyn, pero no me enamoro de todo el mundo. Juana es guapa y simpática, sabe cocinar, supongo que cualquier hombre será afortunado de casarse con ella, de que sea la madre de sus hijos.

Ella se giró hacia él.

–¿Solo buscáis eso en una mujer? ¿Qué sea trabajadora, sepa llevar la casa y criar a vuestros hijos? ¿Eso es lo que debe tener una buena mujer para conquistar a un hombre?

Él la miró confundido.

–No sé lo que buscan los hombres, solo sé lo que busco yo.

–¿Y qué buscas?

Él miró de nuevo el agua y tiró una piedra que rebotó en la superficie tres veces hasta hundirse.

–No sé, una compañera, alguien con la que poder hablar de cualquier cosa, alguien con quien poder reír y pasarlo bien juntos. Y sí, una buena madre para mis hijos y que sepa cocinar, yo no sé hacer gran cosa en la cocina. –La miró encogiéndose de hombros, sus ojos tenían una expresión tan inocente que la hizo reír.

–Entonces no puedo ser tu mujer ideal.

Él arqueó las cejas de forma interrogante.

–No sé cocinar.

Ambos se rieron y él se puso de pie, colocándose a su lado.

–Hay algo más que esa mujer debe tener –la miró esta vez serio, sus ojos ahora estaban tristes–, la misma posición social que yo.

–¿Qué quieres decir?

–Nunca podría casarme con una mujer adinerada, la mujer que elija, será una trabajadora, como yo, alguien que se gane el pan día a día.

Miró el agua, parecía triste.

–Eso es una tontería, el amor no se rige por el dinero.

Él soltó una risa irónica.

–Seguro que a tu padre le encantaría verte casada con un hombre pobre. –La miró desafiando a que le contradijera y continuó–. No creo que se alegrara

mucho. Y ese hombre sin dinero que se casa con una mujer de posición, ¿cómo le llamarían?

Ella bajó la mirada, avergonzada, sintiéndose una cría estúpida. Él tenía razón, el amor no sabía de dinero, pero la sociedad sí y jamás verían bien un matrimonio de una mujer con dinero y un hombre pobre.

—¿Quieres bañarte?

Le dijo en un intento de relajar la situación, ella negó con la cabeza y volvió a sentarse.

—El otro día vi a tu tía.

Él se sentó a su lado.

—¿Está bien?

—Sí, está en una casa preciosa, más grande que esta y es ama de llaves, le va muy bien y la vi feliz. Vendrá el domingo a pasar el día con nosotros. —Le miró esperanzada—. Podríamos preparar un picnic, ¿qué te parece?

Él sonrió.

—Es una idea estupenda, a ella le encantará.

—¿Podrías venir esta noche a mi cuarto? Me gustaría empezar las clases de escritura, a tu tía le encantaría recibir una carta tuya de vez en cuando. Te echa de menos, aunque sabe que estás bien.

Él asintió, pensativo.

—Tendría que ser en la cocina, no puedo estar a solas contigo en el cuarto.

—Claro, y estará Juana, así podrás estar también con ella, ¿no?

Él la miró serio y se puso en pie.

—Será mejor que volvamos.

Ella también se levantó, algo asustada, había metido la pata.

—¿Volver? Aún es pronto.

—Evelyn, por favor, eres una chica increíble y bonita, inteligente, simpática y con dinero. Juana es una buena chica, una jornalera, como yo, ¿lo entiendes?

Tragó saliva, de repente no se sentía bien, tenía un nudo en la garganta, quería llorar, gritar y mandarlo al infierno.

—¿Quieres decir que, si tuvieras que elegir, la elegirías a ella por ser pobre como tú?

Él no dijo nada.

—Es decir, que ya lo has decidido.

Él la miró furioso.

—¿Y qué quieres que haga, decirle a tu padre que estoy enamorado de ti

desde que era un renacuajo, desde el primer día que te vi?

La miró con una intensidad que la hizo sentir fuego en las mejillas. ¿Había dicho enamorado?

–Vamos a casa, no quiero que el capataz nos eche en falta.

Fue hacia el árbol donde estaba Noble y la desató. No volvió a mirarla y comenzó a caminar despacio con el caballo a su lado. Ella se puso a su lado, pensativa.

–Lo siento. –le dijo sin mirarle.

–No pasa nada, tú no tienes la culpa, las cosas son como son.

Tras un rato caminando en silencio, ella volvió a hablar.

–¿Y qué hago yo con lo que siento por ti? –le miró, deteniéndose y parándole a él al cogerle del brazo. Él no levantó la mirada del suelo.

–Olvidarlo.

Y reanudó la marcha con expresión triste. Evelyn le vio alejarse despacio, incapaz de moverse. Lo que sentía por él era más fuerte, bonito y sincero que nada en su vida. ¿Olvidarlo? Jamás.

XXI

Al sentarse frente a su escritorio vio las plantas que había estado recogiendo, en principio iban a ir destinadas a su abuela, pero como no se encontraba bien la broma ya no tenía gracia. Luego pensó en hacérsela a Juana, sería divertido verla ir al retrete a todas horas, seguro que Ricardo dejaría de fijarse en ella, pero después de su conversación con él tampoco tenía mucho sentido. Además, se llevó la mano al bolsillo y cogió la piedra de azabache, la vieja que encontró en la ciudad le advirtió de lo frágil que era la línea entre el bien y el mal. Ella no quería ser como el resto de las personas, no era una mala persona y no quería disfrutar viendo cómo alguien sufría. Cogió las plantas y las tiró por el balcón. Un ronroneo en su pierna la hizo mirar al suelo, Azabache se restregaba entre sus tobillos buscando mimos. La cogió y le acarició en el cuello. Alguien llamó a la puerta.

–Está abierto.

La puerta se abrió, pero nadie entró, desde el pasillo escuchó la voz del ama de llaves.

–Señorita, su padre me envía para informarle que su abuela no se encuentra bien. Puede ir a verla, está en cama.

–¿Qué le pasa?

–Ya hemos llamado al doctor.

–Gracias, voy en un momento.

La vio marchar a toda prisa. La habitación de su abuela estaba en la segunda planta. Dejó a la gatita sobre la cama y salió del cuarto. Primero tenía que ir a la cocina. Encontró a los sirvientes comiendo, todos hablaban entre sí, hasta que la vieron entrar, entonces todos enmudecieron y la miraron como si hubiera entrado un fantasma. Les ignoró, estaba demasiado acostumbrada a esas miradas. Buscó a Juana, estaba sentada junto a Ricardo y esa visión le hizo tener una punzada desagradable en el estómago. Tal vez se precipitó al tirar las plantas con propiedades laxantes. Se tragó sus celos y se dirigió a ella.

–Sé que habíamos quedado a tomar el té, pero no podré, mi abuela está indispuesta, lo dejamos para otro día. –E intentó sonreír de la mejor forma que pudo. La chica asintió, sin decir nada, pero escuchó a su madre suspirar diciendo, gracias al cielo. Odiaba a esa mujer, nunca la trató bien. Miró hacia

el otro extremo, donde estaba el capataz, ese hombre tampoco le caía bien. Cogió aire y alzó la cabeza con orgullo. No importaba lo que pensarán, ella era la dueña, ella podía decidir si quería seguir viéndoles o no—. Que les aproveche. —dijo antes de marcharse, en la puerta escuchó a Ricardo dándole las gracias.

Salió de la cocina con mal sabor de boca. Las chicas de la limpieza, el capataz, las cocineras, todos la temían y luego Ricardo, hablando y sonriendo con Juana. Él podía decirle que no era su tipo, pero Juana era guapa y se veía a leguas que se llevaban bien.

Antes de entrar en la habitación de su abuela, ya había tomado una decisión. Llamó a la puerta, el ama de llaves le abrió y se apartó en seguida al verla. Su padre estaba al lado de la cama, cogiéndole la mano a su madre, parecía preocupado. Se giró hacia ella.

—¿Ha llegado ya el doctor?

Ella negó con la cabeza y se acercó a su padre, se quedó de pie a su lado poniéndole una mano en el hombro.

—¿Cómo está?

—Respira con dificultad y parece tener fiebre.

—Abuela...

—Que se vaya, todo es por su culpa, no la quiero aquí, ¡que se vaya!

Gritó y al momento comenzó a toser. Su padre se puso en pie.

—Madre, tome un poco de agua.

Ella la rechazó, le faltaba el aire. Evelyn pasó al otro lado y la levantó, empezó a darle aire con la mano, a soplarle en la cara. Poco a poco su abuela fue recuperando el resuello.

—Bruja, esto es cosa tuya. —dijo casi sin aliento.

—Madre, por favor —Se giró hacia Teresa—. Vaya abajo y no vuelva hasta que haya llegado el doctor.

—No la quiero aquí. —repetía su abuela.

—Padre, mejor les dejo solos, estará más tranquila.

—Está bien, lo siento, cielo.

—No se preocupes, estaré en mi habitación.

Salió del cuarto con una pesadez en el pecho que no sentía desde que era niña. El día se había ido torciendo de tal manera que había conseguido hacerla sentir mal. Parecía estorbar en todas partes, por un momento pensó en volver a su antigua vida, encerrada en su cuarto, al menos así nadie podía dañarla con sus miradas malintencionadas, sus palabras. Entró en su cuarto y

se tiró en la cama, sintiendo el ronroneo de su pequeña Azabache.

–¿Por qué todos me odian? –le dijo a la gatita con lágrimas en los ojos–. ¿Qué culpa tengo yo de tener este pelo, o estos ojos? No pedí tener este aspecto, no quiero que me odien, estoy harta de que la gente se aparte de mí.

Unos golpes en el cristal del balcón la hicieron sobresaltarse, al otro lado estaba Ricardo, ¿qué hacía allí? Corrió a abrirle.

–¿No dijiste que no estaba bien venir a la habitación de una señorita?

Él asintió, sacó una de las manos que tenía tras la espalda y le entregó una rosa.

–Lo siento, pero alguien me dijo que iba a enseñarme a escribir. He venido a recibir mi primera clase.

Ella sonrió al ver la flor, pero luego se puso seria, le dio la espalda y volvió a sentarse en la cama. Ricardo se acercó.

–Al final sí te quedaste con la gatita, ¿tiene nombre?

–Azabache. –dijo sin mirarle.

Él se sentó en la cama y acarició al gato.

–Es muy bonito, vaya, cómo araña. –dijo sin dejar de jugar con ella. Luego alzó la mirada hacia Evelyn–. ¿Cómo está tu abuela?

Evelyn se giró hacia él, su expresión seguía seria.

–No muy bien, ¿le has regalado también una flor a Juana?

Él la miró unos segundos confundido para al instante sonreír.

–¿Estás celosa?

–¿Celosa, por qué? Solo que te he visto muy a gusto con ella sentada a tu lado durante la cena.

–Es mejor compañía que su madre, te lo aseguro. Y no, ella no ha tenido rosa.

Le cogió una mano, ella sintió un leve calambre, sus manos estaban calientes, le gustaba su tacto.

–Solo es una compañera de trabajo.

Evelyn se soltó y se puso en pie. No lo tenía tan claro. Dejó la flor sobre la mesita y fue al escritorio.

–De acuerdo, pues comencemos la clase.

Cogió papel y preparó la tinta. Él se acercó, cogiendo otra silla para sentarse a su lado, la observó mientras preparaba todo lo necesario. Una vez terminado, cogió la pluma y la mojó en el tintero.

–Empezaremos por las vocales.

–¿Las qué?

Preguntó él confundido, ella sonrió, paciente.

–Las primeras letras, las primeras grafías o dibujos para aprender a escribir. La primera es la A.

La dibujó en el papel con cuidado.

–¿Lo ves? Repite conmigo, A.

–A.

–Eso es, ahora coge la pluma e intenta copiar la letra debajo, con cuidado, no hay prisa.

Él obedeció y comenzó a crear la primera línea. Al poco, terminó de escribir su primera letra. La miró triunfante, con una sonrisa de oreja a oreja. Ella le correspondió, se le podía hacer feliz con bien poco.

–Estupendo, creo que vas a ser un buen alumno.

Él sonreía, pero al momento se puso serio, se dio cuenta de lo cerca que estaban sus caras. Ella también se percató de la cercanía y el rubor subió a sus mejillas, aun así, no se apartó. Le gustaba tenerle cerca, ver sus ojos oscuros mirándola de aquella forma tan tierna. Si se aproximaba un poco más incluso podía rozar sus labios. Alguien llamó a la puerta y ambos se sobresaltaron, separándose al instante. Ella se llevó un dedo a los labios para que no dijera nada y le vio asentir.

–¿Quién es?

–Señorita, el doctor ha llegado, su padre pide que baje.

Era Teresa, suspiró mientras miraba a Ricardo.

–Voy enseguida.

Esperó a escuchar cómo los pasos se alejaban, una vez solos otra vez fue hacia el balcón.

–Venga, tienes que irte, ha estado cerca, imagina que hubiera sido mi padre, el ama de llaves jamás entraría en mi cuarto, pero mi padre...

Él se levantó sin hacer ruido y se acercó, le puso las manos sobre los hombros y se inclinó un poco, era varios centímetros más alto que ella.

–Tranquila, nadie me ha visto. –Le dio un beso en la mejilla–. ¿Nos vemos mañana?

Evelyn no contestó enseguida, sintiendo aún ese cálido beso en la cara.

–¿Mañana? –dijo como en una ensoñación.

–Es domingo, viene mi tía, ¿recuerdas?

Claro, Sofía, asintió y empezó a empujarlo.

–Sí, pero ahora tienes que irte. Y ve con cuidado, por favor.

Cada vez que le veía bajar sentía una opresión en el pecho que no se

pasaba hasta que le veía sano y salvo en tierra firme.

–Deja de preocuparte tanto, hasta mañana.

Al llegar abajo se despidió con la mano y se perdió en la oscuridad de la noche. Ella se arregló el vestido y bajó al cuarto de su abuela. Encontró a su padre esperando fuera.

–El doctor está dentro.

Ella asintió y esperó junto a él. Poco después salía el doctor.

–¿Y bien? –le preguntó su padre, se le veía preocupado.

El doctor le miró tranquilo.

–No tiene nada, está como un roble. –sentenció sin más.

–Pero, ¿y la fiebre, los ahogos?

–Le he tomado la temperatura y está bien, y respira perfectamente. He escuchado su corazón, todo está bien, en mi opinión solo quiere llamar la atención. Pase un rato con ella, es todo lo que necesita.

–¿Y ya está? –dijo su padre contrariado.

–Sí, si ven que le sucediera algo serio, vuelvan a llamarme, ahora debo irme, hay gente que de verdad me necesita.

Le vieron bajar las escaleras acompañado del ama de llaves. Su padre bajó la cabeza, ahora parecía enfadado.

–¿Padre?

Él negó con la cabeza.

–Esta mujer es incorregible. –Miró a su hija–. Vuelve a tu cuarto, cielo, yo me quedo con ella.

Antes de marcharse la detuvo.

–Evelyn, el lunes partiré a Londres, tengo ciertos asuntos que arreglar allí, intentaré volver pronto, ¿crees que puedes quedarte a solas con ella?

Evelyn asintió.

–Claro, padre, no se preocupe, estaremos bien.

Subió las escaleras con una sonrisa, si su padre no estaba, sería más fácil hacer lo que tenía planeado.

XXII

Se levantó temprano, arregló su habitación y se puso un vestido ligero, que no le molestara para pasear por el campo. Se recogió el cabello y bajó a toda prisa a la cocina. Juana estaba allí, junto a su madre. Les pidió que prepararan una cesta de mimbre con comida variada para comer fuera. Fruta, ensalada, pan, queso, jamón, tortilla, agua, servilletas, vasos, todo lo que se les ocurriera. Con el encargo hecho, salió al salón, donde su abuela, al parecer ya recuperada, estaba sentada en el sofá, desayunando. No la miró al entrar, Evelyn ni se molestó en saludarla, no le apetecía hablar con ella. Buscaba a su padre, al ver que no estaba fue al despacho. Tenía la puerta abierta y allí lo encontró, enfrascado en sus papeles, preparando su próximo viaje.

–Padre –dijo al entrar–, hoy pasaré el día fuera, con Sofía, ¿recuerda a Sofía?

Su padre levantó la vista y negó con la cabeza.

–La mujer que contrataste para cuidarme antes de que la abuela me llevara al internado.

Él pareció pensativo, al final asintió.

–Sí, creo que sí. ¿Y dónde irás?

–A comer al bosque, no estaremos lejos, nos apetece ponernos al día y comer sentadas en el suelo, ¿le parece bien?

–Claro, pero no tardes en volver.

–Tranquilo, ella tendrá que regresar pronto, mañana trabaja.

Él asintió algo ausente.

–¿Ya ha desayunado?

–Sí, hace un rato.

–¿Cómo está la abuela?

–Mejor que yo. –suspiró–. Me irá bien este viaje, siento dejarte sola. –Le dijo mirándola con ojos culpables.

–Tranquilo, estaré bien. Entonces voy fuera a esperar a Sofía, no creo que tarde, nos veremos para la cena.

–Que lo pases bien.

Le sonrió y salió del despacho sintiéndose bien, parecía que había vuelto la vieja conexión con su padre, le gustaba esa complicidad, haber enterrado el odio que sentía por haberla abandonado. Corrió hacia la salida y esperó a Sofía. No tardó en llegar, puntual, como siempre y caminando. Evelyn, al

verla, alzó la mano para saludarla con una amplia sonrisa y corrió a su encuentro. Al llegar a su altura la abrazó con todas sus fuerzas.

–Me alegro tanto de verte. –le dijo sincera.

Sofía le devolvió el abrazo.

–Y yo, ha sido una semana larga, parecían no pasar los días. –Se separó para verla–. Estás muy guapa, radiante diría yo. –La miró de arriba abajo, tenía una expresión que no había visto nunca, se la veía feliz y se alegró por ella.

–Esperaba este día con todas mis ganas y por fin ha llegado. Voy un momento a la cocina a buscar la cesta.

Ella le enseñó otra cesta, sobre ella había una manta para el suelo.

–Yo también he traído unas cosas.

Mientras esperaba a que saliera Evelyn se reencontró con su sobrino. Vio venir a Ricardo, aseado y con ropa limpia. Se le veía fuerte, más alto, se había convertido en un joven muy apuesto. Su rostro también mostraba un gesto feliz que no tenía cuando niño. Se abrazaron con cariño y ella le miró sonriente.

–Estás tan mayor.

Él le sonrió cogiéndole las manos.

–Y tú estás preciosa, tía. El nuevo trabajo te sienta bien.

Evelyn llegó con la cesta y les vio juntos, la estampa parecía sacada de una novela, se les veía tan bien, era una pena que tuvieran que estar separados.

–¿Habéis desayunado?

Ambos negaron con la cabeza.

–Yo tampoco, ¿qué tal si nos vamos ya?

Caminaron hacia el bosque, camino del lago. Sofía aún no conocía el lugar y cuando lo vio se enamoró de él, de la cascada, del sonido, del canto de los pájaros, del agua cristalina. Pusieron las mantas en el suelo y las cestas en el centro, sentándose ellos a su alrededor. Se quitaron los zapatos para estar más cómodos y comenzaron a comer. Sofía les contaba cómo era su día a día en el nuevo trabajo, le gustaba, aunque era de mucha responsabilidad y le agobiaba pensar que podía no hacer las cosas bien. Ricardo le contó cómo le iba en los establos, lo bien que se le daba cuidar de los caballos y lo contento que estaba el capataz con él.

–¿Y qué tal tú? ¿Cómo fue tu estancia en el internado? Aún recuerdo tu cara triste cuando te fuiste. –le dijo Sofía mientras se metía en la boca una

uva.

–Se me hizo eterno y aburrido. –No quería contarles cómo lo pasó, ni qué le hicieron, era un día feliz y su historia no haría más que entristecerles, por nada del mundo quería estropear aquel momento–. Me sirvió para madurar y ser más segura.

–Eso está bien, no dejes que nadie más te aparte del mundo. –le dijo Sofía cogiéndole una mano con ternura.

–Solo tú eres dueña de tu vida. –le dijo Ricardo.

Ella le sonrió. Sofía les miró, Evelyn se había ruborizado al mirar a su sobrino y éste le había guiñado un ojo. Suspiró, era de esperar, pero no por eso conveniente. Tal vez debiera hablar con su sobrino a solas.

–Si me permitís, debo deciros algo. –dijo Evelyn mirándoles a los dos.

Ambos la observaron con gestos interrogantes.

–He estado pensando que no es justo que estéis separados...

–Evelyn, ya lo hablamos el otro día, no puedo dejar mi trabajo. –le dijo Sofía.

–Yo te dije que no quería que volvieras a limpiar o a cuidar de mí, eso no es necesario, pero necesito hacer cambios en la casa. Mi padre se irá mañana de viaje y seré yo la dueña.

–¿Y tu abuela? –le preguntó Ricardo.

–Ella está mayor, no puede llevar la casa, ni ordenar nada. Y tras pensarlo mucho, he pensado que quiero despedir al ama de llaves.

Ricardo y Sofía se miraron un segundo y luego la miraron a ella con las cejas arqueadas.

–Sí, no me miréis así, hace tiempo que deberían haberla echado, es desagradable, hosca, maleducada...

–Hace muy bien su trabajo. –objetó Sofía.

Evelyn se encogió de hombros.

–Pero es estúpida. –Ricardo soltó una carcajada–. Siempre me ha tratado mal, quiero alejarme de la gente que me he hecho sentir mal, que sigue haciéndome sentir un bicho raro, necesito un cambio, rodearme de gente querida –Miró a Sofía–, y he pensado que quién mejor que tú para ocupar su puesto.

Sofía la miró sorprendida.

–Y tú padre, ¿qué dirá?

–Él está muy ocupado, no se preocupa de esas cosas. –la miró implorante–. Por favor, di que sí, tú serías mejor ama de llaves que Teresa y

estarías junto a tu sobrino, debes reconocer que es perfecto, por favor.

Sofía miró a su sobrino, la verdad es que la idea le encantaba, poder estar junto a Ricardo, poder trabajar para Evelyn... la miró decidida.

–Sí.

–Por favor... –la miró desconcertada–, ¿has dicho sí?

Sofía sonrió y volvió a decir que sí.

–Me gusta la idea, lo hablaré mañana con los señores, les diré que me necesitan aquí, puedo recomendarles a Teresa para mi puesto, así no tendrían que buscar a nadie y podría venirme en pocos días.

Evelyn no podía ser más feliz, con un grito de alegría se inclinó para abrazarla.

–Me alegra que te guste. –Miró de reojo a Ricardo, se sentó bien y miró las cestas de mimbre-. Luego, una vez trabajes aquí, quiero que busques nueva cocinera.

Escuchó la risa de Ricardo y vio cómo Sofía le miraba sin comprender.

–Y seguro que su hija también está despedida, ¿verdad? –dijo sin dejar de reír.

Evelyn cogió una servilleta y se la tiró.

–Pues claro, ella no se querrá quedar sin su madre y no necesitamos dos cocineras.

Ricardo seguía riéndose y Sofía le miraba desconcertada.

–¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

–Nada. –le dijo Ricardo intentando ponerse serio.

–Y el capataz –Ahora sí le miró y vio cómo su expresión cambiaba–, ¿te importaría?

Él agachó la mirada.

–Sé que no te ha tratado bien –la miró, estaba serio–, pero él siempre ha sido un buen hombre conmigo, me ayudó a integrarme, a superar la pérdida de mi madre y fue como una figura paternal para mí –se encogió de hombros–, pero tú eres la jefa.

Sofía miró a Evelyn que dudaba y miraba al suelo.

–Bueno, puedo hacer una excepción con él, sé que le aprecias –Miró a Ricardo con media sonrisa–, de acuerdo, él se queda.

Él también le sonrió y se quedaron mirándose unos segundos. Sofía confirmó sus sospechas.

–Evelyn, cielo, no tienes que cambiar de parecer por nosotros. El capataz nunca te ha tratado bien y la hija de la cocinera, la conozco y es una buena

chica, ella no te ha hecho nada. Como dice Ricardo, tú eres la jefa, tú decides.

–Y qué importancia tiene que Juana sea buena chica, es muy joven e inexperta, quiero que busques a alguien con experiencia que no tenga prejuicios a la hora de trabajar con una chica pelirroja.

–Y bonita. –dijo Ricardo echándose en el suelo, poniendo las manos detrás de la cabeza, mirando las copas de los árboles.

Recibió un manotazo en el codo de parte de su tía.

–Deja de pinchar, ¿quieres?

–Sí, es guapa, trabajadora, con largo cabello rubio, si quieres puedo dejar que se quede. Seguro que ella estará encantada de poder trabajar a tu lado. – dijo mirándole con recelo.

–La verdad es que harían buena pareja. –dijo Sofía tanteando el terreno sin dejar de observar a los dos.

–Claro, si lo que busca tu sobrino es solo una cara bonita y nada más, si quiere alguien que no tenga conversación.

–No es solo una cara bonita, sabe cocinar y me daría buenos hijos.

Evelyn le miró enfadada, él no se había movido de la postura.

–Cualquier mujer sana podría darte buenos hijos, eres poco exigente.

Él giró la cabeza hacia ella.

–Desde mi posición, no puedo aspirar a más.

–El dinero no lo es todo, ¿sabes? –le reprochó Evelyn mirándole fijamente–, ¿qué me ha aportado a mí? Cambiaría toda mi fortuna por tener una vida normal, por olvidar mis años de encierro, los desprecios de la gente, la muerte de mi madre, de mi abuela, la soledad del internado, el dinero no me ha traído más que desgracias.

–Evelyn, cariño –Sofía se acercó a ella, la joven tenía los ojos llenos de lágrimas–, ¿lo pasaste mal en el internado?

Evelyn se separó y se puso en pie.

–¿Y qué importa? Tengo dinero, puedo olvidarlo, puedo dejar que Ricardo se case con Juana.

Al oír esto él se sentó, enfadado.

–Nadie ha dicho nada de casarse con Juana.

Sofía se levantó y se acercó a Evelyn, le puso las manos sobre los hombros, la joven miraba a su sobrino con intensidad, la hizo mirarla a los ojos.

–Evelyn, eres nuestra jefa, no tenemos la misma posición social, cielo.

Ella la miró enojada.

–¿Jefa? Pensé que éramos amigos, ¿queréis hacer el favor de olvidar el dinero? ¿Es la vida solo eso? ¿Y nuestra amistad?

–La sociedad es la que es, pero nuestra amistad no cambiará. –le dijo Sofía.

–Alguien como yo no puede ofrecerte nada. –dijo Ricardo a media voz.
Evelyn se giró hacia él.

–Pero yo sí, puedo ofrecerte todo lo que quieras. Y tú puedes ofrecerme algo más importante, felicidad.

–Evelyn, por favor, no es posible. –insistió Sofía.

–¡No! Estoy harta de resignarme, no voy a consentir que el dinero condicione mi vida. –Y miró a Ricardo.

XXIII

Sofía se despidió con un fuerte abrazo y con la promesa de volver pronto. Evelyn le dijo que al día siguiente enviaría a Teresa para hablar con sus señores, esperaban que su plan saliera bien. Antes de irse, la miró a los ojos con cariño.

–He visto cómo miras a Ricardo, ¿estás segura de lo que sientes por él?

Evelyn se ruborizó, ¿tanto se notaba? Bajó los ojos al suelo.

–Sé lo que opinas tú y él –la miró convencida–, pero no quiero renunciar a mi felicidad, nunca más.

–Y tu padre, ¿qué dirá él?

Ella se encogió de hombros mirando hacia la casa.

–Espero que lo comprenda.

–Tú eres una señorita, tienes una gran fortuna, jamás dejará que te unas a un mozo, debes tenerlo presente.

Evelyn negó, tozuda.

–Si es necesario renunciaré a todo lo que tengo, el dinero no me importa, tú y Ricardo me habéis dado todo lo que necesito, cariño, comprensión, amistad, eso vale más que todas las riquezas del mundo.

Sofía sonrió acariciándole el cabello.

–Eres una joven encantadora, no sé por qué los demás no lo ven –suspiró, apenada–, pese a tus buenas intenciones, el mundo se rige por unas normas, solo quiero que estés preparada, puede que no consigas lo que deseas y no quiero que sufras por eso, nosotros, de una manera u otra, siempre estaremos a tu lado.

Evelyn la abrazó, adoraba a esa mujer.

–Te echaré de menos –se separó para mirarla con ojos suplicantes–, por favor, haz todo lo posible por trabajar aquí, no soporto tenerte lejos.

–Lo haré, envía mañana a Teresa, espero que los señores comprendan que ella está mejor preparada que yo para el puesto, la verdad que me encantaría trabajar aquí, contigo y Ricardo.

Ricardo se les acercó.

–¿No hay abrazos para mí?

Su tía le sonrió y le abrazó con fuerza.

–Espero estar pronto con vosotros, cuida de Evelyn.

–Lo haré.

Le dio dos besos y la vio marchar. Evelyn y él le dijeron adiós con la mano. Se quedaron solos un momento, sin hablar. Ya se habían dicho demasiadas cosas en el picnic, sin decir nada en concreto. Ambos sabían lo que sentían y lo que querían y ambos sabían que era complicado. No se atrevían a demostrarlo abiertamente, por temor al qué dirán. Evelyn se sintió confusa y algo cohibida a su lado, por lo que aprovechó para despedirse.

–¿Nos vemos esta noche para la clase? Quedamos en la biblioteca a eso de las seis, así no correremos el riesgo de ser descubiertos a solas en la habitación. –Al decir esto sintió que el rubor subía a sus mejillas.

–Vale, me parece bien, te esperaré en la cocina.

Evelyn cambió la expresión de la cara, no podía evitar ponerse celosa.

–Claro, cómo no, bueno, tengo que hablar con mi padre.

–Sí, bien, hasta la noche, entonces.

Se separaron y Evelyn caminó hacia la casa sin mirar atrás.

Buscó a su padre en su despacho, no estaba allí y todo estaba recogido, ya no había papeles en medio del escritorio, ni el caos que vio aquella mañana. Decidió mirar en su cuarto y allí le encontró, junto al ama de llaves, preparando la maleta. Al verla, Teresa salió discretamente del cuarto, disculpándose ante el señor. Su padre no se detuvo, debía tener prisa.

–Padre, ¿puedo hablar con usted un momento? –se acercó a la cama y se sentó en una esquina, su padre alzó la vista hacia ella, para seguir doblando ropa.

–Dime.

–Es sobre Ricardo, el mozo de cuadra.

–¿Ha pasado algo? –preguntó sin mirarla.

–No, es trabajador y amable, le conozco desde que era una niña y siempre se ha portado bien conmigo.

Le vio asentir.

–Y por eso le estoy agradecido, no he tratado mucho con él, pero se le ve un buen chico. El capataz siempre habla bien de él.

Se detuvo a mirar la maleta, pensando en si debía añadir algo más, pareció conforme y la cerró.

–Sí, a todos les cae bien y a mí. Es un joven muy apuesto y educado.

Su padre la miró algo confundido.

–¿A dónde quieres ir a parar? Evelyn, tengo mucho que preparar todavía y mañana debo salir muy temprano, déjate de rodeos, por favor.

Ella asintió, mirando hacia otro lado, cogió aire, si debía decírselo para

saber su opinión, era ahora o nunca.

–Me gusta. –dijo en voz baja.

–¿Cómo? –su padre dejó por completo lo que estaba haciendo para prestarle ahora toda su atención.

Ella se giró hacia él para mirarle a los ojos.

–Me gusta mucho, padre.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Ya sé que no tiene dinero, pero eso puede cambiar, usted podría ofrecerle un puesto en su empresa, darle un título, no sé, padre, no lo decida ahora, por favor, me siento bien a su lado, quiero estar con él.

Su padre la observó dubitativo, no sabía si le estaba hablando en serio. Con expresión cansada, se sentó al otro lado de la maleta y miró al frente, parecía meditar lo que iba a decir. Al final, fue más escueto de lo que esperaba.

–No.

Ella se quedó parada.

–¿No a qué? –le preguntó temerosa.

Su padre la miró, estaba serio.

–No es posible, mi hija no se casará con un don nadie. No digo que ese chico sea malo, pero no es suficiente para ti.

Ella frunció el ceño y se puso de pie, paseó nerviosa por la habitación.

–¿Y qué se supone que es suficiente para mí? He estado años encerrada, sin conocer a nadie –se giró hacia él, deteniendo sus pasos frenéticos–, él me gusta padre, no necesito más, me trata bien, no le importa cómo soy, le quiero. –A ella misma le sorprendió escuchar aquella palabra. Sabía lo que sentía, pero no lo había expresado en voz alta. Decirlo fue como una liberación que la convenció aún más.

Él negaba con la cabeza y evitaba mirarla.

–No quiero seguir hablando de este tema –se levantó y cogió la maleta para dejarla en el suelo–, uno de mis motivos para hacer este viaje es porque voy a hablar con un buen amigo, un hombre respetable, de buena posición que está deseando conocerte. Cuando vuelva y le conozcas sé que cambiarás de opinión.

Ella no podía creerlo.

–¿Me va a presentar a un hombre que no conozco de nada, para qué? ¿Pretende que me case con él?

Su padre la miró enfurecido.

–Es mejor que ese chico, tiene dinero, un buen trabajo, podrá darte el nivel de vida que te mereces, ¿es que no te oyes? Casarte con un don nadie, ¿qué puede ofrecerte él?

Sofía y Ricardo tenían razón, su padre no consentiría un amor así. Era una ingenua al pensar que su padre sería diferente.

–De acuerdo, traiga a ese hombre, le conoceré y le rechazaré. No necesito a ningún hombre en mi vida, padre, sé cuidarme sola.

Dicho lo cual salió del cuarto para ir a su habitación y darle de comer a Azabache.

XXIV

Su padre subió poco después para hablar, pero ella se negó. Él no insistió y, a través de la puerta, le dijo que se verían en la cena. No le contestó. Tumbada en la cama acariciando a Azabache, le escuchó marcharse. Sentía rabia, impotencia, Sofía y Ricardo conocían mejor el mundo que ella, porque, ¿qué sabía ella? Se había pasado la mayor parte del tiempo encerrada, alejada de la gente. Pensó, por un momento que, por el simple hecho de desear algo con vehemencia, dando las explicaciones acertadas, podría convencer a su padre, a cualquiera. ¿Qué importancia tenía que Ricardo fuera pobre? ¿A quién podía importarle con quién se casaba ella, o a quién amaba? Por desgracia nunca estuvo en una reunión social, no conocía a nadie, la habían escondido para evitar habladurías, para protegerla de la maldad de las personas. ¿Y ahora, qué hacían? Impedirle ser feliz, otra vez. Azabache ronroneaba tumbada a su lado, a la gatita no le importaba su aspecto, su posición social... unos golpes en los cristales del balcón la sacaron de sus pensamientos. Se sentó y vio a Ricardo. ¿Qué hacía él ahí? Se arriesgaba demasiado. Se levantó algo molesta y le abrió.

–Habíamos quedado en la cocina, ¿te ha visto alguien?

Él negaba mientras pasaba al cuarto.

–El capataz ha ido a la ciudad, la cocinera y su guapa hija –le guiñó un ojo al decir esto último–, están preparando la cena, las mujeres de la limpieza tienen la tarde libre y el ama de llaves está dentro, supongo que con tu abuela. No hay nadie y me aburría.

Se sentó en la cama y acarició al gato.

–¿Qué tal está mi gatita preferida?

Evelyn se sentó al otro lado del gato, que quedaba en medio de los dos.

–Está bien, me gustaría poder dejarlo por toda la casa, pero tengo miedo que mi abuela lo vea y le haga cualquier cosa, con lo supersticiosa que es, imagínate.

Ricardo la miró con tristeza.

–La gatita se ve feliz, bien cuidada, pero..., ¿no te parece que está igual que tú cuando eras pequeña?

Evelyn asintió.

–¿Y qué me sugieres? ¿La dejamos otra vez en el bosque?

Él se encogió de hombros.

–Tal vez deberías dejar el balcón abierto, si ella quiere, volverá a por mimos y comida.

Ella asintió.

–Tal vez lo haga, cuando sea un poco más mayor, ahora es demasiado pequeña.

Él se estiró y miró al escritorio.

–¿Y ese libro tan antiguo?

Se levantó para mirarlo más de cerca. Evelyn le acompañó, sentándose en la silla del escritorio mientras observaba el libro.

–Era de mi abuela materna, tiene remedios contra algunas enfermedades, ¿recuerdas la pomada que le hice a tu tía cuando cayó por las escaleras?

–Sí, le fue muy bien.

–La saqué de este libro.

–¿Has hecho algo más?

Ella negó.

–Tengo miedo de que me pase algo parecido a lo que le sucedió a ella. Mi padre nunca ha querido contarme qué le pasó, pero el otro día, cuando estuve en la ciudad, una anciana me detuvo –Ricardo se sentó en la silla que había a su lado–, me regaló esto. –Le enseñó la piedra, Ricardo la cogió para mirarla más de cerca.

–Es muy bonita, ¿y por qué te la regaló? –preguntó inquietado.

Evelyn volvió a coger la piedra y a guardarla en el bolsillo de su vestido.

–Me dijo que me parecía a una persona que conoció, a mi abuela. Dijo que tenía el mismo pelo que yo y los mismos ojos. Fueron amigas, por lo visto mi abuela sanó a su marido. Mi abuela curaba a la gente cuando podía y se lo agradecieron temiéndola. Un día la detuvieron en la plaza, gritándole bruja, le tiraron piedras y la quemaron. La anciana que me lo contaba, dijo que fue a ayudarla, pero llegó demasiado tarde. –Miró a Ricardo con ojos tristes–, ¿crees que es cierto, crees que esa mujer dijo la verdad?

Ricardo meditó sus palabras, miraba el libro.

–No lo sé –miró a Evelyn–, no la conoces, puede que se lo inventara para asustarte.

Ella no estaba convencida, también miró el libro.

–¿Y por qué mi padre nunca me ha querido hablar de lo que le pasó? –le miró–, no hay recuerdos de mi abuela, lo único que tengo de ella es este libro.

–No pienses en eso, es el pasado y nada puedes hacer, si fue verdad o no, no podrás cambiar lo que sucedió. Lo importante es que tú no eres ella y que

no te pasará lo mismo –le cogió la mano que tenía sobre el libro–, porque no dejaré que nadie te haga daño.

La miró a los ojos, con ternura y convencimiento. Evelyn sintió cómo el corazón se le aceleraba. Se soltó y se puso en pie.

–¿Qué quieres, Ricardo?

Él se giró hacia ella.

–No te entiendo, ¿qué quiero de qué?

Ella le miró con frialdad, cruzándose de brazos.

–Primero me dices que lo nuestro no puede ser porque yo soy rica y tú pobre, luego que no está bien venir a la habitación de una señorita cuando está sola, luego me dices que Juana sería una buena mujer para ti, pero después vienes aquí a escondidas, me coges la mano y me prometes que cuidarás de mí. Me confundes.

Él bajó la mirada.

–Lo siento –dijo levantando la cabeza y mirándola a los ojos–, tienes razón, esto no está bien, pero... –miró hacia otro lado, parecía nervioso–, mi cabeza me dice una y mil veces que me aleje, que no venga, que eres una señorita –la miró de nuevo–, pero mi corazón no puede evitar añorarte, soñarte cada día y desear estar a tu lado, aunque sea un momento. He intentado luchar contra lo que siento y siempre pierdo –se levantó, acercándose al balcón–, Evelyn, no quiero hacerte daño.

–Espera, no te vayas –le detuvo y se acercó. Se puso frente a él, le gustaba cómo olía, a aire fresco, a montaña, a naturaleza. Alzó la mano para acariciarle el cabello–, tenías razón, mi padre no quiere que estemos juntos.

Él suspiró y el gesto de su rostro se entristeció.

–Ya lo sabíamos, ¿no?

–No quiero renunciar a lo único que de verdad me importa, Ricardo, no quiero renunciar a ti.

Dicho esto, se inclinó un poco y le rozó los labios con los suyos. Fue un breve momento en el que escuchó salir un suspiro de la boca de Ricardo y mirarla con ojos brillantes. Él sentía lo mismo, estaba segura. Ricardo levantó la mano y le acarició la mejilla.

–No puede ser. –Apoyó la frente en su cabeza unos segundos, suspiró y, al momento, se giró para empezar a bajar por el balcón.

Ella se acercó a la barandilla, le vio llegar al suelo, él no levantó la vista y corrió hacia el bosque. Sabía dónde iba, al lago.

XXV

Lo primero que vio aquella mañana tras despertarse fue a Juana hablando con Ricardo. A esa chica le encantaba tocar, no hacía más que cogerle del brazo, arrimarse a él y sonreír. Cada vez que la veía tan cerca de Ricardo sentía que el estómago se le revolvía. Entonces apareció el capataz, también sonriendo, saludando con cariño a Juana. A ella jamás la había tratado así. Con cuidado, abrió la puerta del balcón e intentó escuchar la conversación.

–Hola parejita, me encanta veros juntos, qué, chico, ¿ya te has decidido? No encontrarás moza mejor.

Ricardo no le contestó, estaba de espaldas a ella y no podía ver su expresión.

–No sea así, por favor, si solo somos amigos. –dijo Juana sonriendo de forma tonta.

–Tonterías, sois tal para cual, a la edad de Ricardo yo ya estaba casado, ¿a qué esperas? Una chica tan guapa como Juana no te va a esperar eternamente.

–No tengo intención de juntarme con nadie.

El capataz se puso serio.

–Yo creo que deberías poner los pies sobre la tierra, chico. Te aprecio mucho y lo sabes, pero creo que no te conviene juntarte con gente indeseable.

–¿Indeseable? –preguntó indignado Ricardo.

–Sabes a quién me refiero, esa bruja con la que te gusta ir, esa mujerzuela no te traerá nada bueno.

–Señor, yo también le aprecio, pero no voy a consentir que vuelva a insultarla, es mi amiga, una buena amiga. –Su tono de voz fue contundente.

–La verdad es que a mí me da miedo esos ojos que tiene, esa mirada fría, mi madre también dice que es una bruja, me ha contado las desgracias que han pasado en esta casa en el pasado. ¿No os da miedo trabajar aquí? Yo, cada vez que se acerca a mí, tiemblo, pienso que me va a pasar algo malo.

–¿Y por qué no te vas? Nadie te retiene aquí –le contestó Ricardo.

El capataz le miró con reproche.

–Bueno, mi madre lleva muchos años trabajando aquí. –dijo Juana con voz inocente.

–Tonterías, nadie más que esa bruja debería irse de esta casa, es la única que sobra. La cocinera y esta chica son grandes personas, Ricardo, esa chica

te ha embrujado, está claro, no piensas con claridad, no ves lo que tienes delante. Apártate de ella, es mi consejo.

–Señor, Evelyn es una joven encantadora, una chica normal, solo usted y gente como usted son los que no ven la realidad, se empeñan en insultarla, en llamarla algo que no es. Lo siento por usted, pero nunca me juntaría con Juana, una chica superficial que no me aporta nada, prefiero estar solo que atar mi vida a alguien como ella, que no tiene criterio, que se cree lo que le dicen y sigue a las masas. –Se giró hacia Juana–. No tienes personalidad, Evelyn te da mil vueltas.

No les dejó protestar más, cogió su carretilla y volvió al trabajo.

–Si no lo apartamos de esa bruja le perderemos –dijo el capataz.

–¿Tan mala es?

–Ni te lo imaginas.

Suficiente. Cerró con cuidado y redactó dos cartas de recomendación, estaba decidida, tenía que hacer una buena limpieza en aquella casa.

Lo primero que hizo en cuanto su padre salió por la puerta, fue llamar a Teresa en privado y quedar con ella en el despacho de su padre, donde le dio la noticia de su despido.

–En casa de Sofía buscan un ama de llaves, con esta carta de recomendación la cogerán sin dudar.

–Usted no puede despedirme.

–Lo estoy haciendo, Sofía ocupará su lugar.

Teresa la miró furiosa.

–¿Esa mujer de la limpieza? No sabrá hacer mi trabajo.

Evelyn le sonrió tendiéndole la carta.

–Sabrá hacerlo, y mucho mejor que usted. Lárguese de esta casa, no quiero volver a verla.

–Su abuela no opinará lo mismo.

–Mi abuela no tiene decisión aquí, mi padre está ausente y me ha dejado al cargo de la casa. Recoja sus cosas y márchese, no quiero volver a verla.

Lo siguiente que hizo, tras dejarla enfadada y roja por la rabia, fue ir a la cocina para comunicarle a la cocinera y su hija que empezaran a buscar otra casa donde trabajar. Pronto serían sustituidas.

–¿Nos está despidiendo? –dijo la cocinera mirándola con seriedad.

–Eso mismo, en cuanto la nueva ama de llaves encuentre otra cocinera, ustedes deberán irse.

Ella la miró con furia, dejando lo que estaba haciendo y quitándose el

delantal.

–No es necesario que nos despida, nos vamos nosotras.

–Me parece bien.

–¿Y dónde vamos a ir? –preguntó indignada Juana.

Evelyn le contestó desde la puerta.

–Pueden irse al infierno, a mí no me importa.

Aquello era una contrariedad con la que no había contado, tal vez se hubiese precipitado, pero no aguantaba más a esas mujeres, si era preciso, ella misma cocinaría hasta que Sofía encontrara otra cocinera. No pensaba echar marcha atrás, la decisión ya estaba tomada.

Al salir de la cocina encontró a su abuela hablando con Teresa, al verla caminó hacia ella con gesto furioso. Al llegar a su altura, lo primero que hizo fue darle una bofetada. Evelyn la miró con odio mientras se llevaba una mano a la mejilla dolorida.

–¿Quién te piensas que eres, mocosa?

En ese momento llamaron a la puerta. Teresa, aún ama de llaves, abrió la puerta. Sofía había llegado, saludó amablemente y no esperó invitación para entrar. Una vez dentro, se percató de la tensión, se quitó el sombrero y miró a Evelyn, que tenía una expresión dolorida en el rostro.

–¿Sucede algo? –preguntó.

–¿Qué hace usted aquí? Ya puede irse por donde ha venido. –Le dijo Stephanie con malos modales.

–Lo siento, Evelyn me ha contratado, ahora soy la nueva ama de llaves, no puedo irme. –Se dirigió a Teresa–. La esperan en esta dirección –sacó una hoja del bolso y se la entregó a Teresa–, estarán encantado de darle trabajo como ama de llaves, pero debe darse prisa, o cogerán a otra. –Miró a la mujer–. ¿Aún no tiene el equipaje? Les gusta la puntualidad.

Teresa se giró para mirar a su señora, quien no daba crédito.

–Aquí no la necesitamos, váyase de esta casa ahora mismo. –Le gritó Stephanie.

–No va a ninguna parte –gritó a su vez Evelyn–, es la nueva ama de llaves, le guste o no. –Se puso frente a su abuela y le apuntó con el dedo índice–. Yo de usted mediría mis palabras, abuela, no le conviene enfurecerme, es la última vez que se lo advierto. –Le dijo poniendo énfasis en sus palabras, luego se giró hacia Teresa–. Le dije que fuera a por sus cosas, la quiero fuera de esta casa en media hora o no me hago responsable de lo que le pueda pasar. –La amenazó.

Teresa abrió los ojos aterrorizada y corrió a su cuarto, santiguándose. Evelyn sabía el temor que despertaba en todos ellos y, en ese momento, le beneficiaba. Su abuela se había quedado pálida, sin saber cómo reaccionar. Al final, la miró con altanería.

–Tu padre sabrá de esto, no te quepa duda. Haré todo lo que esté en mi mano para encerrarte de nuevo, te lo juro, mocosa insolente.

Se giró y se dirigió a su cuarto, encerrándose en él para apartarse de su nieta. Evelyn suspiró aliviada al verla desaparecer y, una vez sola, aprovechó para abrazar a Sofía, ésta vio que estaba temblando.

–Ya está, todo ha pasado.

–La odio.

Sofía le acarició la espalda.

–No digas eso, no es bueno odiar a nadie, tranquila, todo irá bien, ya estoy aquí, no estás sola.

XXVI

Aquella tarde dejó que Sofía se encargara de todo. Necesitaba salir y despejarse. Pese haber tenido una vida complicada, era la primera vez que le daban una bofetada y se sentía humillada. Su abuela no tenía derecho a ponerle la mano encima, ni ella ni nadie. Tenía ganas de llorar, pero no lo haría en casa, no quería que Sofía la viera, ni mucho menos su abuela. Si pudiera echarla a ella también y dejar de verla para siempre, lo haría, sin pensarlo.

Caminó hacia el bosque, sintiéndose mejor nada más verse rodeada de árboles. Fue hacia el lago, su lugar preferido, allí se sentó frente al agua. Era consciente que se había saltado su clase de equitación, pero lo cierto es que no le apetecía. No quería ver a nadie, quería estar sola, meditar. ¿Había hecho bien despidiendo a Teresa y a la cocinera? ¿Se lo merecían o solo había actuado por venganza? No quería ser una mala persona, no quería sentir ese odio en su interior, le hacía sentir mal, aunque parecía que no le dejaban otra opción. El odio alimentaba odio y eso es lo que había recibido durante años de todas esas personas.

–Sabía que te encontraría aquí.

No le hizo falta girarse para saber que era Ricardo. Siguió sentada, sin moverse, sin dejar de mirar el agua. Él se sentó a su lado.

–Mi tía dice que te has peleado con tu abuela. ¿Quieres contármelo?

Ella negó con la cabeza, sin mirarle, temía echarse a llorar si abría la boca o se movía.

–Está bien, ¿te apetece un baño?

Volvió a negar. Él la miraba sin saber qué hacer, le entristecía verla derrotada, sabía que era una mujer fuerte, no estaba acostumbrado a verla así.

–¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

–No.

–No me gusta verte así, algo ha debido pasar, por favor, dímelo.

Ella tiró una piedra al agua que formó varias hondas en la superficie.

–He despedido al ama de llaves y, bueno... –Tragó saliva–, mi abuela se ha enfadado y me ha dado una bofetada.

Él se quedó mirándola, era algo de esperar, no entendía por qué le daba tanta importancia, recordaba que, cuando era niño y hacía alguna travesura, su madre le daba algún que otro azote. Pero a ella parecía haberle afectado

demasiado, había agachado la cabeza y parecía llorar en silencio.

–Anda, tranquila, ven aquí.

Le rodeó con el brazo los hombros y la atrajo hacia él, para abrazarla. Ella se dejó hacer y apoyó la cabeza en el pecho, sintiendo su calidez y bienestar.

–¿Nunca te han pegado? –Le preguntó él casi en un susurro.

Evelyn notó su aliento cálido en la cabeza.

–Nunca, mi padre jamás me ha puesto la mano encima y mi abuela nunca se atrevió a acercarse ni para darme un abrazo y ahora, mira.

Se había calmado y ya no lloraba, estaba herido su orgullo, pero la mejilla ya no le dolía.

–Lo siento, pero pasará, piensa que tu abuela ha actuado así porque tú le has hecho aún más daño, no debe haberle hecho ninguna gracia que despidieras a su mano derecha. Tu abuela y el ama de llaves eran uña y carne.

Ella sonrió sin moverse de esa postura tan comfortable.

–Viéndolo así...

Hablar con él le sentaba bien, estar con él la hacía sentirse nueva, otra persona, alguien mejor, alguien normal.

–Gracias por acompañarme, ya me siento mejor.

Dijo separándose un poco de él. Ricardo seguía rodeándola con el brazo y la miraba de una forma que la ponía nerviosa, estaban tan cerca. Esta vez ella no tuvo que hacer nada, fue él quien tomó la iniciativa. Se acercó a ella y la besó. A Evelyn la tomó desprevenida, sus labios se juntaron y esta vez no fue un roce, él se apretó contra ella, abriéndole la boca e introduciendo su lengua para acariciar la suya. La sensación fue tan placentera que sintió un escalofrío recorrerle la espalda y un cosquilleo en el estómago. Ricardo giró la cabeza para seguir besándola, sentir su lengua rozando la suya era indescriptible. Se abrazó a él, pasando las manos por su nuca, acariciándole el cabello. Él gimió y ella se apretó más contra él. Entonces Ricardo se separó con brusquedad y la miró avergonzado.

–Oh, Evelyn, lo siento, no debí...

Se puso en pie, confundido.

–No debería haberme dejado llevar, no está bien.

Ella también se puso en pie, sin comprender por qué la magia había desaparecido de golpe.

–Ricardo, yo también quería y nadie nos ha visto.

Él bajó la mirada, negando con la cabeza.

–No está bien, tú eres una señorita, besarte así... ¿En qué estaría

pensando? Por favor, perdóname.

Echó a correr hacia el bosque, Evelyn quiso detenerle, pero él era rápido y pronto le perdió de vista. Sentía sus mejillas ardiendo y de su boca salió un profundo suspiro. Desearía que él no fuera tan correcto, le hubiera gustado continuar ese beso hasta el amanecer.

XXVII

Stephanie vio al chico ir tras su nieta. Aquel joven estaba loco, siempre rondando a esa sinvergüenza. En cuanto le vio alejarse, salió de su cuarto con cuidado, evitando ser vista por la nueva ama de llaves. Su nieta no sabía con quién se la estaba jugando, a Stephanie nadie le llevaba la contraria, nadie le pasaba por encima y menos esa mocosa. Sofía estaba atareada en la cocina, la estúpida de su nieta las había dejado sin cocineras y ahora esa amiguita suya tenía el triple de trabajo, le estaba bien merecido.

Salió de casa sin hacer ruido, dejando la puerta entreabierta para entrar después sin llamar. Apretó el paso una vez fuera para ir hacia los establos, allí encontró al capataz, bien sabía ella lo mucho que odiaba también a Evelyn desde que su hijo murió mientras jugaba con ella. Sabía que la ayudaría. Al verla, el capataz frunció el ceño y dejó lo que estaba haciendo para atenderla.

–Señora. –dijo a modo de saludo.

Stephanie miró en derredor para asegurarse que estaban solos.

–Supongo que ya sabe lo que mi nieta ha hecho, ¿verdad?

–Algo he oído, una de las chicas de la limpieza ha venido hace un rato y nos lo ha contado. Su nieta ha despedido a las cocineras.

–Y a Teresa, esa mujer llevaba años trabajando para mí, esto no se lo perdonaré en la vida. –dijo indignada

–¿Y solo ha venido para darme las últimas noticias o necesita algo más?

Stephanie volvió a mirar a todas partes, nerviosa.

–Necesito su ayuda, acuda a la biblioteca esta noche, cuando todos duerman, no haga ruido y que nadie le vea. –Se giró para marcharse, pero recordó algo y se detuvo—. Ah, y traiga unas cuerdas.

–¿Qué tiene en mente, señora?

–Se lo diré esta noche, pero sea discreto, no hable con ese chico, ni con nadie, ¿me ha entendido? Si me ayuda será generosamente recompensado.

Él asintió.

–Descuide.

No quería entretenerse más, casi corrió de nuevo hacia la casa y entró sin ser vista. Su plan estaba en marcha, pero se truncó cuando su hijo volvió de forma inesperada e inoportuna, acompañado de un invitado de lo más inquietante.

Evelyn había venido poco antes con la cabeza gacha, sin hablar con nadie,

ni siquiera con su amiguita el ama de llaves. Había subido corriendo las escaleras y se había encerrado en su cuarto. Stephanie esperaba que le hubiera pasado algo malo y no saliera de allí en todo el día. Pero entonces, poco antes de la cena, su hijo la sorprendió volviendo a casa. Se levantó del sofá y fue a recibirle, mirando con cara despectiva al invitado.

–¿No deberías estar de camino a Londres? –Fue lo primero que dijo, aquella visita le rompía todos los esquemas, tendría que hablar de nuevo con el capataz y posponer su cita.

–Yo también me alegro de verla, madre. Le presento a mi buen amigo y socio Collin Burns, es irlandés. Collin, esta es mi madre, Stephanie.

El hombre se inclinó cogiéndole la mano y llevándosela a los labios sin rozarla. Fue un gesto brusco, meditado, demasiado protocolario. La soltó y se puso recto, mientras le dedicaba una sonrisa cordial.

–Es un placer conocer a la madre de mi buen amigo.

–Lo mismo digo. –dijo entre dientes Stephanie, no le gustaba ese hombre, su tez tan pálida, su nariz chata llena de pecas, su cuerpo delgado y larguirucho, no le era de su agrado, pero lo que más le molestaba era esa media melena pelirroja. ¿Por qué a su hijo le gustaba tanto ese color? –. ¿Quiere un té?

–Oh, sí, un té antes de la cena, gracias.

Ella sonrió, esa mujer, Sofía, iba a saber lo que era trabajar. La llamó y no tardó en venir. Tenía el cabello enmarañado, llevaba delantal y se la veía cansada. Vio cómo su hijo la miraba extrañado.

–¿Dónde está Teresa, está indispuesta?

Stephanie soltó una risa estridente y miró a Sofía.

–Prepare té para el invitado y no se retrase en la cena, quiero que esté a las siete en punto. –Se giró hacia los hombres–. Por favor, vayamos al salón.

Mientras caminaba le explicó a su hijo las novedades.

–Es una suerte que hayas venido, tu amada hija parece haberse vuelto loca. Se sentaron en el sofá y los sillones, frente a una mesita redonda.

–Madre, por favor, no empiece.

Ella le miró con indiferencia.

–Se ha creído la dueña de la casa –continuó altiva–, y ha despedido a Teresa y las cocineras. En su lugar a contratado a esa mujer, Sofía, que la cuidó de pequeña, como ama de llaves, pero aún no tenemos cocinera. Sería un detalle que hablaras con ella y la hicieras recapacitar.

Su hijo la miró pensativo y asintió.

–Sí, hablaré con ella, por supuesto, pero ya hacía falta un cambio, Teresa llevaba demasiado tiempo aquí, se hacía mayor y todos sabemos que no se llevaba bien con mi pequeña y no digamos la cocinera. Creo que ha tomado una buena decisión, tal vez algo precipitada, podría haber esperado a mi regreso, pero tiene todo mi apoyo.

–Es una mujer de carácter, por lo que veo. –dijo Collin con una sonrisa pícaro mientras miraba a Stephanie.

–No entiendo por qué te empeñas en malcriarla tanto, cualquier día nos traerá una desgracia.

–¿Una desgracia? –preguntó Collin confuso.

–Madre, por favor, vamos a dejarlo.

En ese momento entró Sofía con el té. Lo dejó en la mesa y se dirigió al señor.

–¿Tengo su permiso para pedir ayuda a una de las chicas de la limpieza? Podría preparar la mesa para la cena mientras yo estoy en la cocina. Le prometo que mañana tendré una cocinera en casa.

–Por favor, lo que necesite y le agradezco su esfuerzo. Cuando vaya y avise a la chica de la limpieza, díglele a mi hija que estoy en casa.

Sofía asintió y salió del salón. Al poco, unos pasos rápidos se escucharon llegar. Evelyn entró en el salón con una amplia sonrisa, luego se le borró al ver al invitado. Se sorprendió al ver su pelo. Su padre se puso en pie para abrazarla.

–Mi niña, ¿cómo estás?

–Bien, padre, ¿cómo es que no se ha ido?

–Partiré mañana, encontré a Collin en la ciudad y decidí posponer mi viaje. Ven, te presentaré. –La acercó al sillón, Collin se puso en pie–. Evelyn, este es Collin, un buen amigo, Collin, esta es mi hija, de la que tanto te he hablado.

El hombre le cogió la mano y se la besó con delicadeza.

–Es un placer. –dijo mirándola a los ojos–. Es más bonita de lo que me habías comentado.

Ella se soltó e intentó ignorar a ese hombre, aún sentía el calor de los besos de Ricardo. Solo de pensarlo se ruborizó, su padre pensó que era por Collin y sonrió satisfecho.

XXVIII

Durante la cena, Evelyn casi no habló, su padre se empeñaba en darle conversación para que interactuara con Collin, pero ella no tenía el menor interés. Vio a su abuela sonreír cuando su padre comentó que harían buena pareja, tan solo debía darle una oportunidad.

–¿Y se iría a vivir con él a Irlanda? –preguntó su abuela mirándola inquisitiva.

–Oh, allí se vive muy bien y hay unos paisajes magníficos –comentó Collin con ese acento tan peculiar de su país. Al ver la cara mohína de Evelyn se retractó–, pero podemos vivir aquí, España también es muy bonita.

–En Irlanda sería mejor, allí no la mirarían de forma extraña por su pelo. –comentó Stephanie con malicia.

–¿Su pelo? –preguntó Collin sin entender–, tiene un cabello precioso, si me permite decírselo, señorita Evelyn.

Ella le dedicó media sonrisa.

–Madre, por favor, cenemos en paz. –soltó su padre.

–Creo que cuanto antes se case y se vaya de esta casa, mejor para todos. Necesita cambiar de aires, salir de aquí y recibir una buena educación, tú la estás malcriando, hijo. –siguió con las pullas su abuela.

Collin miraba a Stephanie y a su amigo a partes iguales, se notaba cierta tensión que no comprendía.

–De todos modos, solo ella puede decidir. –continuó Collin sonriéndole.

–Su padre debe decidir, si él dice que debe casarse, debe hacerlo, no debería tolerar esta rebeldía. Que se case con usted, un hombre de negocios, bien posicionado, es lo mejor que puede hacer. Yo puedo encargarme de la boda, podrían casarse esta misma semana, conozco bien al párroco, encontraría un hueco.

Evelyn se puso de pie sin decir palabra. Su padre la miró sorprendido.

–Padre, deseo retirarme, hoy ha sido un día largo, si me disculpan. –No esperó a que le diera permiso, caminó fuera del comedor y fue hacia su cuarto, estaba harta de su abuela, de sus comentarios y de esa cena. Se encerró en su cuarto y cogió el libro de su abuela, al final vio que había un apartado de Conjuros. Miró hacia la puerta para escuchar si venía alguien, todo estaba tranquilo. Pasó las páginas y encontró algo que le llamó la atención, pero para hacerlo necesitaba un objeto personal de la persona en

cuestión. Salió con cuidado y fue al cuarto de su abuela, miró el pasillo silencioso y abrió con cuidado. No quería ponerse a rebuscar y cogió lo primero que vio, un pequeño pañuelo de seda. Salió corriendo, sin hacer ruido y volvió a su cuarto. Según el conjuro, si todo salía bien, su abuela sufriría de terribles dolores, le estaría bien merecido.

–Vaya, necesito ir al bosque. –debía hacerse con barro. Memorizó el conjuro y abrió el balcón.

Casi en el suelo, escuchó la voz de Ricardo, del sobresalto casi se cae, le miró de reojo y continuó el descenso.

–¿Se puede saber qué haces? –le preguntó.

–Voy al bosque y no quería que nadie me viera.

–Pues lo has hecho fatal, yo te he visto, la próxima vez ten más cuidado.

–Y la próxima vez espera a que llegue al suelo, casi me caigo del susto que me has dado. –le replicó Evelyn.

–Lo siento, ¿me dejas acompañarte?

Ella recordó el beso y su corazón se aceleró.

–Prefiero ir sola.

–¿Qué vas a hacer?

–No te importa.

Él se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido.

–Ahora sí que voy contigo, además, no pienso dejarte ir sola de noche.

Ella suspiró.

–Haz lo que quieras.

Y se puso en marcha con él a su lado. Una vez en el lago, Evelyn preparó el ritual. Hizo un círculo con el pie en la tierra y puso una vela en el centro. Ricardo la miraba extrañado.

–¿Qué haces?

Ella se llevó una mano a los labios y le pidió silencio. Fue cogiendo barro de la orilla y la puso en el centro del círculo, cuando tuvo suficiente, se sentó dentro, con la vela en frente.

Ricardo se sentó a su lado y ella se escandalizó.

–Sal del círculo o lo estropearás todos.

Él la miró sin comprender.

–¿Estropear qué? ¿Puedes decirme qué haces?

Ella bajó la mirada un poco avergonzada mientras comenzaba a moldear un muñeco de barro.

–Es un conjuro.

–¿Un qué?

Ella le miró furiosa.

–Ya me has oído.

–¿Para qué?

–Di más bien para quién. –le miró con frialdad–. Es para mi abuela.

Él empezó a negar con la cabeza.

–Ni hablar, no voy a dejarte.

Ella se escandalizó.

–¿Cómo dices?

Y le vio comenzar a borrar el círculo con el pie.

–¿Qué haces? Para.

Él se detuvo, pero para mirarla con expresión seria.

–Evelyn, olvida todo lo que dice tu abuela, está loca, ¿de acuerdo? No tienes que hacer esto, no le des la razón, aunque sea con una tontería como esta. Mira, yo no creo en esto, como tampoco creo lo que dice una y otra vez tu abuela. –Se acercó a ella, se arrodilló y la cogió de los hombros mirándola fijamente a los ojos–. Evelyn, tú no eres una bruja, ¿entendido? Solo eres una joven normal, encantadora, inteligente y muy bella. No te rebajes a esto, tú no eres así. Si empiezas con estos rituales le estarás dando la razón a toda esa gente que dices que eres una bruja, si alguien te ve haciendo esto, lo gritarán a los cuatro vientos, sonriendo satisfechos por tener razón. Por favor, déjalo, volvamos a casa.

Evelyn miró el muñeco a medio hacer que tenía en las manos y lo tiró al suelo, como si la hubieran pinchado. Tal vez él tuviera razón, eso mismo es lo que querría su abuela, que empezara a hacer pócimas y conjuros, su abuela materna lo hacía y terminaron por matarla, la temían, al igual que la temían ahora a ella. No podía terminar igual. Asintió y se puso en pie, ayudando a Ricardo a borrar el círculo.

–Lo siento, estaba rabiosa, la bofetada, luego sus comentarios durante la cena, quería vengarme. –dijo avergonzada.

Él se acercó y la abrazó, le encantaba que hiciera eso. Ella le pasó los brazos por su cintura fuerte y apoyó la cabeza en su pecho.

–Tranquila.

Deseaba que volviera a besarla, por eso se separó un poco y alzó la cabeza hacia él, pero Ricardo debió intuirlo, pues se apresuró en separarse y mirar hacia otro lado.

–Se hace tarde, volvamos antes de que alguien te eche de menos.

Empezó a caminar, pero Evelyn le detuvo.

–Ricardo...

Él se giró hacia ella.

–Dime que no me lo he imaginado, dime que tú también sientes algo especial por mí.

Él la miró indeciso, luego bajó la mirada.

–Es mejor que sigamos siendo amigos.

–¿Amigos? ¿Después de aquel beso? No puedes decirlo en serio. –dijo indignada.

Él suspiró.

–Ya lo hemos hablado y siento lo que sucedió, no debí hacerlo.

Ella asintió, enfadada.

–Claro, estupendo, no debió pasar y ya está, pero pasó y no puedo olvidarlo –Miró hacia otro lado–, o puede que sí. –Se giró hacia él–. El amigo de mi padre, Collin, es todo un caballero, mañana daremos un paseo para poder conocernos mejor, tal vez me lleve bien con él, quién sabe. Seguro que un hombre de negocios como él sería idóneo para mí, ¿verdad?

Enfadada, comenzó a caminar hacia la casa sin esperarle. Le escuchó ir detrás. No volvieron a decirse nada en todo el camino. Al llegar a la casa, ella comenzó a subir por la enredadera hasta su cuarto.

–Buenas noches. –le escuchó decir desde abajo.

Ella cerró las puertas y corrió las cortinas.

XXIX

Se habían quedado solos en el salón, tomando una copa después de cenar. Stephanie se había retirado a su cuarto. El humo del tabaco impregnaba la estancia. Collin estaba recostado en uno de los sillones con las piernas cruzadas y miraba a su amigo con condescendencia. Se conocían desde hacía años y lo que quería comentarle podía no sentarle bien, aunque, precisamente por esa amistad que les unía, se veía en la obligación de exponerle su opinión.

–Querido amigo, la velada ha sido tensa, esa ha sido mi impresión.

Él le miró asintiendo con ojos tristes.

–Siento que haya transcurrido así.

–No te disculpes, no puedes controlar a la gente.

Le vio beber unos sorbos de licor.

–He podido comprobar que tu madre no aprecia a tu hija, ¿hay algún motivo?

Él se encogió de hombros.

–Es mayor y le echa la culpa de ciertos acontecimientos.

–Ya, sí, he visto que es mayor, ¿y crees que está bien de la cabeza? Lo digo porque he visto personas mayores que se deterioran mentalmente y lo mejor que se puede hacer es enviarlos a algún centro donde puedan darle los cuidados que necesitan.

–¿Tú crees?

Asintió sentándose hacia delante.

–Mira, Adam, no entiendo cómo le has seguido la corriente tantos años, eso de tener a tu hija encerrada tanto tiempo, algún día tendrás que decirme qué pasó, si quieres que corteje a tu hija de un modo formal.

Le vio suspirar y echar la cabeza hacia atrás, se bebió su bebida de un trago y miró a su amigo.

–Mi padre murió cuando mi mujer se quedó embarazada. Mi madre conocía la historia de mi suegra, ella era sanadora, algunos la llamaban bruja. Sabía infinidad de remedios para diversas dolencias y curó a mucha gente, pero esa misma gente fue quien la temió y quien acabó con su vida. Un grupo de aldeanos la rodearon en la plaza, tirándole piedras, alguien le quemó las ropas cuando estaba en el suelo, inconsciente. Una mujer intentó ayudarla, pero llegó tarde.

–Por Dios, es horrible. –Se escandalizó Collin.

–Al quedarse mi mujer embarazada y conocedora de quién fue mi suegra, al morir mi padre mi madre dijo que no era un buen presagio, que mi mujer llevaba dentro a un monstruo. La comadrona se asustó y dejó de venir. Cuando se puso de parto, encontré a otra comadrona que la ayudó a dar a luz. Cuando vieron al bebé se asustaron, si hubieras visto sus caras, todos se santiguaron y mi madre me dijo que lo sabía, que esa niña llevaba el diablo dentro. Tres días después, mi mujer murió, lo que no hizo más que apoyar las sospechas de mi madre. Quería que la dejara en un hospicio, me negué y la cuidé lo mejor que pude, contraté a una niñera. Cuando Evelyn tenía cinco años, la niñera se puso gravemente enferma y murió. Mi madre lo atribuyó a la maldad que habitaba dentro de Evelyn y dijo que las desgracias no habían hecho más que empezar. A los siete años, Evelyn jugaba con el hijo del capataz, éste se tragó algo, asfixiándose. Fue lo que hizo saltar todas las alarmas y mi madre dijo que me la llevara lejos. No quise hacerlo, era mi hija, lo único que me quedaba de mi amada esposa. Por lo que decidí recluirla al piso de arriba. Así vivió hasta que mi madre decidió enviarla a un internado, sin mi consentimiento. –Se cogió la cabeza con ambas manos, se le veía derrotado–. Hice mal, lo sé, me dejé llevar por los engaños de mi madre –Levantó la vista hacia su amigo–, fue tanta su insistencia, tanta su convicción, que terminé yo mismo por creer sus palabras. Collin, llegué a pensar que mi madre tenía razón, que mi hija era una bruja, por eso la encerré –Sus ojos se llenaron de lágrimas–, pero era incapaz de abandonarla. No fue hasta que salió del internado, más mayor, madura y segura de sí misma, que no me di cuenta de lo equivocado y estúpido que fui. Mi niña no tiene nada malo, somos los que la rodean los que hemos pecado, los que tenemos la maldad dentro. No debí dejar que la trataran así.

Collin había escuchado en silencio y miró a su amigo apenado, se le veía arrepentido, pero el daño ya estaba hecho. No entendía cómo pudo actuar así.

–Adam, no es a tu hija a quien deberías haber alejado del mundo, es a tu madre a quien deberías encerrar.

A la luz de una única vela y en camisón, fue a hurtadillas hacia la cocina, donde encontró al capataz sentado a la mesa esperando a que llegara la hora de su reunión. Al verla llegar, se puso en pie, la miró extrañado, pues la cita

debía ser en la biblioteca.

–Cambio de planes, mañana mi hijo partirá hacia Londres, será entonces cuando lo hagamos. –Le dijo Stephanie en voz baja.

–Señora, ¿puede decirme algo?

–Tú ven a media noche a la biblioteca, trae cuerdas y una lámpara de gas. Mañana por la noche, esa bruja recibirá su merecido.

XXX

Bajó las escaleras con una sonrisa amplia, pero falsa. Tenía pensado darle una lección a Ricardo y Collin, sin saberlo, la ayudaría a conseguirlo. Entró en el salón donde todos estaban ya esperando el desayuno. Se sentía algo culpable por el trabajo extra que tenía Sofía, esperaba que durante el día pudiera solucionarlo. Mientras tanto, una de las chicas de la limpieza le echaba una mano. Su abuela la miró con una sonrisa pensativa que no le gustó lo más mínimo. Decidió ignorarla, amaneció un día espléndido y no tenía ganas de que se lo estropeará. Saludó a su padre con un abrazo y a Collin entregándole la mano con una reverencia cordial.

–Está usted radiante esta mañana. –le dijo Collin siempre educado.

Ella le dedicó una de sus mejores sonrisas. La verdad es que se había esmerado mucho nada más levantarse, buscando el vestido que mejor le quedaba. Se había peinado con un recogido que la favorecía y se había pellizcado las mejillas para darles color. Le gustó el resultado, el resto lo hizo su entusiasmo, tenía ganas de ver qué cara ponía Ricardo.

–Señor Collin, creo que ayer no fui cortés con usted y quisiera resarcirme invitándole a dar un paseo en esta mañana tan preciosa, ¿qué me dice?

Vio que Collin miraba a su padre y éste asentía dando su consentimiento. Luego se giró hacia ella, complacido.

–Será un placer, señorita.

Sofía entró con el desayuno, que dispuso en la mesa, al pasar por su lado, Evelyn le pidió disculpas.

–¿Por qué? –le dijo Sofía.

–Por todo el trabajo, le diré a mi padre que te lo recompense, yo no sé cómo voy a poder agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Ella le sonrió de forma maternal.

–Tranquila, tu amistad es un tesoro. Que aproveche.

La dejó para seguir sirviendo al resto de comensales. Evelyn suspiró, tuvo mucha suerte de encontrarla, cuando ella entró en esa casa todo comenzó a cambiar. Puede que su abuela pensara que ella era una bruja, a veces hasta ella misma se lo creía, pero de lo que sí estaba segura era de que Sofía era su ángel de la guarda.

Una vez tomado el desayuno, tal y como prometió, cogió del brazo a

Collin y salieron a pasear por el jardín. Su padre les observó con una sonrisa complaciente.

–A ver si entra en razón y se casa con ese hombre. Espero que se la lleve lejos.

Soltó Stephanie sin esperar respuesta de su hijo. Salió del salón tan pronto pronunció la última palabra. Él la vio salir, con su vestido negro y su cabello blanco. No recordaba haberla visto vestida con otro color, tampoco sonreír de forma sincera o espontánea, ni decir algo amable que no fuera por obligación. Parecía una mujer amargada, perder a su marido la dejó trastocada, rota de dolor y se olvidó que tenía un hijo, al que trató como un objeto más. Él no conoció otro trato, ni abrazos, ni palabras cariñosas, por lo que no lo echó en falta hasta que conoció a su esposa, con la que aprendió a amar y ser amado. La perdió demasiado pronto, pero le dejó el fruto de su amor, lo más valioso que tenía en la vida y por poco lo perdió también por culpa de su madre. Ella intentó ensuciar ese amor. Una criatura nacida del cariño no podía albergar mal alguno. Collin tenía razón al pensar que su madre no estaba bien y, en cuanto volviera de su viaje a Londres, zanjaría de una vez por todas ese tema.

Miró por la ventana y vio a su hija pasear con Collin. Se entristeció al ver que no hacían buena pareja. Collin era un buen hombre, pudiente, sabía que la haría feliz, pero se le veía demasiado mayor, parecía un padre paseando con su hija. Podía ser él quien ocupara su lugar. Con tristeza, supo que aquel matrimonio no sería justo para Evelyn, no la obligaría a casarse con un hombre que no amara. Como él hizo en su día, la dejaría elegir. Se merecía ser feliz, ya había sufrido bastante.

Se retiró de la ventana y se sentó en el sofá para leer el periódico.

Evelyn disfrutaba del aire fresco en la cara, no así de la compañía. Él estaba empeñado en ver el jardín, bien cuidado, sin duda, pero sin nada nuevo que aportar. Con disimulo le fue guiando hacia otra parte de la casa, la zona de los establos.

–¿Le gustan los caballos? Tenemos unos animales preciosos.

–Preferiría seguir en el jardín, los establos siempre huelen a estiércol.

Ella se rio.

–El nuestro suele estar limpio. ¿Sabe que yo no sé montar?

Él la miró extrañado y luego asintió, con la vida que le habían dado nadie se tomó la molestia de enseñarla.

–Yo podría enseñarle, si me deja, soy un buen jinete.

–No se preocupe, estoy tomando clases.

Entonces le vio salir con la carretilla para cargarla con heno. Él les vio y Evelyn se apretó más a Collin, sonriendo. La cara que puso Ricardo no tenía precio, ella sonrió satisfecha, su plan estaba funcionando. Collin también observaba al joven que había salido de los establos, y a Evelyn. El joven les miró serio un rato y después reanudó su trabajo.

–Venga, es por aquí.

Pero Collin no se movió.

–Señorita Evelyn, le agradezco el paseo, pero no crea que nací ayer, ni que usted es la primera mujer a la que cortejo. Sobre mi persona pesan varios años ya y no puede engañarme.

Evelyn le miró desconcertada.

–¿A qué se refiere?

–He visto cómo miraba a ese joven y cómo la miraba él. ¿Quería darle celos? ¿Por eso me ha invitado a pasear?

Ella bajó la mirada, avergonzada.

–Siento haberle utilizado

–¿Le gusta de verdad ese joven?

Ella asintió.

–¿Se lo ha dicho a su padre?

Ella alzó la vista hacia él.

–Usted es su respuesta a mi confesión. Jamás consentiría a que me casara con un hombre sin dinero.

Él asintió.

–Entiendo, deje que hable yo con él y dejemos de fingir. Su padre y yo debemos coger un barco antes del mediodía. ¿Volvemos? Creo que ya ha conseguido el efecto deseado en ese joven, se le veía celoso.

Ella sonrió.

–Es usted un buen hombre.

–Lo sé y usted una señorita encantadora, espero que ese joven sepa valorarla como se merece. Usted vale mucho.

Debía reconocer que su padre sabía elegir pretendientes. Algo mayor, pero encantador, si hubiera sido veinte años más joven, Ricardo se habría puesto celoso con motivo.

Regresaron y Evelyn subió a su cuarto, dejando que los hombres hablaran de sus cosas. Antes de subir las escaleras su padre le dijo que bajara a despedirse.

–Lo haré.

Subió y le puso agua a Azabache. Le acarició, poniéndole también comida fresca. La gatita comenzó a ronronear, la dejó comiendo y se asomó a la ventana. Ricardo volvía con el heno. Ella le saludó y él se detuvo mirando al frente, cuando estuvo seguro de no ver a nadie se acercó a la casa.

–Ahora entiendo cómo te sentías cuando me veías con Juana.

Le dijo guiñándole un ojo. Ella sonrió.

–Te lo merecías.

Él negó con la cabeza, le saludó con la mano y volvió al trabajo. Ella se tumbó en la cama, satisfecha. Estaba celoso, era buena señal. ¿Por qué se empeñaba en negarlo? Azabache subió a la cama y se puso a su lado. Sabía por qué, era el mismo motivo que tenía su padre. El dinero. ¿Cómo podía ella cambiar eso? Miró el libro de su abuela, por un momento pensó en buscar algún conjuro, pero luego recordó las palabras de Ricardo. Volvió a tumbarse en la cama. Ella no era una bruja. Dejaría que todo pasara como tuviera que pasar. Pero esa idea no le gustaba lo más mínimo.

XXXI

–Volveré en una semana.

Le dio un abrazo a su padre y se despidió de Collin. Les vio partir en el carro, mientras le decían adiós con la mano. Sofía se puso a su lado y le pasó una mano por los hombros.

–La cocinera llegará esta tarde, justo para preparar la cena, pero ahora que tu padre y el señor Collin se han ido no habrá tanto trabajo.

Evelyn apoyó la cabeza en su hombro.

–¿Por qué no te tomas unas horas libres hasta que llegue la cocinera? Te lo has ganado.

–Pues te voy a tomar la palabra, así preparo mi cuarto, aún no he tenido tiempo.

Evelyn le dijo que cogiera una de las muchas habitaciones libres que había en la planta de arriba, pero Sofía se negó, pese a su amistad, no olvidaba dónde estaba su lugar y no estaba en una de aquellas lujosas habitaciones. Decidió trasladarse al cuarto de Teresa, era amplio, luminoso, tenía escritorio y no lo compartía con nadie. Era más que suficiente.

–Perfecto.

Entraron en la casa y a Evelyn le extrañó no ver a su abuela por ningún sitio, debió haberse encerrado en su cuarto otra vez para no verla. Decidió subir a leer un rato y jugar con Azabache.

La tarde transcurrió tranquila. De vez en cuando se asomaba para ver a Ricardo, pero no lo vio, debía estar en los establos, limpiándolos. No quería molestarle con las clases ahora que su padre no estaba, prefirió retomarlas cuando él regresara y evitar encontronazos innecesarios con el capataz. A media tarde escuchó el timbre de la puerta, debía ser la nueva cocinera. Decidió bajar a conocerla. Era una mujer de mediana edad, de aspecto jovial, ojos marrones, brillantes y una permanente sonrisa en los labios. Al verla la saludó con energía.

–Encantada de conocerla, Sofía me ha hablado mucho de usted.

Evelyn miró a Sofía con las cejas arqueadas y ésta se encogió de hombros.

–Verá cómo se alegra de tenerme aquí, hago las mejores tartas de toda la ciudad, los mejores bizcochos y los mejores potajes, en una semana les tendré a todos con varios kilos de más. A mi lado nadie pasa hambre, señorita.

Evelyn sonrió ante tal torbellino de mujer. La dejó familiarizarse con la

cocina y salió a dar un paseo. Vio a Ricardo cepillar a Noble, al verla, la llamó.

–¿Hoy no hay clases?

Ella se acercó mientras negaba con la cabeza.

–Prefiero retomarlas cuando vuelva mi padre.

El capataz salió de los establos y la miró con su habitual gesto malhumorado, pero no le dijo nada. Se dio la vuelta y desapareció de su vista.

–Será mejor que te deje trabajar.

–Hoy no te visitaré, el capataz me envía a la ciudad a comprar y llegaré tarde, nos vemos mañana, si quieres.

Ella sonrió y le cogió la mano con cuidado de que no le vieran.

–Claro que quiero.

Le hubiera gustado besarle, pero tuvo miedo. Se apartó de él y volvió a la casa. Se giró un momento para decirle adiós. Cuando desapareció de su vista, escuchó pasos tras él.

–Eres estúpido. –dijo el capataz mirándole con desprecio.

–He tenido un buen maestro. –le miró desafiante.

El capataz hizo ademán de darle una bofetada. Ricardo ni se movió del sitio, preparado a devolvérsela si osaba tocarle.

–Me has decepcionado, creí que eras sensato, creí que podías llegar lejos y mírate, tonteando con esa bruja.

Ricardo le señaló con el dedo, mirándole con furia.

–No vuelva a llamarla así.

El capataz se le acercó, poniéndose frente a él, era algo más alto y fuerte, más años de trabajo pesaban sobre su espalda.

–¿O qué? –Ricardo no se movió y no desvió la mirada–. Solo eres un mocosito. –le dio un empujón y le dio la espalda–. No olvides comprar lo que te he pedido.

Ricardo cerró los puños y contuvo su rabia, deseaba ir a por él y darle un puñetazo, aunque sabía que no serviría de nada. El capataz no era el único decepcionado, Ricardo creyó que era una persona sensata, dolida por las circunstancias de la vida, pero centrada. Se equivocó, se dejaba guiar por un rencor sin sentido y culpaba a una inocente. No le entendía, ni quería hacerlo. En un principio le cogió cariño, le tomó como una figura paternal, pero de un tiempo a esta parte se había vuelto más huraño, más intratable y su camaradería se había ido enfriando.

El odio no hacía otra cosa que ensuciar el alma, corromper a las personas.

En el fondo, sintió lástima por él. Vivir con esa espina tantos años debía ser agotador.

XXXII

Se fue temprano a dormir, cerró el balcón, corrió las cortinas, le dio de comer a Azabache y se puso el camisón. Leyó un poco antes de dormir y apagó la vela. Sabía que Ricardo no iba a venir, así que no tenía necesidad de esperarle. Con Azabache tumbada a su lado, se quedó dormida.

Sofía terminó de recoger y se metió en su cuarto, acompañada de la cocinera, una conocida y amiga de hacía unos años, una mujer encantadora que, al enterarse que buscaba trabajo, no dudó en hablarle de la casa de Evelyn. La cocinera no dudó en aceptar. Era una mujer que había trabajado en varias casas y había visto de todo. Encontrarse con una joven pelirroja con los ojos de dos colores, no le importó lo más mínimo. Sofía sabía que sería así, por eso no dudó en contratarla. Juntas bajaron a la planta del servicio y se despidieron hasta el día siguiente. Cada una entró en su cuarto y cerró la puerta.

La casa quedó a oscuras y en silencio. Solo una sombra caminó despacio por el pasillo hasta llegar a la cocina, donde esperó a que fuera la hora. Consigo llevaba unas cuerdas y una lámpara de gas, como le había pedido la señora. En cuanto todo estuvo en el más completo silencio, fue hacia la biblioteca. Esperó a que la señora llegara y ésta, no tardó en hacerlo. Iba en camisón, con la bata puesta. Le saludó con un gesto de cabeza y se acercó un poco a él.

—¿Traes lo que te he pedido?

—Así es, señora. —Y se lo enseñó.

—Perfecto, no hagas ruido, subamos al cuarto de la bruja. En cuanto entremos, la atas a la cama y la amordazas con esto. —Le entregó un par de pañuelos—. Uno se lo metes en la boca y con el otro se lo sujetas. ¿Entendido?

Él asintió algo confuso.

—¿Qué piensa hacer?

—Eso es asunto mío, tú límitate a hacer lo que te he dicho y luego vete, quiero estar sola con ella.

Una vez arriba, Stephanie pegó la oreja a la puerta, no se oía nada, así que abrió con cuidado. Se escuchaba la respiración tranquila de su nieta, le indicó con la mano al capataz que la siguiera y entraron, cerrando tras de sí sin hacer ruido, pero el maullido de un gato les aturdió. ¿Qué hacía allí un gato? Iba a

despertar a Evelyn.

–Ocúpate de ese gato. –le ordenó Stephanie nerviosa.

El hombre, a oscuras, no veía nada, solo un par de ojos brillantes que le observaban desde la cama. Se acercó hasta allí, tropezando con lo que parecían unos zapatos. Evelyn se movió en la cama y el capataz se quedó quieto.

–Olvida al gato, amordázala.

Evelyn abrió los ojos justo cuando alguien le ponía una mano grande y sudorosa en la boca, evitando que pudiera gritar. El hombre que estaba medio encima suyo le agarró una mano, que ella movía intentado arañarle la cara y la levantó hacia el respaldo de la cama.

–Ayúdeme, señora, yo solo no puedo, ate usted las muñecas.

Esa voz era del capataz, sí, ahora que se fijaba mejor, era él y la mujer que se acercaba era su abuela. Ésta cogió una cuerda y empezó a atarla a la cama, inmovilizada por el capataz no le fue difícil. Después ató también sus tobillos. Azabache maullaba erizado, se había bajado de la cama, no podía ver si estaba bien. El capataz, más tranquilo al no tener que pelear con ella, le metió algo en la boca, que casi la hace vomitar y luego se lo sujetó con un pañuelo atado por detrás de la cabeza, bien fuerte, le hacía daño. Intentó respirar con calma, pues los nervios y la mordaza no encajaban bien. Tenía los ojos muy abiertos, por el miedo y la incomprensión. ¿Qué hacía su abuela? ¿Pensaba atarla para evitar que volviera a salir del cuarto? No se saldría con la suya por mucho tiempo, Sofía, Ricardo y su padre se darían cuenta y vendrían a rescatarla. Su abuela se había vuelto loca. Intentó zafarse, pero estaba bien atada, no podía escapar, ni gritar para pedir ayuda.

–Bien, vete ya y que nadie te vea.

Le dijo su abuela al capataz, quien asintió y salió del cuarto con cuidado. Entonces su abuela encendió una lámpara de gas y la dejó sobre el escritorio. Al hacerlo, Stephanie reparó en el libro de su consuegra. Azabache aprovechó ese momento de relativa tranquilidad para lanzarse a la pierna de esa intrusa que había atacado a su dueña. Stephanie se agachó para ver a ese diminuto gato intentando arañarle la pierna. Pese a su pequeño tamaño, tenía bastante fuerza y consiguió clavarle las uñas, haciéndole sangre.

–Maldito gato. –Lo cogió del cuello y lo alzó a la altura de sus ojos–. Cómo no –Miró a su nieta que se movía histérica en la cama, llorando, con los ojos le suplicaba que no le hiciera daño a ese felino inmundo–, un gato negro da mala suerte, deberías saberlo.

Fue hacia el balcón, lo abrió y lanzó al gato al exterior. Se escuchó un largo maullido y un golpe. Evelyn gritó a través de la mordaza, llorando de impotencia. Su abuela cerró de nuevo y volvió al escritorio. Cogió el libro y le echó un vistazo.

–Pensé que mi hijo tiró este libro, no dice más que tonterías –la miró con odio–, un libro escrito por el diablo, lo que hay aquí es brujería, debí imaginarlo.

Cogió el libro y se acercó a la cama.

–¿Recuerdas cómo quemaste la biblia nada más volver del internado?

Evelyn abrió aún más los ojos, asustada.

Su abuela le dio la espalda y cogió la lámpara de gas, quitó el cristal que cubría el fuego y acercó el libro a él. Las tapas comenzaron a arder con lentitud al principio, más rápido después. Evelyn sacudió la cabeza, negando, gritando, revolviéndose en la cama. Estaba quemando el libro de su abuela, el único recuerdo que tenía de ella. Lo vio tirarlo al suelo, no sin antes prenderle fuego a las cortinas. ¿Qué estaba haciendo, iba a quemar toda la habitación?

–Una verdadera bruja adora el fuego, porque es hija del demonio. Disfruta de tu pequeño infierno, querida.

Cogió la lámpara y la tiró al suelo, el fuego se empezó a extender al escritorio. Vio a su abuela ir hacia la puerta y sacar unas llaves del bolsillo.

–Bruja del demonio, esta es la última vez que nos haces daño. –Su mirada de odio la hizo estremecerse.

Salió de la habitación y escuchó cómo echaba la llave, la había encerrado.

XXXIII

Hacía poco había llegado y le extrañó no ver al capataz en su cama. Se quitó la ropa, cansado y se acostó. No entendía por qué le envió tan tarde a hacer esos recados y no le dejó llevarse un caballo, tuvo que hacer todo el camino a pie, después de todo el día trabajando. No le molestaba trabajar más horas, le molestaba no haber podido ir a ver a Evelyn. Se había acostumbrado a subir cada noche, verla a solas, aunque fuera un corto periodo de tiempo, le hacía sentirse bien. Era como si el cansancio, el aburrimiento y el tedio, desaparecieran nada más estar a su lado. Le encantaba su sonrisa, era sincera, inocente. Y su cabello, puede que a ella le molestara por los problemas que le había acarreado, pero a él le encantaba el tono cobrizo que tomaba al darle el sol. Y sus ojos, enigmáticos, de mirada profunda, le volvían loco. No sabía qué le pasaba cuando estaba a su lado, solo sabía que no quería alejarse, que necesitaba tocarla, aunque pareciera algo casual. Y cuando la besaba, aquello era otro mundo, todo desaparecía a su alrededor, solo podía pensar en ella...

Escuchó pasos en el cuarto y abrió los ojos, era el capataz, parecía nervioso, estaba sudando. Se incorporó.

–¿Se encuentra bien?

–Vuelve a dormirte. –Es lo único que le dijo y le vio tumbarse en la cama con la ropa puesta.

Se levantó y el capataz le detuvo.

–¿Dónde vas? –le preguntó con brusquedad.

Ricardo le miró extrañado.

–Tengo que orinar.

El hombre asintió y volvió a tumbarse.

Ricardo salió al pasillo, silencioso y oscuro. No le gustaba ir al retrete de la casa, prefería ir fuera, así sabía que nadie entraría. Se estiró y salió por la puerta del servicio que daba a los establos. Caminó unos pasos para orinar en uno de los árboles más apartados y entonces escuchó unos maullidos nerviosos. Se giró y se sorprendió al ver a Azabache en el suelo, parecía asustado. Se acercó a él, pero el gato no dejó que se acercase. Se agachó y estiró la mano con paciencia.

–Pequeña, ¿qué haces aquí, no te habrás caído?

Levantó la vista hacia el balcón de Evelyn y se levantó a toda prisa,

notando cómo el corazón empezaba a latirle a toda prisa.

–Dios mío.

Olvidando su vejiga y al gato, corrió hacia la casa. Entró por donde había salido y empezó a llamar a todas las puertas para despertar al servicio, luego se detuvo frente al dormitorio de su tía.

–¡Sofía, corre, hay fuego, Sofía!

Su tía abrió la puerta poniéndose la bata, estaba despeinada y le miró asustada.

–¿Qué dices? –preguntó algo aturdida aún por el sueño.

–Fuego en la habitación de Evelyn, coged cubos de agua, rápido.

No esperó más, corrió por el pasillo hasta la cocina, dejando a su tía asimilando la noticia. Al ver a su sobrino correr como si le persiguiera el mismísimo diablo, se despertó de golpe y empezó a organizar al personal.

–Vamos, ya lo habéis oído, vamos a coger cubos de agua, hay fuego en la casa.

Ricardo corrió escaleras arriba, rezando por que estuviera bien. Llegó a la puerta, el pomo estaba caliente, lo giró, pero no pasó nada. Estaba cerrada. ¿Por qué la había cerrado? Ella nunca cerraba su cuarto, no lo necesitaba porque sabía que nadie subía. No tenía tiempo de pensar en eso, se retiró unos pasos y arremetió con todas sus fuerzas, la puerta cedió, abriéndose. El calor era asfixiante, al igual que el denso humo que lo cubría todo. Se puso un brazo sobre la boca y nariz e intentó vislumbrar el interior. Vio a Evelyn tumbada en la cama. Entró, tosiendo por el humo y sudando por el intenso calor de las llamas que estaban devorando toda la habitación. Se sorprendió al ver a Evelyn atada. ¿Qué había pasado, por qué estaba atada? Maldijo por no llevar el cuchillo, solo llevaba el pantalón de interior, iba descalzo y sin camiseta. Empezó a desatar las cuerdas. La tos le impedía respirar con fluidez, por un momento pensó que él también se desmayaría. Escuchó voces fuera, la ayuda empezó a llegar. Escuchó gritos y alguien que entraba y empezaba a echar agua sobre las llamas.

–Ricardo, sal de ahí. –gritó su tía.

Él terminó de desatar a Evelyn, que no reaccionaba, la cogió en brazos y la sacó del cuarto. Las mujeres seguían echando agua. Ricardo dejó a Evelyn en el suelo y le apartó el pelo de la cara, le dio unas palmaditas en las mejillas.

–Evelyn, por favor, despierta.

Su tía se arrodilló a su lado, llevaba un pañuelo humedecido en la mano. Se lo pasó por la cara.

–Evelyn, cielo. –Empezó a darle aire con las manos–. Evelyn, pequeña, abre los ojos.

Evelyn empezó a toser, la pusieron de lado para que pudiera coger aire. Sofía continuó refrescándola con el pañuelo. Ricardo suspiró aliviado. Levantó la vista, el fuego empezaba a remitir, pero el humo se esparcía por el pasillo, y entonces le vio, el capataz, con la mirada perdida, contemplando el fuego, nervioso. Ricardo se puso en pie.

–Has sido tú, hijo de puta. –gritó corriendo hacia él y dándole un puñetazo. Al pillarle desprevenido lo tiró al suelo, por lo que aprovechó para tirarse encima de él y seguir dándole puñetazos.

Escuchó los gritos de su tía.

–Ricardo, para.

Los brazos de varias mujeres intentaban separarle. El capataz, recuperado del sobresalto, le empujó, tirándole al suelo y con él a las mujeres que intentaban separarles.

–Imbécil, no he sido yo, ha sido ella. –gritó el capataz señalando al otro lado.

Todos se giraron para ver a Stephanie, que se sorprendió al escuchar la acusación.

–Mentiroso, ¿cómo osas acusarme de tal atrocidad? Después de todos estos años.

–Usted ha quemado el cuarto, usted me pidió que la atara a la cama.

Nadie dijo nada, mirando con desprecio a aquella mujer. Evelyn se había sentado en el suelo, intentando respirar con calma, le ardían los pulmones y la boca le sabía a cenizas.

–Por favor, un médico

Dijo antes de volver a desmayarse.

Epílogo

Los dos tenían una amplia sonrisa, Sofía les contemplaba feliz, se les veía tan contentos. Eran padres primerizos, pero sabía que esa pequeña que ahora tenía Evelyn en sus brazos estaría bien cuidada, no le cabía duda que la mimarían hasta la saciedad, empezando por ella misma. Se acercó a la cama, donde una Evelyn exhausta tras varias horas de parto, le ofrecía a la pequeña. Sofía la cogió en brazos, mirándola con cariño. Era tan bonita, con esos mofletes sonrosados, regordetes y ese cabello igual que el de su madre. Pero el país donde se habían ido a vivir, el color rojo no era una novedad, en Irlanda abundaban los pelirrojos y nadie les miraba extrañados.

Recordó cuando Evelyn se recuperó tras el incendio. La miró de una forma que la sorprendió, pareció madurar de repente. Sofía estaba a su lado en la cama del hospital, al igual que ahora, aunque no tan feliz como en ese momento. Evelyn le dijo convencida.

–Voy a irme, no pienso volver a esa casa nunca más.

Quería que ella y Ricardo la acompañaran. Poco después su padre regresó de Londres y la fue a visitar al hospital, Collin le acompañaba y fue él quien les habló de la posibilidad de ir a Irlanda. Y con el consentimiento de su padre, pocas semanas después, partieron hacia lo desconocido.

Su padre se quedó en España unas semanas, decidió ingresar a su madre en un centro para personas mayores. Por lo que escucharon más tarde, ella se puso como loca, pero no pudo evitar que se la llevaran. Puso en venta la casa y, una vez arreglado todo el papeleo, partió también para establecer su nuevo hogar en Irlanda, junto a su hija y su prometido, Ricardo.

Tras enterarse de cómo la salvó, de cómo peleó por la vida de su pequeña, no se opuso al compromiso, incluso le sugirió cambiar de empleo.

–Sé que te gustan los caballos y que sabes enseñar, te ganarías bien la vida como profesor de equitación.

Fue una gran idea y, con su ayuda, crearon la academia Evelyn, donde se enseñaba a montar desde los inicios. El negocio fue bien y en cuanto tuvo dinero ahorrado, Ricardo se atrevió a pedirle matrimonio a Evelyn quien, sin dudar, aceptó.

La boda fue preciosa, Sofía recordaba lo bonita que estaba Evelyn, lo radiante que se le veía, nunca la había visto tan feliz, hasta ahora. El cambio les fue bien a todos, alejarse de aquella casa cargada de energía negativa, les

propició un futuro mejor.

Evelyn y Ricardo vivían en una bonita y pequeña casa de campo, donde la, ya no tan pequeña Azabache, vivía a sus anchas disfrutando del amplio jardín. Evelyn no quiso saber nada más de su abuela, cuando ésta murió dejó que su padre fuera solo al entierro. No les dejó nada en herencia, todo lo dejó a las monjas. A nadie le importó, no necesitaban ni querían su dinero.

Sofía le entregó a la niña, que habían llamado Geraldine, en memoria de su hermana y madre de Ricardo. A Evelyn el nombre español de Geralda no terminaba de gustarle, por eso lo cambiaron un poco. A todos les pareció bien. La pequeña Geraldine se durmió en brazos de su madre, que la contemplaba feliz. Ricardo se sentó a su lado, acariciándole el cabello a su pequeña. Eran una preciosa familia.

Sofía se alegró por ellos y les deseó una vida larga llena de dicha. Evelyn se giró y la miró asintiendo con una sonrisa en los labios. Sofía sintió un escalofrío, era como si le hubiera leído el pensamiento. Se abrazó, pues de repente sintió frío y le devolvió la sonrisa. No sabía bien por qué, pero tuvo la certeza de que su deseo se cumpliría.